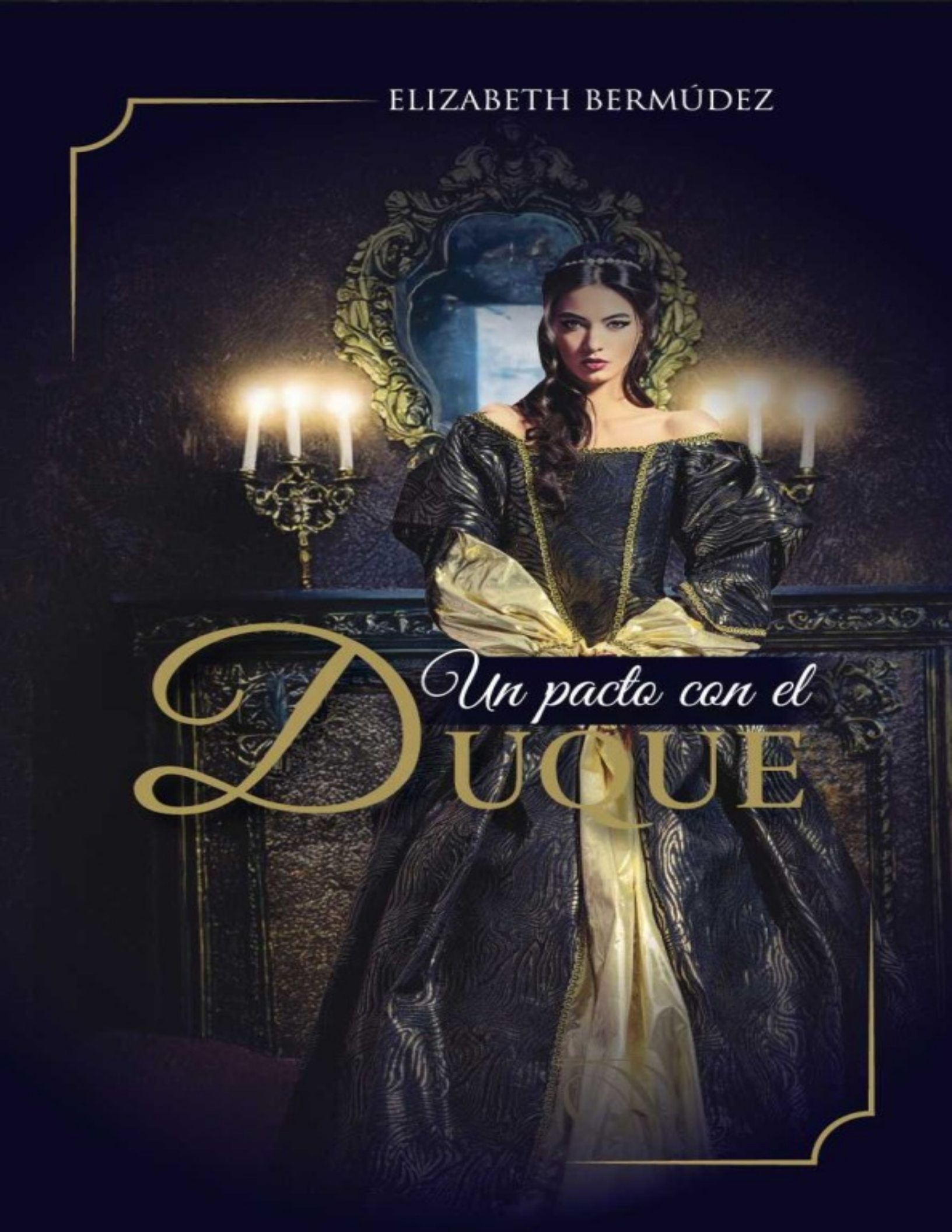
ELIZABETH BERMÚDEZ



Un pacto con el Duque

Un pacto con el duque

Elizabeth Bermúdez

Título: Un pacto con el duque
Primera edición, octubre 2025
©2025, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

ÍNDICE

Sinopsis
Sobre la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Sinopsis

Eleanor Ashford, hija del duque de Norfolk, es una mujer intrépida, decidida y poco común a las damas de la alta sociedad. Por un accidente con su caballo termina herida en el castillo del misterioso duque de Bedford. Un hombre que vive encerrado y sin contacto alguno con nadie desde hace diez años, además lleva una máscara negra en su rostro, el cual nunca descubre. Es calificado por la sociedad como un hombre oscuro, sin sentimientos ni corazón.

El duque de Bedford le ofrecerá un pacto a la mujer que termina confesándole que no desea el matrimonio que su padre le ha concertado con un conde. Algo en su interior le grita que salve a la bella dama. Lo que ignora el duque es que el pacto que le propone a Eleanor será su propia condena una vez que la haga su mujer.

¿Podrá respetar el duque de Bedford el pacto con su esposa? ¿Soportará Eleanor un pacto con el duque para siempre?

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Un pacto con el duque es su **novela número veintitrés.**

Anteriormente publicó:

Deseos del destino
Secretos
Tus huellas en mi corazón
Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
La sombra de su pasado
Volver a nacer
Volver a creer
Volver a sentir

Y de repente, el mundo se paró
El amor lo cambia todo
Serie Volver
Bilogía:
El precio de la vida
El precio del amor
Te quiero para mí
Nicolás Hungría
Te protegeré
Oportunidad de venganza
Por mi familia
Bilogía:
Siempre serás tú
Siempre serás mía
Traiciones
Rechazo al duque (primera novela histórica romántica de la autora).
No te dejaré ir
Cuando estoy junto a ti

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @elizabethbermudezescritora
Facebook: Elizabeth Bermúdez

A mis lectores
que se enamoraron de
mi primera novela
histórica romántica y
me pidieron más.

Pd; Si no has leído *Rechazo al duque* te recomiendo que lo hagas antes de conocer esta historia, ya que la entenderás mejor, aunque ambas son independientes.

Capítulo 1

Bedfordshire, 1813

Eleanor se encontraba feliz junto a su tía abuela Rose. Había acudido a la propiedad con su hermano Sebastian para pasar con ella unos días. Rose, pese a su edad, aún era una mujer muy vital. Seguía encargándose, cuando sus dolores de espalda se lo permitían, del jardín y disfrutaba de ello. Le encantaba recibir a su familia en la que consideraba su casa y estar acompañada por unos días.

Echaba de menos que Elizabeth no hubiese acudido con el duque y su hijo Sylvester, tenía ganas de verlos, pero entendía que se debían a los compromisos en Londres. La temporada estaba a punto de comenzar y tenían que poner todo a punto en la mansión de la ciudad. Hacía años que los duques de Norfolk celebraban uno de los bailes más esperados en Londres.

Sebastian y Eleanor preferían el campo, sin embargo, Sylvester, a sus recién dieciocho años cumplidos estaba empezando a descubrir Londres y todo lo que este lugar le brindaba como adulto. En un futuro se convertiría en el duque de Norfolk y su padre no era cualquier duque, su ducado era uno de los más ricos del país.

—En cinco días tendremos que partir hacia Londres —le recordó Eleanor a su hermano pequeño mientras jugaban en el jardín con una cometa.

—¡Qué aburrimiento! —se quejó el niño—. Yo no puedo acudir a ninguna fiesta, y en Londres no hay nada que me atraiga. No entiendo por qué no me puedo quedar aquí toda la temporada con la tía Rose.

—Ojalá yo también pudiese escaparme este año —susurró con pena Eleanor—. Mi compromiso con el conde de Russell no me

entusiasma lo más mínimo.

—No entiendo cómo papá te ha prometido a ese hombre —maldijo Sebastian—. Es once años mayor que tú y solo vive para viajar y hacer negocios.

—Papá dice que ha estado muchos años fuera haciendo su fortuna. Y que es el marido ideal para mí. También dice que me dio la oportunidad de elegir marido y como no lo hice en las anteriores temporadas, por ello ha decidido tomar partido, seguro de que el conde es lo mejor para mí —manifestó con desilusión.

—¿Y tú qué dices? —inquirió su hermano mirándola con atención. Desde hacía dos semanas, cuando su padre le había anunciado su futuro compromiso con el conde, apenas dormía. No se hacía a la idea de tener a Eleanor lejos, tampoco la veía como una mujer casada. Ella era la única que pasaba tiempo con él, el resto de la familia siempre estaban muy ocupados.

—Lo conocí en la temporada pasada, me cortejó, pero lo consideraba demasiado viejo para mí. No me atrae nada. Mamá me contó que ella se enamoró de papá cuando se casaron, pero no me veo como una condesa viviendo en casa de Andrew. No le gusta el campo, la caza ni la pesca. No tenemos nada en común. Le encanta viajar fuera del país y yo lo odio. Cuando me convierta en su mujer tendré que acompañarlo. El conde pasa meses en un barco hasta llegar a su destino. No quiero eso. Deseo tener a mi familia cerca y veros con frecuencia. Nunca fue mi intención casarme con un hombre que no quiero y me aleje de todos vosotros. Además, siempre soñé con ser madre, y que mis hijos se criasen en el campo como lo hicimos nosotros, felices. Una gran familia. Pero no puedo contradecir a papá —susurró con pena. Eleanor amaba a su padre y lo que menos deseaba era decepcionarlo.

—Ojalá pudiese hacer algo para ayudarte, hermanita —susurró Sebastian y la abrazó. Con tan solo quince años, en ocasiones, era su gran salvador.

—Supongo que ayudarme a ser condesa. Ya sabes que cuando papá toma una decisión esta es irrevocable. Qué suerte la tuya de poder elegir esposa y casarte a la edad que desees —comentó con añoranza.

Eleanor sabía lo ilusionados que estaban sus padres con su próximo compromiso y posterior enlace. Le hubiese gustado compartir el mismo, pero, por más que lo intentaba, no lo lograba.

Su madre, Elizabeth, habló con ella unos días antes de partir hacia Bedfordshire y le contó con detalles cómo fue todo entre el duque y ella. La bonita historia de amor que vivieron la alentó a que una vez casada con el conde pudiese ser así, pero por más que se esforzaba en creerlo no lograba convencerse. Andrew era un hombre muy correcto, serio, casi nunca esbozaba una sonrisa y fumaba demasiado para su gusto. Ni siquiera era guapo ni apuesto, solo tenía una buena posición social y era un hombre muy respetado. Los atributos que sus padres habían tenido en cuenta para que ella contrajese matrimonio.

Eleanor estaba en el salón de la casa, leyendo a solas, Sebastian ya dormía, cuando Rose la interrumpió. Se sentó a su lado, la miró en silencio y le comentó:

—Me recuerdas mucho a Elizabeth cuando se prometió con tu padre.

—Conozco la historia —susurró Eleanor—. No creo que corra con la misma suerte que ella. Mi padre es un hombre increíble.

—Debes de tener fe, querida.

—Yo solo tengo resignación, tía. Lo que menos deseo es contradecir a mi padre o decepcionarlo. Ellos me lo han dado todo —manifestó con agradecimiento.

—Serás feliz, Eleanor. El conde es un buen hombre, toda la alta sociedad habla bien de él. Nunca había querido contraer matrimonio hasta que te conoció. Eres toda una belleza. ¿Sabes la cantidad de caballeros que le han pedido tu mano al duque? Si Sylvester escogió a Andrew es por algo, confía en él.

—Lo hago. Seré lo que se espera de mí —convino con determinación.

—Eres increíble, Eleanor. El conde es un hombre muy afortunado. Pronto se dará cuenta, al igual que lo hizo tu padre, que eres su mayor tesoro.

Eleanor asintió tratando de convencerse de un compromiso al que acudía obligada, sin embargo, no pensaba manifestar su oposición ni

desagrado, lo que menos quería era que sus padres se lo tomasen como una ofensa.

—Mañana saldré a montar a caballo temprano con Sebastian —le informó a Rose.

Su tía le dirigió una mirada y sonrió mientras asentía. Cada vez que visitaba su propiedad le concedía ciertas libertades que no solía tener.

—Bien, será como una despedida. Cuando seas condesa no podrás llevar la misma vida que hasta el momento. Igual a tu marido no le gustan tus aficiones —la previno.

—Lo sé, y es lo que más me entristece. No sé cómo será el conde. Solo rezo porque se parezca a mi padre y le guste salir a montar a caballo, de caza y de pesca conmigo de vez en cuando.

Rose se quedó en silencio y susurró al cabo de unos segundos:

—Creo que debes saber que Andrew es un hombre de negocios. Pasa más tiempo en Londres y viajando que en el campo. Y tu lugar está junto a él. Creo que cuando te cases pasarás más tiempo en la ciudad. El conde es un hombre muy relacionado con la sociedad.

—Pero hay mujeres que se quedan en casa cuando sus maridos viajan y hacen negocios —comentó Eleanor.

—No en los primeros años del matrimonio. El conde querrá hijos, y para eso te necesita cerca —le indicó Rose con tacto. No sabía qué conocimientos tenía la muchacha sobre lo que ocurre entre un hombre y una mujer una vez casados.

Eleanor se quedó seria y pensativa mientras se retorcía las manos, algo nerviosa. Imaginarse durmiendo con el conde la alteró. Ella siempre soñó con ser madre, formar una familia como la suya, pero en esos momentos, un gran pánico se apoderó de su cuerpo cuando pensó en que tendría que comportarse con el conde como lo hacían sus padres cuando pensaban que nadie los veía y había presenciado en muchas ocasiones. Se besaban y se abrazaban de una forma muy romántica.

Eleanor suspiró, le dio un beso a su tía y se encaminó hacia su habitación. No pegó ojo en toda la noche imaginando una vida junto al conde. Cada vez que pensaba en besarlo cerraba los ojos y movía la cabeza con temor, pero se dijo que se tendría que acostumbrar. A

sus veinte años no había besado a ningún hombre y no sabía qué se sentía. Siempre pensó en descubrir esto con un hombre que le atrajese y le gustase, pero, según le decía su familia, esto llegaría después, y rogaba porque así fuese.

Sebastian esperaba a su hermana a pie de escaleras vestido para salir a montar.

—Pensé que te habías quedado dormida —se quejó en cuanto la vio aparecer. Eleanor se había retrasado un poco.

—Me quedé dormida hace un rato, no he podido cerrar los ojos en toda la noche —se excusó.

—Eso es porque te voy a ganar en la carrera —comentó Sebastian con una amplia sonrisa.

—Shhh, habla más bajo. Nadie se puede enterar de que competimos y corremos con los caballos o nos prohibirán salir solos —le indicó su hermana mirando a su alrededor. Apenas estaba amaneciendo y aún no había criados por la casa.

—Vamos —susurró Sebastian ilusionado, tomándola con fuerza de la mano y sacándola de la casa en dirección a las caballerizas.

Eleanor y su hermano cabalgaban juntos recorriendo las tierras que conocían bien. Desde niños había pasado largas temporadas con la tía Rose y siempre habían salido a dar largos paseos a caballo. Sabían muy bien hasta donde llegaban las extensiones de los terrenos. Pero hoy Sebastian se tomó la libertad de traspasar los límites de estas e instar a su hermana a que lo alcanzase. Eleanor lo siguió en su loca idea y trató de adelantarlo para ganar aquella carrera improvisada en tierras desconocidas.

Eleanor era una excelente amazona. En eso había salido a su madre. Montaba desde muy pequeña y nunca había dejado de hacerlo, dominaba a los caballos con gran maestría, tanto, que en algunas ocasiones su hermano Sylvester, el futuro duque, la envidiaba.

Puso su caballo a galope, igualó a Sebastian, le dirigió una sonrisa triunfal cuando pasó por su lado y se sintió ganadora mientras disfrutaba como nunca. De repente, los ojos de su hermano

presenciaron cómo el caballo de Eleanor se dobló una pata al meterla en un agujero en el suelo y tiró a la mujer.

Sebastian gritó. Paró a su caballo en seco y fue corriendo junto a su hermana, tirada en el suelo.

Se arrodilló a su lado, comprobó que tenía respiración y trató de que abriese los ojos, pero ella no respondió. Observó que tenía varios golpes por todo su cuerpo, raspones por sus manos y brazos, y temió lo peor. Levantó la mirada y supo que estaban muy lejos de casa. El caballo de Eleanor estaba malherido, también tumbado en el suelo, probablemente con la pata rota.

Con lágrimas en los ojos, Sebastian levantó la mirada del rostro de su hermana y la fijó en un castillo que divisó en la lejanía, rodeado de árboles. Nunca había visto aquel lugar. No sabía si viviría alguien allí, pero estaba más cerca que su propiedad y cabía la posibilidad de que alguien le prestase ayuda.

Cargó a Eleanor en su caballo con cuidado y se encaminó hacia el castillo. Conforme se acercaba pensaba que estaba deshabitado, no había nadie por los alrededores, incluso en una parte de este se apreciaba que tiempo atrás hubo un incendio, el cual no había sido reparado porque aún se veía las señales del humo negro alrededor de varias ventanas. Pero le cabía la esperanza de que algún sirviente viviese allí. Un castillo tan grande en una propiedad tan extensa debía de ser de alguien, desde luego de una persona importante, determinó cuando llegó a la entrada del lugar y divisó un escudo.

—¡Ayuda! —gritó Sebastian desesperado, parado en su caballo a unos metros de las escalinatas de la puerta principal. Eleanor continuaba inconsciente.

Al no obtener respuesta decidió bajarse del animal, cargar a su hermana en sus brazos y entrar en la casa. Eleanor necesitaba atención. Ser tumbada en una superficie cómoda y que le curasen las heridas que provocó su caída. Tenía un gran raspón en el brazo derecho que le sangraba, otro en la mano y la falda de su vestido estaba rasgada y en ella se apreciaba una herida fea en la pierna derecha que le preocupó mucho.

Sebastian subía las escalinatas cargando a su hermana, dispuesto a derribar la puerta que tenía ante él a patadas cuando esta se abrió

de golpe.

—¡Santo Dios! —exclamó la voz de un hombre llevándose las manos a la boca al reparar en la mujer mal herida.

—Necesito ayuda. Es mi hermana. Se ha caído del caballo —explicó Sebastian muy alterado.

—Pasen —le ofreció el mayordomo de inmediato.

Llevó a los recién llegados hasta el salón y le indicó al muchacho que depositase a la mujer en el sofá.

Sebastián se arrodilló al lado de Eleanor y comenzó a hablarle mientras le tomaba la mano entre las suyas.

A su alrededor escuchó ajetreo, voces, pero estaba centrado en su hermana. Le preocupaba que estuviese inconsciente desde la caída.

—Llame al médico del señor —escuchó un susurro de una voz femenina en la lejanía.

Sebastian levantó la cabeza y se encontró con el hombre que le había abierto la puerta y una señora mayor a su lado. Tres sirvientes traían agua, toallas y paños.

La mujer que había ordenado que llamasen a un médico se acercó a Eleanor bajo la atenta mirada de Sebastian que le suplicó tembloroso y asustado:

—Ayúdela. Es mi hermana y la quiero mucho. Se cayó del caballo mientras este iba a gran velocidad.

La mujer asintió, se hizo cargo del asunto y alejó a todos los hombres de la sala. Incluido a Sebastian alegando que tenía que desnudar a la mujer para poder curar sus heridas y atenderla hasta que llegase el médico.

Capítulo 2

Sebastian se movía de un lado a otro en el extenso pasillo del castillo mientras su hermana era revisada por el médico que había llegado a atenderla y, según él, llevaba demasiado tiempo dentro. Los nervios por saber del estado de Eleanor lo estaban devorando.

—¿Desea beber algo, señor? —le preguntó el mayordomo del castillo.

Sebastian negó con un gesto y paseó la mirada por la estancia al detalle.

—¿Quién es el dueño de la propiedad? Me gustaría presentarle mis respetos por la ayuda que nos ha ofrecido atendiendo a mi hermana y mandando a llamar al médico de la familia. —Se interesó.

Por el momento solo había visto a sirvientes a su alrededor.

—El señor no recibe visitas. Se encuentra en la propiedad y dio su consentimiento para que su hermana permanezca en el castillo y sea atendida como se debe, no se preocupe, joven.

—¿Cómo se llama? Tal vez mi padre lo conozca. Soy el hijo menor del duque de Norfolk. Mi tía vive en una propiedad cercana y estamos pasando unos días con ella.

—Dudo que lo conozca. El señor no hace vida social, hace años que no sale de aquí —manifestó el sirviente de forma seca y distante.

Cuando Sebastian se iba a interesar de nuevo por saber más sobre el dueño del castillo la puerta del salón se abrió y apareció el médico. Llevaba la camisa manchada de sangre y las mangas de esta remangadas.

—¡¿Cómo se encuentra mi hermana?! ¿Se va a poner bien? —preguntó agitado Sebastian, temía por el estado de salud de su hermana.

—Ella ha sufrido una fuerte caída. Lo que más me preocupa es el golpe que se dio en la cabeza y la herida de su muslo derecho. Es grande. Le he tenido que dar doce puntos y temo que se le infecte si no tiene el reposo y las curas adecuadas.

Sebastian miraba al hombre con los ojos muy abiertos mientras temblaba de miedo. Siempre había tenido una vida fácil y resuelta, este era el primer gran problema al que se enfrentaba solo y presagiaba que cuando se lo contase a su padre se iba a ganar una gran bronca y meses de castigo.

—Gracias por atenderla. Iré a la propiedad de mi tía y lo organizaré todo para trasladarla a la casa. ¿Podría atenderla allí? —le solicitó apurado—. Mi familia tiene mucho dinero. Soy el hijo pequeño del duque de Norfolk, Sebastian Ashford —se presentó.

El médico asintió, presentándole sus respetos y le dijo:

—No es recomendable que su hermana se mueva en estos momentos. Yo esperaría a que se despierte. ¿Puede quedarse aquí? —preguntó mirando al mayordomo y al ama de llaves. Entre estos intercambiaron una mirada cómplice y se hizo un breve silencio.

—Hablaré con el señor —susurró el mayordomo. Se dio media vuelta y se encaminó a subir las escaleras.

—¿No hay posibilidad de que hable con el dueño de esta casa? —insistió Sebastian al ama de llaves. Esta movió la cabeza y le apartó la mirada. El muchacho miró al médico, pero este hizo lo mismo. Conocía bien al hombre que habitaba en ese castillo y era reacio a las personas extrañas.

—¡¿Se puede saber qué misterio hay con ese hombre?! ¿De quién se trata? ¿Puedo saberlo al menos? —inquirió Sebastian algo cabreado ante tanto hermetismo y miradas cómplices. Se dio cuenta de inmediato que algo le ocultaban.

—El duque está enfermo. No atiende a nadie —susurró el ama de llaves—. Su personal nos encargamos de todo. No insista más, por favor. Demasiado generoso ha sido de permitir visitas en su propiedad y que atiendan a su hermana.

—Bien. —Asintió Sebastian. Sabía que esta situación tarde o temprano llegaría a conocimientos de su padre y este se encargaría de todo.

—Puede pasar a ver a su hermana —le indicó el médico. El muchacho entró en el salón y se arrodilló junto a Eleanor. Tumbada en el sofá y su cuerpo cubierto por una manta. La tomó de la mano y la llamó por su nombre, pero ella no contestó.

Sebastian se culpó de la situación en la que se encontraba Eleanor y temió a la reacción de su padre, sin embargo, esto no lo acobardó. Lo principal era la recuperación de Eleanor, por el resto, él era un hombre valiente y estaba preparado para enfrentar la situación.

Al cabo de un rato el mayordomo apareció en el salón de nuevo y le comunicó a Sebastian:

—Su excelencia ha dado permiso para que su hermana permanezca en el castillo hasta que el médico recomiende su partida. Aquí tendrá todos los cuidados que necesite.

—Trasmítale mi agradecimiento. Mi familia se lo recompensará —manifestó Sebastian colocándose en pie.

—El duque no necesita ningún tipo de recompensa —le indicó el mayordomo con amabilidad.

—Mi padre es un hombre muy rico.

—El duque no lo aceptará. No insista. Cuando su hermana se recupere se marchará y listo. Su excelencia no es un hombre que mantenga vínculos de amistad con nadie. No le gustan las visitas ni que lo molesten. Lo que está haciendo por su hermana es una excepción.

—Está bien. Se lo agradezco.

Varios sirvientes llegaron al salón para subir a Eleanor a una habitación que ya habían preparado para ella, pero Sebastian no permitió que nadie tocase a su hermana. Él mismo la cargó y la llevó hasta la cama en la que descansaría para su recuperación.

Permaneció al lado de Eleanor varias horas, no quería que despertase y se encontrase sola, sin embargo, la noche iba a caer en breve y su tía estaría muy preocupada al no saber nada de ellos en todo el día. Debía enviar a alguien que le contase lo sucedido, sabía que estaría preocupada por ellos. La posibilidad de volver con Eleanor y que nadie se enterase del suceso era imposible. Ahora debía enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Comenzaba a

entender lo que implicaba hacerse mayor, tomar decisiones y asumir los hechos.

Sebastian permaneció toda la noche junto a su hermana. No se movió de su lado. La cuidó y esperó con paciencia que abriese los ojos.

Rose no apareció por el castillo, pero envió a dos personas de su confianza para lo que hiciese falta. La mujer ya tenía una edad y no salía apenas de casa. Hacía años que no iba a Londres ni a visitar a los duques en el campo.

Eleanor comenzó a despertar al amanecer, se movió en la cama y Sebastian llamó su atención. Su hermana lo observó algo desorientada, sin recordar qué había pasado ni saber dónde estaba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó apresurado a la misma vez que se alegra al ver que Eleanor abría los ojos.

—¿Qué me ha pasado? —inquirió ella intentando incorporarse un poco de la cama, pero cuando todo su cuerpo le crujió emitió una queja y se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Sentía que no podía moverse.

—Te caíste del caballo cuando estábamos corriendo. Lo siento mucho, fue mi culpa. Yo te insté a salir de las tierras de la familia. No debí hacerlo —susurró con pena, cabizbajo y con los ojos húmedos.

—¿Dónde estamos? —Eleanor trataba de reconocer la habitación en la que se encontraba.

—En un castillo. Estaba mucho más cerca que la casa de la tía Rose. Te ha visto un médico. Te pondrás bien —le aseguró acariciándole el rostro y dándole un beso en la frente.

—¿Quién vive aquí? —se interesó mientras cerraba los ojos con fuerza y los dientes. Comenzaba a ser consciente de unos dolores en su cuerpo bastantes intensos.

—Un duque —reveló Sebastian con aire despreocupado. Era todo lo que había podido averiguar aquella noche.

El hecho de que esa persona perteneciese a la nobleza tranquilizó a Eleanor y se centró en un tema más importante.

—Tenemos que marcharnos de aquí antes de que papá se entere. —Intentó volver a incorporarse de la cama, pero gritó de dolor—.

¿Qué tengo? —preguntó con un leve hilo de voz.

—Varios golpes por todo el cuerpo debido a la caída del caballo y una herida grande en el muslo. Te han dado doce puntos. El médico dijo que no puedes moverte de la cama. Tienes que tener reposo. Por eso nos hemos quedado aquí.

—¿Cuánto tiempo llevamos en este lugar? —inquirió abriendo los ojos.

—Casi un día —susurró Sebastian—. La tía Rose ya sabe lo sucedido. Envié a un empleado de este lugar a que le contase lo que te pasó y por qué no podíamos volver. No quería que se preocupase porque no aparecíamos.

—¡¿Y papá?! —se interesó con la voz quebrada.

—Supongo que ya la tía habrá enviado a alguien a Londres para ponerlo al tanto. No te mortifiques, yo asumiré toda la culpa.

—Me siento muy mal. Me duele todo el cuerpo, apenas me puedo mover y cuando trato de incorporarme todo gira a mi alrededor —dijo Eleanor con los ojos cerrados, en una especie de lamento.

—Vas a ponerte bien.

—¿Y mi caballo? —se preocupó por el animal.

—Está en las caballerizas de este lugar. Los trabajadores de aquí se encargan de él. Tiene una pata rota.

—Me duele todo el cuerpo, Sebastian. Nunca me he sentido tan mal —se quejó.

—Voy a avisar al médico. Se quedó en el castillo por si despertabas.

Sebastian salió de la habitación como un rayo y dejó la puerta abierta. Eleanor suspiró e intentó moverse en la cama, sin embargo, solo consiguió despertar más dolor y emitir varios gritos sin poder controlarlos. Nunca se había sentido tan mal.

De repente, Eleanor, sintió una presencia en la habitación, entreabrió los ojos y observó, algo borroso, a un hombre corpulento, alto, de anchos hombros, con el pelo alborotado y una máscara negra, como antifaz, sobre sus ojos y en la parte de la mejilla derecha esta se extendía casi hasta la barbilla. El hombre, de intensos ojos azules, y todo vestido de negro, la miraba en silencio mientras Eleanor se preguntaba si era real o una pesadilla. El

corazón se le aceleró, volvió a sentir mucho dolor en la pierna y no pudo evitar gritar de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos él ya no estaba ahí. ¿Sería la muerte que venía a por ella? Se preguntó con miedo.

Sebastian volvió a la habitación acompañado del médico, que la revisó al detalle durante bastante tiempo. Luego este le informó que eran normales los dolores que sentía ante semejante caída que había tenido y que volviese a tener consciencia era muy buena señal. Solo debía permanecer en cama para curar y cuidar muy bien la herida de su pierna para que esta no se infectase y le causase un mal mayor.

Como los dolores de Eleanor no remitieron en horas, el médico decidió suministrarle unas gotas para que durmiese y estuviese más relajada. A Sebastian le pareció bien. Ver sufrir y gritar a su hermana retorciéndose de dolor en la cama lo estaba matando de sufrimiento. En todo momento se culpaba y maldecía el momento en el que se le ocurrió instarla a aquella carrera.

El mayordomo y el ama de llaves del castillo le ofrecieron a Sebastian una habitación para asearse y descansar un poco, pero este lo declinó por el momento. No quería separarse de su hermana.

Al final de la tarde Eleanor despertó, comió una sopa que el ama de llaves se encargó de darle y dejó de sentir tanto dolor.

—Gracias —susurró Eleanor a la mujer cuando terminó.

—Tiene que recuperarse, comer para tener fuerzas.

—¿Cómo se llama? —se interesó Eleanor con agradecimiento.

—Holly. Soy el ama de llaves del castillo —se presentó.

—¿Quién vive aquí? —inquirió mirando fijamente a la mujer. No sabía si la persona que había estado en su habitación era real o parte de un sueño, necesitaba averiguarlo.

—El señor. Bueno, y sus sirvientes —respondió la mujer.

—¿Cómo es? —indagó.

—¿Su excelencia? —preguntó con sorpresa. Eleanor asintió—. Al duque no le gusta que hablemos de él con extraños. Es una persona muy reservada.

—¿Y su duquesa? —continuó con el interrogatorio.

—No existe ninguna duquesa. El duque no tiene esposa.

—¿Qué edad tiene?

—¿Por qué tanto interés? —se interesó la sirvienta, alarmada.

Eleanor se quedó callada, tragó con dificultad y dijo:

—Abrí los ojos y vi a un hombre alto, corpulento, con unos ojos azules muy intensos, vestido de negro y con una especie de máscara negra que me observaba en los pies de la cama. No sé si fue un sueño o es real.

En esta ocasión fue Holly quién tragó con dificultad. Conocía bien al duque y descubrir que había salido del ala del castillo que era su refugio y había venido a interesarse por la joven que se recuperaba en su casa le hacía pensar que le quedaba algo de humanidad.

—Seguro que fue un sueño —contestó, extrañada y pensativa.

—Me gustaría presentarle mi agradecimiento por haberme acogido en su casa y proporcionarme a un médico.

—Yo o Denzel se lo transmitiremos, no se preocupe. Usted debe de permanecer en cama, señorita.

El ama de llaves salió de la habitación y dejó a Eleanor completamente intrigada sobre el dueño de esa propiedad. Al menos sabía que se trataba de un duque que vivía allí solo y que no existía una duquesa. Pensó que debía de tratarse de un hombre muy mayor. Al mismo tiempo también le vino a la cabeza que si vivía cerca de las tierras de su tía Rose y tenía su edad igual se conocían. Ya averiguaría con ella cuando tuviese ocasión porque estaba muy agradecida con el hombre y de alguna forma quería mostrarle su agradecimiento.

Sebastian volvió a la habitación que ocupaba su hermana en aquel castillo tras asearse un poco.

—Te veo mejor —apreció mirando los intensos ojos grises de su hermana.

—Tengo menos dolor, aunque siento todo mi cuerpo molido. Me cuesta moverme en la cama. ¿Cuándo podré levantarme de aquí?

—El médico vendrá en unas horas. Tiene que cambiarte el vendaje de la pierna y ver cómo evoluciona la herida. Tienes que hacerle caso —le advirtió. Su hermana era muy dada a desobedecer las órdenes y él lo sabía mejor que nadie. Era su compañero de travesuras desde pequeño.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —se interesó Eleanor, con impaciencia. No le agradaba molestar a un desconocido en su casa.

—Hoy le preguntaremos al doctor cuándo sea posible tu traslado a casa de la tía Rose.

—¿Sabemos algo de padre? —preguntó Eleanor con miedo.

—No, pero no tardará en aparecer —susurró Sebastian con la vista perdida en el paisaje que observaba por la ventana que tenía al lado de la cama que ocupaba su hermana.

—Le explicaré que fue mi culpa. Yo soy la que cuido de ti —manifestó Eleanor angustiada por Sebastian y las posibles represalias que su padre pudiese tomar contra él.

—No me da miedo padre —defendió con valentía—. Tan solo temo las consecuencias que pueda tener esto para ti —susurró. Eleanor se quedó pensativa, sin entenderlo muy bien y él le aclaró—: Eres una mujer comprometida y por lo que he podido averiguar estamos en el castillo de un duque que vive solo con sus sirvientes —comentó bajito.

—El duque debe de estar moribundo. Holly dice que no recibe a nadie.

—Eso espero. Vamos camino de pasar en este lugar nuestra segunda noche y yo solo soy un joven de quince años al que consideran más un crío que un hombre para protegerte.

Eleanor se quedó pensativa, cierta angustia se apoderó de su pecho y sintió que le faltaba el aire. No había valorado todo lo que su hermano pequeño le acababa de exponer.

Capítulo 3

El médico destapó la herida de Eleanor para curarla y cuando ella vio el aspecto de su pierna casi se desmayó.

—Se clavó una rama. Tuve que sacarle algunos trozos que quedaron dentro con las pinzas, por ello temo que se le infecte —reveló el médico ante la mirada asustada de la mujer.

—Me va a quedar una gran cicatriz —susurró casi con horror. Había visto suficientes en sus hermanos para saber que su muslo superior no volvería a ser como antes.

El médico asintió en silencio. No podía negárselo. Comprendía que esto le produjese repulsión a una mujer tan joven, bella y delicada como ella.

—Al menos no está en un lugar visible. —Intentó contentarla.

Eleanor cerró los ojos y el médico apreció varias lágrimas rodar por sus mejillas.

Terminó de hacer la cura, le siguió recomendando reposo y le indicó que volvería en dos días a ver cómo avanzaba.

—¿No puedo volver a la propiedad de mi familia? —preguntó agitada cuando el médico se marchaba.

—Por el momento no. Si la herida de su pierna se infecta podría perderla. Es mejor que se quede en reposo sin moverse por unos días.

Eleanor se llevó una mano a la boca y ahogó un grito. Antes prefería morirse que perder su pierna. Varias lágrimas corrieron por sus mejillas, sin poder controlarlas.

Sebastian entró en la habitación de su hermana, observó su agitado estado y preguntó:

—¿Dolió mucho la cura?

Ella negó con un gesto de la cabeza, se aclaró la garganta y le contó lo que el médico le dijo sobre su pierna. La posibilidad de que

la herida se le infectase y las consecuencias de esto le dolía mucho más.

Su hermano determinó que no se moverían de aquel lugar. El bienestar de Eleanor era lo principal.

—Tengo que pedirte que vayas a casa de la tía Rose. Debe de estar muy alterada. Tranquilízala y ponla al tanto de mi situación, necesito saber que esto no le ha provocado una enfermedad y esté en cama, y de paso averigua qué sabe papá de todo lo que me ha pasado. No te preocupes por mí, Holly me cuidará. Es muy amable. Y el duque de este castillo es una persona mayor seguramente enferma. No le gusta hablar con nadie y no va a aparecer. No corro peligro alguno.

Sebastian se quedó pensativo y finalmente asintió. Él también consideraba que debía ir a casa de su tía y hablar con ella, pero, sobre todo, necesitaba saber si la noticia ya había llegado a conocimientos de su padre.

—Volveré mañana al alba —le prometió besándole la frente.

Le comunicaron a Holly la partida de Sebastian y la mujer le prometió que Eleanor estaría muy bien cuidada. No pensaba separarse de su lado. El ama de llaves tenía una mirada limpia y tranquilizadora que hacía sentir paz con solo mirarla.

Cuando Holly terminó de darle la cena a Eleanor esta le preguntó:

—¿Hace muchos años que trabaja aquí?

—Muchísimos. Denzel y yo somos los criados más antiguos.

—Conocen bien al duque —susurró.

—Sí, de toda la vida. —Ambas se quedaron en silencio y Holly suspiró admirando a Eleanor. Encontraba a la muchacha muy guapa y saltaba a la vista que era una gran persona y de buena familia—. Voy a llevar la bandeja abajo, recojo un poco y vuelvo. Pasaré la noche a su lado por si me necesita —convino la mujer.

—No. No. Estaré bien. —Eleanor se sintió muy apurada. Holly era una persona mayor y no quería que pasase una mala noche en un sillón velando su sueño—. Si está más tranquila puede dejarme una campanita y la llamo si necesito algo. No descansaría sabiendo que usted no lo hace de forma cómoda por mi culpa.

Holly le dedicó una sonrisa de agradecimiento y asintió, los años cada vez le pesaban más. Eleanor le devolvió el gesto, incluso se incorporó un poco en la cama. Después de la cena se estaba sintiendo mejor. Más fuerte. La cabeza le había dejado de dar vueltas y la herida de la pierna tras la cura la sentía con menos dolor.

Cuando el ama de llaves abandonó la estancia y Eleanor se quedó sola se subió el camisón que llevaba y observó la herida tapada lamentando que su pierna nunca volvería a ser la misma. De repente, sintió miedo de que no pudiese volver a caminar bien, o montar a caballo y esto le provocó tal angustia que se sentó en la cama y, con grandes esfuerzos, colocó los pies en el suelo y trató de dar un par de pasos mientras se retorcía de dolor. Llegó hasta la ventana y miró al exterior. Estaba todo oscuro, apenas había luz en el jardín. El castillo se encontraba escondido entre muchos árboles.

Eleanor se colocó una bata que había sobre una silla y se atrevió a salir de la habitación de forma sigilosa. Quería ir a la galería que tenía todo duque, donde se encontraban los cuadros de los antepasados y el presente duque. Tenía mucha curiosidad por saber más sobre él. En el fondo sabía que ese hombre que había visto en los pies de su cama no era un sueño, se trataba de alguien real, y necesitaba saber más sobre él. Igual era familiar del duque, la persona que cuidaba de él o de sus caballos. Justo en ese momento su yegua apareció en su mente. No se había preocupado por ella en ese día, no sabía cómo evolucionaba. Eleanor amaba a los caballos. Era una pasión que le había inculcado su madre desde pequeña. Gracias a ella era una gran amazona.

Eleanor salió al pasillo haciendo muchos esfuerzos con su pierna, con una vela en su mano comenzó a recorrer este, oscuro, mirando hacia las paredes. Al mirar por la ventana supo que se encontraba en la planta superior de la casa, buscó las escaleras pensando que los cuadros que buscaba quizás estuviesen en la parte de abajo, sin embargo, cuando se dispuso a colocar el pie en el primer escalón supo que no podría hacerlo. El dolor de la pierna era terrible ante este esfuerzo. Desistió del intento y cuando se giró para seguir recorriendo el pasillo de la parte superior del castillo por si

encontraba lo que buscaba, se topó con un hombre alto y fuerte que vestía de negro. Los ojos de Eleanor quedaron a la altura del pecho de este y cuando alzó la mirada se encontró con un rostro cubierto por un antifaz negro. Lo miró a los ojos y supo que era el mismo hombre que la visitó en su habitación el día anterior. Los intensos ojos azules de este los tenía gravado a fuego en su memoria.

—¿Qué hace aquí? —la alertó una voz grave y autoritaria. El hombre la miró serio y Eleanor se estremeció al mismo tiempo que le falló la pierna y se tambaleó. El desconocido la cogió con fuerza por la cintura al mismo tiempo que ella sintió su calor y su poderoso aroma—. No debería salir de la cama en su estado, creo que el médico le ha advertido que puede tener consecuencias terribles. Es usted una inconsciente —le regañó al mismo tiempo que la cargó en sus brazos sin pedir permiso y se encaminó con ella a grandes zancadas hacia la habitación de nuevo.

—¿Quién es usted? —preguntó Eleanor con la voz temblorosa cuando la depositó en la cama.

—Al parecer, la persona que ha evitado que se caiga por las escaleras y le sobrevenga un mal peor del que ya tiene. ¿En qué estaba pensando al tratar de bajar sola? —la reprendió, enfadado.

—Quería averiguar sobre el duque —susurró Eleanor a modo de confidencia—. ¿Usted trabaja para él? —preguntó mirándolo con atención, a la misma vez que observaba con detenimiento la máscara que llevaba. Igual debería sentir miedo de estar a solas con un hombre como él en una habitación y que la hubiese cargado en sus fuertes brazos, pero lo cierto es que no lo tenía.

—¿Qué quiere saber? —chasqueó la lengua y se acercó a la ventana el imponente hombre, contrariado y tratando de dominarse.

—Le estoy muy agradecida al duque por su hospitalidad, pero quería prevenirle sobre mi padre. Tarde o temprano aparecerá por aquí y querrá hablar con él. Es un hombre que no le hace caso a las negativas y deseará hablar en persona con el duque por haberme ayudado.

—El duque no recibe visitas desde hace años. El que la haya acogido en su castillo es una excepción —manifestó el hombre.

—Vaya, me siento halagada. Le debo la vida. Igual sin su hospitalidad y el médico que me brindó no estaría viva. Estoy segura de que mi padre querrá recompensarlo por tal gesto —insistió.

—El duque no necesita recompensación —susurró el hombre de forma seca y cortante.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió Eleanor con curiosidad, mirándolo con atención. Era un hombre muy extraño. Se preguntaba por qué llevaba aquella máscara.

—James —respondió de inmediato.

—James, mi padre es un hombre muy rico. También es duque.

—El duque de Bedford también lo es —manifestó con contundencia—. Le aseguro que no recibe limosnas de nadie.

—¿Y por qué vive aislado y sin contacto con nadie? ¿Tú eres su asistente, algún familiar?

—Porque sufrió un accidente diez años atrás y se alejó de todo. Quedó muy mal, por eso, desde entonces, no ha querido ver a nadie —reveló.

—¿Por qué llevas esa máscara? —se atrevió a preguntar Eleanor mirándolo fijamente, acomodada en su cama, como la había dejado el hombre.

—Porque no me gusta mostrar mi rostro —reveló sin mirarla a la cara.

Eleanor lo observó con detenimiento, intercambiaron una mirada en silencio y luego susurró:

—¿Tienes algo en el rostro? ¿Por eso lo tapas? Puedo entender tu vergüenza ahora que el médico me dijo que me va a quedar una fea cicatriz en la pierna donde me hice la herida. Yo tampoco querré que nadie la vea nunca.

James miró a Eleanor con los ojos muy abiertos, con el corazón latiéndole con demasiada prisa y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, estaba nervioso. Esa joven era demasiado viva y audaz.

—No tiene por qué verla nadie si no quiere. Es fácil de esconder. La tiene en el muslo —murmuró.

—Estoy prometida —reveló Eleanor y James la miró con sorpresa —. Ya bastante disgusto me provoca mi próximo enlace como para

añadir esto. Perdón, no debería hablarle de eso —se disculpó de inmediato.

—¿Qué edad tiene? —indagó.

—Veinte años.

—A su edad debería estar casada.

—Por eso mi padre me ha arreglado el matrimonio —reveló con desgana.

—¿No desea esa unión? Toda mujer con su edad y posición quiere un marido e hijos.

—Yo soñaba con un matrimonio como el de mis padres —comentó con añoranza.

—¿Qué tiene de especial el de sus padres? —inquirió James con sorpresa.

—Se aman.

James resopló y apartó la vista de ella.

—¿No quiere casarse con el hombre que ha escogido su padre?

—No, pero no puedo contradecirlo. Sé que si le manifestase mi desagrado por el conde de Russel me escucharía. Es un gran padre y un hombre muy justo, pero lo que menos deseo es decepcionarlo. Me ha dado mucho.

—Es su obligación como padre, además es duque y muy rico.

—En realidad el duque de Norfolk no es mi padre. Él y su mujer me criaron y en todo momento he sido tratada como su hija. Les debo mucho y si ellos creen que mi enlace con el conde es lo mejor para mí no puedo contradecirlos.

—Vaya, es usted toda una caja de sorpresas —susurró James—. Hacía años que nadie captaba tanto tiempo mi atención.

—Perdón, no sé por qué le he contado todo esto.

—Igual porque al tener mi rostro cubierto le he infundido algún tipo de poder de confesión. —Eleanor captó su tono de burla.

—Usted no debería estar aquí —le indicó alzando el mentón y mirándolo seria y distante.

—Tiene toda la razón —convino James asintiendo con un gesto—. Lo que menos deseo es provocarle un problema y que no pueda llevar a cabo su enlace para no decepcionar a su familia. No hable

con nadie de este encuentro ni que la cargué en brazos hasta la cama —le advirtió.

—No se ofenda, pero mi padre jamás permitiría que me casase con alguien como usted.

—¿Y usted, lo permitiría? —contraatacó James acercándose a ella y mirándola a los ojos. Eleanor se estremeció por el brillo que asomaban por las pupilas del hombre. Eran como dos faros de luz sobre el antifaz negro.

—Yo no tengo poder de decisión. Debo aceptar lo que el destino me ha impuesto pese a que no me guste casarme con un hombre que se pasa la vida viajando y me alejará de mi familia —susurró resignada, con pena.

—¿Qué clase de vida es la que desea? ¿En Londres de fiesta en fiesta? —se interesó. Dada la belleza de la mujer que tenía delante no podía imaginar otra cosa.

—No. A mí me gusta el campo. Montar a caballo, pasear, pescar, cazar… Me aburren las fiestas de temporada en Londres. Me encanta disfrutar de mi familia y pasar tiempo con ellos. Sé que una vez que me case no tendré nada de eso.

—Es usted una mujer poco común —susurró el hombre.

—Mi madre es igual que yo. Es mi referente en esta vida, y siempre pensé que encontraría a un hombre como ella, pero no ha sido así —comentó con desilusión.

—Bien, descanse —se despidió James.

—¿Volveré a verlo antes de que me marche? —preguntó Eleanor antes de que él abandonase la habitación.

—No lo creo. Le deseo que sea muy feliz.

Capítulo 4

James no durmió en toda la noche. Se la pasó paseándose intranquilo por su habitación, pensativo en la mujer que había terminado herida en el castillo. Los preciosos ojos grises de la dama y lo bella que era no se le quitaban de la cabeza. Maldijo su presencia y todo lo que ella estaba removiendo en su interior. Hacía años que no ayudaba a nadie y en esos momentos estaba experimentando la sensación de bienestar que le producía hacerle el bien a alguien.

La voz y el rostro de Eleanor los tenía metidos en su cabeza y no podía deshacerse de ellos. Había empezado a maldecir al conde de Russel y no se explicaba por qué.

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana de la estancia en la que se encontraba James y este suspiró al ser consciente de que no había probado la cama en toda la noche. Escuchó los pasos de un caballo avanzar a velocidad y observó que se trataba del hermano de Eleanor que volvía al castillo. Tras él venía un coche de caballo con el escudo de una familia, seguramente fuese el duque de Norfolk.

James se rascó el mentón, contrariado, salió de su habitación y fue en busca de Holly. Encontró a la mujer en la cocina junto con Denzel y le ordenó al ama de llaves:

—Vaya a la habitación de la invitada y dígale que quiero verla. Que se prepare para recibirme. —La sirvienta lo miró con los ojos muy abiertos, pero solo asintió—. Su familia está entrando en la propiedad. No deje que suba nadie hasta que yo abandone la habitación de la muchacha —ordenó de forma tajante. Se dio media vuelta y se marchó de la estancia.

Holly y Denzel intercambiaron una tensa mirada en silencio, ella se secó las manos y se encaminó hacia el cuarto de Eleanor. Denzel

se preparó para recibir a la familia de la mujer enferma y entretenerla hasta que pudiesen verla.

James se paseaba de nuevo inquieto por sus aposentos. Trataba de convencerse de que estaba haciendo algo bueno para salvar a una mujer que pedía ayuda a gritos. Eleanor se había colado en su mente de una forma que no podía apartar. Un sentimiento desconocido de protección se apoderó de él y ni siquiera entendía lo que pensaba hacer.

Holly tocó a la puerta de la habitación de James, la mujer solo asintió y él supo que podía ir al cuarto de la invitada. Pasó por su lado en silencio y se encaminó a ver a Eleanor. Holly lo seguía y tuvo el atrevimiento de entrar en el cuarto tras él.

Eleanor, que esperaba la visita visiblemente adecentada y un poco incorporada en la cama se asombró de verlo de nuevo. Ella tampoco había pegado ojo la noche anterior pensando en ese hombre misterioso que cubría parte de su rostro con un antifaz negro.

—Holly, déjanos solos —le solicitó a la criada al percatarse de su presencia.

—No es lo correcto, señor —protestó la mujer en un susurro, mirándolo con desaprobación.

—No me importa. Haz lo que te pido —le ordenó de forma seca y tajante, mirándola de una forma penetrante. El ama de llaves chasqueó la lengua, suspiró y salió de la habitación murmurando—:

—A ver qué locura va a cometer ahora.

Eleanor y James se miraron en silencio unos segundos hasta que él tomó la palabra. Sabía que no disponían de mucho tiempo.

—Tu familia está entrando en la propiedad —anunció.

—¿Mi padre? —preguntó, alerta y con los ojos muy abiertos. Al parecer, no lo esperaba tan pronto.

—Desconozco quienes sean. Tu hermano encabezaba la comitiva y le seguía un coche de caballo con el escudo de una familia.

—Mis padres —susurró Eleanor.

—Tengo algo que proponerte —manifestó mirándola, serio.

—Mis padres querrán llevarme con ellos. Si lo consideran así, haré lo que ellos decidan —susurró—. Por otro lado, no quiero causar más

molestias en el castillo.

—Anoche me contaste que estabas prometida a un hombre que no deseas —manifestó James mirándola fijamente. Tenía que ir al grano, no había tiempo. Eleanor asintió—. ¿Y si yo te diese la oportunidad de no contraer matrimonio con él sin que tú les manifestases tu rechazo a tus padres? —expuso a la misma vez que ella frunció el ceño. No lograba entenderlo muy bien—. Es muy fácil, Eleanor, has pasado dos noches en este castillo, tu hermano ayer se ausentó por muchas horas y tú y yo estuvimos juntos y a solas en esta habitación —le recordó. Ella continuó en silencio—. Puedo ofrecerte que te cases conmigo —dijo de pronto. Eleanor abrió mucho los ojos y el ritmo de su respiración se aceleró.

—Yo… Mi padre… jamás lo permitiría. Me casa con el conde de Russel porque según él nunca voy a encontrar a un hombre con mejor título y fortuna.

—Yo soy el duque de Bedford. James Harrington —se presentó—. Y le aseguro que si algo me sobra es el dinero.

—¡¿Qué?! —preguntó apenas sin voz, llevándose una mano al pecho—. ¿Por qué quiere casarse conmigo? —inquirió con miedo. Mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Mi intención salvarla de un matrimonio que no desea —expuso con calma—. Sería mi duquesa, pero solo de nombre —especificó—. Podría llevar una vida a su antojo bajo mi mismo techo, ayer me dijo que le gusta el campo y estar cerca de su familia. Yo nunca salgo de aquí y mis propiedades colindan con las de su familia.

—¿Por qué un trato así? —inquirió sin entender nada.

—Porque tengo un título y fortuna, y porque ha pasado en mi casa dos noches. Pero solo si usted está de acuerdo.

—Yo… yo… Estoy muy confundida. —Lo miraba sin entender nada —. Padre…

—Ya le dije que yo me encargo de eso —susurró.

James escuchó voces en la parte de abajo de su casa y supo que no contaba con mucho más tiempo. Necesitaba su consentimiento para ese pacto.

—Pero…

—Es fácil, Eleanor. Si no quieres por marido a un hombre que te desagrada como el conde de Russel, me tienes a mí. —Cuando ella abrió mucho los ojos él soltó una gran carcajada amarga—. Comprendo que te desagrade más que él, pero te doy mi palabra de que nunca exigiré mis derechos conyugales y de que tendrás una vida a tu antojo bajo mi nombre. Soy yo o compartir cama e intimidad con el conde. Tú decides —la apremió.

—¿Está tratando de llegar a un pacto conmigo? —preguntó con sorpresa.

—Más bien el pacto lo haces tú conmigo. Yo no tengo nada que perder o ganar. ¿Me has visto bien? —Indicó su máscara—. No salgo de mi propiedad ni dejo que nadie me vea el rostro. No puedo aspirar a una esposa porque soy consciente del asco y repulsión que le produciría.

—No te conozco —susurró recorriéndolo con la mirada de arriba abajo.

—¿A tu prometido sí? Creo que has pasado más tiempo a solas conmigo que con él. Tu familia está abajo. No hay tiempo. Decídete —la apremió cuando escuchó pasos cercanos.

—Yo… yo… —no sabía qué decir. Aquello la cogía por sorpresa. ¿Cómo se iba a casar con un hombre como él?

James se sentó en la cama, la tomo por ambos brazos y la miró de cerca.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y Eleanor se encontró con los ojos del duque de Norfolk posados sobre ella y el hombre que estaba a su lado.

—¡¿Qué es esto?! —bramó Sylvester, enfurecido. En dos zancadas se acercó a James y cuando fue a ponerle una mano encima para apartarlo de su hija este lo detuvo, era más alto y fuerte, además de más joven, y le dijo parándolo en seco:

—No permito que nadie me ponga la mano encima en mi propia casa. Soy James Harrington, duque de Bedford —se presentó—. También le he salvado la vida a su hija dándole cobijo en mi castillo y haciendo que la atendiese mi médico.

—Sylvester, por favor —rogó la voz de una dama a su espalda que entraba por la puerta.

Eleanor la miró y susurró con lágrimas en los ojos:

—Mamá.

Ambas mujeres se fundieron en un abrazo, mientras los dos hombres se median con la mirada. De duque a duque.

—Estaba a solas con mi hija en esta habitación —gritó Sylvester en un reproche hacia James.

Eleanor y su madre permanecían en la cama sentadas, mirando a ambos hombres.

—Responderé a mis actos si es lo que me está pidiendo duque de Norfolk. Además, le confesaré que no ha sido la única ocasión. Anoche también visité a su hija en la intimidad —reveló con calma.

Eleanor sentía que el pecho le iba a explotar. La furia que manaba en el rostro de su padre la tenía paralizada. Cuando al duque le palpitaba la vena del cuello había que echarse a temblar.

—Mi hija se encuentra en una cama medio desnuda. —La señaló. Eleanor solo llevaba un camisón y estaba arropada por mantas—. ¿Es que usted no tiene vergüenza ni decoro? —bramó.

—Me casaré con ella —manifestó el duque de Bedford con el mentón alzado.

Elizabeth le apretó las manos a su hija y la miró con miedo. Ese hombre tan alto, corpulento, vestido de negro y con ese antifaz que le cubría parte de su rostro le producía escalofríos. De inmediato se acercó a su marido, lo tomó por el brazo y le susurró:

—No, Sylvester. —Temblaba a la misma vez que lo miraba con los ojos muy abiertos.

El duque de Norfolk se quedó pensativo, miró a su esposa, a su hija y a Sebastian que entraba por la puerta de la alcoba.

Capítulo 5

—Esto es lo que conseguís con vuestros actos irresponsables —bramó Sylvester haciendo a un lado a su esposa y señalando a sus hijos—. Os tengo prohibido salir solos a cabalgar y hacer carreras, y más fuera de la propiedad —les recordó alzando la voz. Luego miró a su esposa y le dijo—: ¿Realmente crees que pueda casar a Eleanor con el conde de Russel después de esto? Soy un hombre de honor —manifestó con orgullo. Miró a James y sentenció—: Te casarás con mi hija o te batirás en duelo conmigo al alba.

—Yo también soy un hombre de honor —contestó el duque de Bedford con el mentón alto—. Me casaré con su hija.

—Sylvester —protestó Elizabeth, horrorizada.

—Cállate —le ordenó su marido alzando la voz, con los ojos echando fuego. Una rabia interior lo consumía.

—Vayamos a su despacho a acordar los términos del matrimonio, duque de Bedford —le exigió Sylvester haciendo como si no hubiese nadie más a su alrededor.

Elizabeth lo miraba al mismo tiempo que lo desconocía. Eleanor temblaba en la cama y Sebastian chasqueó la lengua y susurró:

—Al menos es duque, tiene dinero y no se mueve de esta propiedad. Creo que mi hermana ha ganado con el cambio de esposo.

—¡Sebastian! —lo reprendió su madre—. ¿Tú has visto a ese hombre? Solo mirarlo da miedo. ¿Quieres a alguien así para tu hermana? Me da igual que sea duque.

Elizabeth se abrazó a su hija y cerró los ojos. Sabía que poco podía hacer por ella llegados a aquella situación. Eleanor estaba como en trance, no atinaba a digerir lo que acababa de ocurrir. ¿Se iba a casar con James, el hombre del antifaz negro? Al contrario que a su madre, a ella no le producía miedo. Algo en su interior le decía

que, pese a su aspecto, era un buen ser humano. Se lo había demostrado acogiéndola en su casa, ayudándola con un médico y salvándola de un matrimonio que no deseaba. Ella confiaba en el duque y en el pacto que le propuso antes de su padre irrumpir en la habitación como un huracán.

—¡¿Cómo puedes estar tan tranquila?! —le preguntó su madre mirándola a los ojos.

—Bueno, supongo que me da igual todo. En estos momentos solo me importa que no se me infecte la herida de mi pierna y pueda perderla —comentó a modo de excusa por su comportamiento. Lo cierto era que, meditándolo bien, le estaba agradecida a James por el pacto y a su padre por haber exigido ese matrimonio que la libraba del compromiso con el conde de Russel.

En el fondo, sabía que había decepcionado a su padre con su actitud, pero lo sentía diferente, ya que, dado los acontecimientos, de esta forma todo había sido como desencadenado por los sucesos. Ella nunca le dio una negativa. De hecho, continuaba igual, aceptando el matrimonio que su padre había concertado. En estos momentos se hallaba en el despacho del duque de Bedford concretando su unión.

—Perdón, hija. Ni siquiera te pregunté cómo te encuentras —se disculpó su madre, apenada.

—Siento todo esto, mamá. Lo he hecho muy mal. Estoy muy arrepentida —susurró con lágrimas en los ojos.

Elizabeth la abrazó y la consoló. Ella mejor que nadie podía entender el carácter de Eleanor. Puede que no la hubiese parido, pero era un calco de ella en su forma de ser. En su físico, era un calco del Sylvester, gemelo de su padre, por eso nunca nadie puso en duda que Eleanor no era hija del matrimonio. Que realmente era su sobrina lo sabía muy poca gente. Ella se había criado como su hija y los llamaba papá y mamá.

—Más me ha decepcionado tu padre con su actitud. Tendré que hablar con él muy seriamente —murmuró Elizabeth con resentimiento. Nunca había visto en la mirada de su marido la furia que atisbó ese día. La había mandado a callar de una forma que aún, cuando la recordaba, le helaba la sangre.

—Yo también siento todo esto, mamá —resonó la voz de Sebastian, cargada de culpa.

—Tú te has portado como un hombre, mi amor —reveló Elizabeth con amor. Se levantó de la cama y fue a abrazarlo—. Tu padre ha sido muy duro y te ha impuesto un castigo que yo misma me encargaré de que te levante. Le has salvado la vida a tu hermana. La furia de vuestro padre por lo sucedido no lo deja ver con claridad. Cuando algo se sale del control de Sylvester actúa así, pero, para eso estoy yo —estableció la duquesa con garra.

—Te quiero, mamá —susurró Sebastian abrazado a ella.

Eleanor la miraba con lágrimas en los ojos. Admiraba siempre la forma de proceder de su madre. Era su gran referente y siempre lo sería. Se dijo que tendría que aprender mucho de ella para lidiar con un duque si ahora se iba a casar con James.

Cierto escalofrío recorrió su cuerpo cuando reparó en que su padre podría cambiar el pacto con el duque.

—Vaya, es usted muy rico —manifestó Sylvester cuando James le expuso todo lo que poseía y le enseñó los documentos.

—¿Suficiente para casarme con su hija? —preguntó con el mentón alzado, sentado tras la mesa de su escritorio.

—La hubiese casado con usted aunque no tuviese ni una libra —escupió entre dientes. Para Sylvester la situación era una cuestión de honor, no económica. Él era lo suficientemente rico como para aportar todo el dinero necesario a la dote de su hija.

—No quiero que Eleanor aporte nada al matrimonio. No le hace falta. Puedo mantenerla sin problema como ya ha comprobado —estableció el duque de Bedford.

Sylvester asintió. Le parecía justo ante la situación.

—¿Por qué lleva esa máscara? —se atrevió a preguntar.

—No me gusta mostrarme como soy —contestó James, seguro de sí mismo.

—¿Qué clase de matrimonio le va a ofrecer a mi hija? —se interesó Sylvester.

—Creo que en eso no tiene poder de decisión, sin embargo, le diré que me considero una persona justa, no me gustan las reglas y

si alguien me expone su punto de vista y me convence de ello suelo ceder, aunque se trate de una mujer —enumeró James. Era muy listo y tenía que convencer al padre de su futura mujer de la vida que esta llevaría según el pacto del que habían hablado. Eleanor sería una duquesa con mucha más libertad que el resto y él solo estaba preparando a su suegro de lo que vendría.

—Si se enamora de Eleanor estará perdido en todos los sentidos —susurró Sylvester a modo de consejo.

James lo miró con atención al descubrir que era un hombre que daría la vida por su esposa, y eso lo sorprendió.

—Entonces le pediré consejos —susurró con mofa. Seguro de que aquello nunca iba a suceder.

—Hágalo, le ahorraré algunos dolores de cabeza —contestó más calmado, mostrándole una sonrisa forzada.

—Ya veo que habla desde la propia experiencia —manifestó James mirándolo con atención.

Sylvester asintió. Antes de retirarse, ya habían establecido que el matrimonio se llevaría a cabo en una semana para cuando Eleanor se encontrase mejor, el duque de Norfolk dijo:

—Conozco lo que sucedió con sus padres en este castillo. Créame que usted se encuentra mucho mejor de lo que se dice por ahí. Aun así, expongo el nombre de mi familia y el de mi hija a arrastrarlo a esos comentarios.

James lo miró con atención. Desconocía todo lo que se hablaba sobre él en la alta sociedad.

—No me gusta recordar el suceso, y me es indiferente lo que digan de mí —lo cortó el duque de Bedford de inmediato.

—Lo entiendo. En mi vida hay cosas que tampoco me gusta recordar y otras que también me son indiferentes, pero cuando se trata de mi esposa o hijos los defiendo con mi vida si hace falta —le dejó muy claro.

Luego Sylvester le estrechó la mano a James y ambos duques sellaron el futuro matrimonio.

Eleanor se encontraba acompañada de su madre y de su hermano pequeño cuando su padre entró en la habitación y anunció de forma

distante:

—Tu matrimonio con el duque de Bedford está acordado. Os casaréis en una semana, cuando estés mejor.

Se hizo un gran silencio en la habitación en el que los cuatro se miraban de forma incómoda. El duque les reprochaba a sus dos hijos su comportamiento, el cual le había llevado a esto. Por otro lado, Elizabeth tenía ganas de gritarle a su marido, pero esperaba para hacerlo en la intimidad, ya que Eleanor y Sebastian reflejaban en sus rostros los sentimientos de culpa.

—Dejadme solo con mi hija —ordenó el duque con los ojos clavados en su esposa y en su hijo.

Elizabeth lo miró enfurecida, pero no dijo nada. No quería desatar una fuerte discusión delante de sus hijos, pero lo esperaría en la alcoba que le designaron en ese lugar tras llegar y le iba a dejar algunos puntos claros a su duque. Ella y Sebastian salieron de la habitación en silencio y se dirigieron al salón de la casa, donde Holly les ofreció un té.

La duquesa preguntó al mayordomo por el duque de Bedford, quería hablar con el hombre que se iba a casar con su hija, pero Denzel le dijo que el señor se había retirado a sus aposentos a descansar y había solicitado no ser molestado.

Capítulo 6

—Padre —resonó la voz angustiada de Eleanor cuando se quedó a solas con Sylvester.

El duque cerró los ojos y trató de serenarse. Su hija estaba enferma y apenas había reparado en ello. Su alteración fue tal cuando entró en la habitación y la encontró con James a solas que aún no se recuperaba. Nunca pensó que tendría que arreglar el matrimonio de su hija de aquella forma.

—Eleanor —susurró en una especie de lamento—. La cabeza me va a estallar —reveló paseándose ante ella y masajeándose el cuero cabelludo.

—Lo siento. Te he decepcionado —susurró cabizbaja, retorciéndose las manos, con lágrimas en los ojos.

—Lo que más me ha decepcionado es que has puesto tu vida en riesgo y como consecuencia de ello se ha desencadenado todo esto y hemos terminado en este lugar —confesó irritado, a la vez que paseaba la mirada por la estancia. Una habitación mediocre que su hija no se merecía.

Varias lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Eleanor. Estaba asustada. Nunca había visto a su padre tan enfadado.

—Lo siento —susurró de nuevo. No sabía qué más decir.

—No tenías que haber salido sola con Sebastian, mucho menos hacer carreras de caballo. Las tenéis prohibidas —le reprendió con severidad de nuevo. Eleanor solo asintió—. Mira las consecuencias, y no solo tú físicamente. Tu futuro. Ahora tengo que volver a Londres de nuevo y hablar con el conde para anular tu compromiso y explicarle la situación. Esto me supera. Estaba muy contento con tu unión con el conde, es un buen hombre y era tu candidato ideal. Con buena posición económica, bien relacionado, educado… Y ahora… Mírate, en unos días estarás casada con un hombre al que

probablemente le tengas miedo con esa máscara que utiliza para cubrir su rostro y medio Londres habla de él y lo que sucedió en este castillo hace años. ¿Sabes cómo me tiene eso? —bramó.

—No te preocupes. No le tengo miedo —intentó calmarlo—. He aprendido a ver en las personas más allá de su exterior. Los ojos del duque son los de un hombre bueno. Prueba de ello es todo lo que ha hecho por mí desde que llegué a su castillo —reflejó de forma calmada.

—Arruinar tu reputación. —Alzó la voz.

—Se va a casar conmigo —susurró con los ojos cargados de lágrimas—. Seré duquesa. —Trató de aplacarlo exponiéndole el título.

—No me vengas con esas. Ya no hay remedio a todo esto —lamentó. Miró a su hija y, por primera vez desde que entró en esa habitación, reparó en ella y en su delicado aspecto—. Dejando aparte este desastroso tema, ¿cómo estás? He mandado a llamar al médico para que me informe personalmente sobre tu salud. Sebastian me contó que estuviste inconsciente muchas horas, tenías magulladuras por bastantes partes de tu cuerpo y una herida fea en tu muslo.

—Sí, pero voy mejor. Solo hay que tener cuidado de que la herida de la pierna no se infecte.

—¡Qué susto me has dado, Eleanor! —susurró el duque, se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos—. Cuando un mensajero llegó a Londres con las noticias de Rose sobre tu accidente casi creí morir.

—Sebastian ha sido mi salvador. Si no llega a ser por él…

—Ni me lo nombres. —La cortó de golpe—. Estoy mucho más enfadado con él que contigo.

Unos toques en la puerta interrumpieron al duque con su hija. Denzel le informó de que el médico había llegado. Sylvester se reunió con él en el salón, le agradeció haber atendido a Eleanor y se interesó por el estado de ella y su recuperación.

El médico le aconsejó al duque de Norfolk que su hija permaneciese en el castillo, la herida de su pierna era delicada e iba a tardar un poco en sanar.

Contrariado, Sylvester determinó que Eleanor se quedase en el castillo hasta que contrajese matrimonio con James en una semana. Tampoco quería convertir a su hija en una mujer casada en un estado tan débil. Por otro lado, James había insistido en que la boda se llevase a cabo en la capilla de su propiedad.

Se despidió del médico y buscó a su mujer. Holly le indicó que a la duquesa se le había asignado una habitación en el castillo y se encontraba allí en estos momentos. Denzel acompañó a Sylvester hasta el lugar y encontró a su mujer en la alcoba, mirando por una gran ventana.

Elizabeth se giró al ver entrar a su marido y lo repasó de arriba abajo con una mirada distante. Cruzada de brazos lo enfrentó.

—¿Estás orgulloso de tu comportamiento, Sylvester? —Alzó la voz. Estaba a solas y podía comportarse como era ella. Una mujer que no se cortaba a la hora de decirle a su marido lo que realmente pensaba.

—Elizabeth, en estos momentos no estoy para tus sermones. Creo que la cabeza me va a estallar —reveló tumbándose en la cama.

—Igual es que estás mayor —le espetó ella desde la distancia, sin acercarse ni preocuparse por su estado. Algo que alertó al duque, se incorporó sobre el colchón sosteniéndose sobre sus brazos y la miró con atención.

—¡¿Qué querías que hiciera?! —exclamó, enfadado porque no compartiese su forma de actuar. Esperaba encontrar en su esposa a una aliada.

—Comportarte como un padre, no como el gran duque de Norfolk —le espetó de golpe—. Ni siquiera te preocupaste por el estado de Eleanor cuando pusiste un pie en esa habitación. Exigiste un matrimonio —le reprochó llevándose las manos a la cabeza—. Vas a casar a nuestra hija con ese hombre… Eleanor está enferma en una cama. Apenas se puede mover. No había necesidad de ese enlace, todo podría haber quedado en la intimidad. Y la has condenado a ser la esposa del duque de este castillo. ¿Sabes la historia de James? —preguntó con los ojos muy abiertos, casi con pavor.

—Sí —susurró Sylvester.

—Y, aun así, no te importó arrojar a nuestra hija a un hombre como él.

—Era lo que se debía hacer ante las circunstancias. Eleanor también tiene que aprender que sus actos tienen consecuencias.

Elizabeth movió la cabeza, contrariada.

—También has sido muy duro con Sebastian —le reprochó—. Se portó como un hombre salvando a su hermana, trayéndola a este lugar que era el más cercano y cuidando de ella. Tienes que admitir que él no es como su hermano Sylvester, un calco de ti. Creo que le debes una disculpa a nuestro hijo y reconocerle que lo hizo muy bien con su hermana.

—¡¿Eso crees?! —bramó.

—Sí. Porque solo has tenido en cuenta las consecuencias que estamos viviendo y ni siquiera habrás pensado que podía haber sido otra, como la muerte de Eleanor si Sebastian no hubiese actuado con rapidez. No voy a permitir que lleves a cabo el castigo que le has impuesto de enviarlo fuera unos meses. Sebastian no necesita una academia estricta.

El duque se quedó en silencio, mirando a su mujer. Se tumbó en la cama de nuevo con la vista clavada en el techo mientras se masajeaba la cabeza con fuerza.

—Me pregunto qué hacen esos hombres que no tienen a una esposa como tú que les reprocha todo lo que hacen mal —susurró en una especia de queja.

—Tienen una vida muy vacía —manifestó Elizabeth con el mentón alto—. No pienso permitir que mi marido se convierta en uno de ellos.

—¡¿Qué voy a hacer contigo?! —exclamó, exasperado.

—Aguantarme, ya lo sabes. Y rectificar con Sebastian —le exigió de forma contundente. Su marido la miró y asintió en silencio—. Con respecto a Eleanor no hay marcha atrás, ya has acordado su matrimonio con el duque. Igual hasta tiene sus ventajas esta unión —susurró. Era lo que había estado pensando desde que entró en esa habitación y se posicionó delante de la ventana—. Tendré a mi hija cerca y a mis futuros nietos. El duque de Bedford no sale de aquí ni tiene vida social.

—Yo debo partir en breve hacia Londres. Tengo que comunicarle al conde de Russel que el compromiso se ha anulado. Te aseguro que no es plato de buen gusto —añadió.

—Eres el duque de Norfolk, no debería ser un problema para ti —respondió Elizabeth. Lo miró y salió de la habitación dejando a su marido perplejo ante su actitud.

Sylvester maldijo cuando su esposa abandonó la estancia. ¿Por qué la deseaba tanto cuando se enfadaba y lo ponía en su lugar? Si el dolor de cabeza que sentía no lo estuviese partiendo por la mitad hubiese arreglado todo con Elizabeth en la cama, pero igual ella tenía razón y se estaba volviendo viejo, lamentó con un bufido. Trató de dormir un poco antes de partir hacia Londres.

Capítulo 7

Elizabeth cuidaba de su hija y no se pensaba mover de su lado hasta que Eleanor se convirtiese en una mujer casada y el duque la echase de su casa. Como la duquesa rebelde que era ya le había pedido a Denzel de nuevo que le comunicase al duque de Bedford que quería hablar con él a solas. Necesitaba hablar con ese hombre y comprobar que sería un buen marido para Eleanor.

Holly entró a llevarle el desayuno a la duquesa de Norfolk y le comunicó que su marido acababa de marcharse y su hijo lo había hecho con él. Esto la sorprendió, pero, al mismo tiempo, también que Sylvester no se despidiese de ella. Eso significaba que su duque estaba muy sobrepasado por las circunstancias. Sin embargo, albergó la esperanza de que se hubiese llevado a Sebastian con él para limar asperezas con su hijo y reconocerle que había actuado muy bien ante el accidente de su hermana.

El ama de llaves le hizo saber a la duquesa tras el desayuno que su excelencia la esperaba en su despacho. Le había concedido hablar con ella. Elizabeth se lo agradeció, miró a su hija y le dijo:

—Enseguida vuelvo. —Salió de la alcoba y dejó a Holly y a Eleanor mirándose en silencio.

—Como ya habrá podido comprobar mi madre no es una duquesa común —comentó Eleanor a modo de disculpa con Holly.

—Ya lo he apreciado, al mismo tiempo que salta a la vista que es una gran mujer —contestó, admirando a la duquesa con una sonrisa y esperando que su hija se pareciese a ella. James necesitaba en su vida a una mujer así de decidida y arriesgada.

—Lo es. La mejor —corroboró Eleanor con una amplia sonrisa de orgullo—. Siempre he deseado ser como ella.

—Su excelencia es una persona difícil —le reveló Holly de forma discreta.

—Mi padre también lo es —respondió y Holly torció el gesto.

—Que dios nos ayude —susurró el ama de llaves, que ya era conocedora del acuerdo al que James había llegado con el padre de Eleanor.

Elizabeth bajó al despacho del duque acompañada por Denzel, este le abrió la puerta y le anunció a su señor que la duquesa de Norfolk estaba ahí. El sirviente los dejó solos. James recibió a su futura suegra en pie, detrás de su amplio escritorio y le hizo un gesto para que tomase asiento frente a él.

—Usted dirá, duquesa —la instó James a hablar de forma educada. La madre de su futura esposa no sabía el gran esfuerzo que estaba haciendo al recibirla. Hacía años que no recibía visitas ni hablaba con nadie de forma distendida. Solo daba órdenes en su castillo.

Elizabeth tenía la mirada posada en la máscara negra del duque. Lo estudiaba al detalle. Unos impresionantes ojos azules, muy claros, bien vestido, pelo castaño claro, más largo de lo normal, con modales, un título como el de su marido y con dinero. Trataba de convencerse de que no era tan mal partido para su hija, sin embargo, la apariencia de ese hombre le daba cierto temor. Saltaba a la vista que era alguien oscuro.

—Me gustaría saber cuáles son sus intenciones con respecto a mi hija —manifestó con las manos en su regazo, la espalda recta y el mentón alto.

—Casarme con ella, convertirla en mi duquesa. Ya todo quedó claro con su marido. Puede preguntarle a él —contestó, serio.

—Me refiero a una vez casados —rectificó—. Dónde vivirán y cómo serán sus vidas —se atrevió a exponer.

—Nunca salgo de mi castillo. Tengo una casa en Londres que suelen usar mi tía y mi primo. Ambos están a mi cargo. No me gusta hacer vida social ni recibir visitas en mi casa. Soy amante de la soledad y el silencio. Debo admitir que tener tanta gente en mi castillo en los últimos días me tiene alterado —manifestó mirándola a los ojos.

—Siento las molestias —se disculpó de inmediato Elizabeth—. También quiero agradecerle que acogiese a mi hija y llamase a un médico. Le ha salvado la vida y siempre se lo agradeceré.

—Hice lo que se debía —susurró de forma seca.

—Espero poder visitar a Eleanor y que ella también lo haga una vez que sea su duquesa.

—Nunca le prohibiría que mantenga contacto con su familia. Yo perdí a toda la mía y valoro muchísimo la que ella tiene.

—Gracias —susurró con una media sonrisa, mirándolo con atención.

—Quería pedirle que me deje quedarme a cuidar de mi hija hasta que se lleve a cabo el matrimonio la próxima semana. No le molestaré. Sylvester y Sebastian se han marchado a Londres y tardarán unos días en volver.

—Por supuesto, puede quedarse. Este castillo es grande. Mis dependencias se encuentran en el lado opuesto donde se aloja Eleanor. En estos días ordenaré que le habiliten sus aposentos para cuando sea mi duquesa.

—Gracias —le indicó nuevamente.

—Quiero pedirle un último favor. Cuide mucho de mi hija —le rogó la duquesa con el corazón en la mano—. Eleanor es una mujer muy especial. Espero que llegue a conocerla lo suficiente y la valore.

—Es una mujer muy bella, eso salta a la vista. Cuidaré de ella como he hecho desde que llegó a mi castillo. Tiene mi palabra, duquesa.

—Me deja más tranquila. ¿Puedo preguntarle por qué lleva esa máscara siempre? —inquirió.

—No me gusta mostrarme a los demás. —Siempre daba la misma respuesta—. Ya se lo dije a su marido. ¿Le supone un inconveniente, duquesa?

—No. No. Para nada. Era simple curiosidad. Sobre usted hay muchas leyendas desde lo que ocurrió en este castillo hace diez años.

—La gente habla mucho. La realidad la tiene ante sus ojos. Ahora usted misma podrá sacar a todos de su error. No creo que nadie dude de la palabra de la duquesa de Norfolk.

—Si me disculpa, eso era todo. Volveré con mi hija.

—Vaya, duquesa. Luego me pasaré a ver a mi prometida —pronunció como pidiéndole permiso.

—Está en su casa, duque.

Elizabeth se retiró y James se quedó mirándola en silencio. Puso en duda el relato de Eleanor cuando le confesó que no era hija de los duques, saltaba a la vista que era igual a su padre físicamente y el carácter idéntico al de su madre era patente. ¿Qué escondían con respecto a ella?

James se quedó a solas en su despacho y se llevó la mano a la parte de su rostro oculto. Por primera vez desde aquello deseó ser alguien normal solo por Eleanor. Su esposa era tan bella que no merecía un marido como él, pero se contentaba con el hecho de que la había salvado de un matrimonio que no deseaba. Quería volver a hablar con ella para dejar muy claro antes del enlace las condiciones de su pacto.

Denzel le llevó un café al duque y se quedó mirándolo en silencio. Se atrevió a preguntarle:

—¿Se encuentra bien, su excelencia?

—No. No estoy acostumbrado a tener gente extraña en mi casa. Hace años que no me mostraba al mundo y ahora todos ellos me han visto.

—¿Se encuentra así por su boda? —preguntó con miedo el mayordomo—. Siento mucho la situación, señor. Yo le abrí la puerta al hermano de la señorita y lo convencí para que la ayudásemos. Ahora usted se ve en la obligación de contraer matrimonio con ella porque según su padre la ha comprometido.

—No se preocupe, Denzel. Mi boda es lo de menos. En estos momentos me atormentan otras cosas.

—¿Puedo ayudarlo en algo, excelencia?

—Encárguese de todo en la casa y de que la familia de mi futura esposa tenga todo lo que necesita hasta después de la boda. Que todo sea adecuado y acorde, pídale consejo a la duquesa si quiere, yo no sé nada de esas cosas.

—Lo haré, señor. ¿Puedo darle mi enhorabuena por el enlace? —preguntó el sirviente.

—No —contestó serio y rotundo. Salió del despacho y se dirigió a la habitación de Eleanor.

Tocó a la puerta y se encontró con Holly. Le pidió a la mujer que lo dejase solo con su futura esposa y recibió una mirada reprobadora, pero el ama de llaves asintió. Antes de que la mujer abandonase la habitación James le ordenó en un susurró en el oído:

—Entretenga a la duquesa. Necesito unos minutos a solas con Eleanor.

No sabía dónde se encontraba la madre de Eleanor, pero había sido una suerte no tenerle que pedir que lo dejase solo con su futura mujer, ya que iba decidido a hablar con ella. Cuando al duque se le metía algo entre ceja y ceja era muy difícil hacer que cambiase de opinión.

Holly abandonó la habitación y cuando el duque miró a Eleanor esta le indicó:

—No deberíamos quedarnos a solas.

—A estas alturas eso ya no importa. Nos vamos a casar y mira tus condiciones en esta cama. No creo que estés en circunstancias de que me aproveche de ti.

Eleanor le dedicó una sonrisa forzada.

—Nos vamos a casar —susurró muy despacio, mirando al duque, como asimilando que en pocos días sería su marido.

—¿No estás contenta? —inquirió mirándola con atención—. Ya no vas a contraer matrimonio con un hombre que te habían impuesto y con el cual tendrías que haber cumplido con tus obligaciones de esposa. —Eleanor asintió en silencio con un nudo en la garganta—. Nuestro pacto sigue en pie. Tal y como te propuse antes de que apareciese tu padre. Sabía que una persona como él exigiría un matrimonio entre nosotros cuando se enterase de que estabas bajo mi techo y sin protección, pero antes quise tranquilizarte y que fueses consciente de que como mi esposa solo lo serías de nombre, ante los demás. Jamás tendremos intimidad, no acudiremos juntos a ningún evento, con excepción de nuestra boda, y una vez que seas mi mujer tendrás tu propio espacio en esta casa y serás libre como

deseas. Nunca te voy a prohibir nada. Puedes hacer lo que te plazca dentro de la discreción, no manchar mi nombre ni hacer que tu familia se avergüence de ti —le advirtió, serio.

—¿No espera nada de mi como su duquesa? —preguntó con asombro.

—Ya te lo he dicho, que te comportes como tal ante los demás sin provocar ningún escándalo. Por otro lado, tengo mis costumbres. No esperes desayunar, comer y cenar conmigo. Puede que haya días en los que no nos crucemos en este castillo. No estoy acostumbrado a compartir mi vida ni mi espacio personal con nadie y espero que lo respetes. No me gustan las visitas en mi casa. Cuando quieras ver a tu familia podrás ir a pasar varios días o semanas con ellos. Y nunca hables de mí con otras personas. Solo di que no me gusta salir de mis tierras.

—Está bien. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí. No solo me ha acogido en su casa, también se ha enfrentado a mi padre.

—No te preocupes. Ya está todo arreglado. En una semana, cuando mejores, nos casaremos en la capilla de mi propiedad. Puedes decirle a tu madre que organice todo, eso sí, solo acepto que estén presentes en el enlace tus padres y tus hermanos, si quieren venir. Nadie más. Y luego no habrá celebración —dejó claro de forma tajante—. En mi vida no celebro nada.

—De acuerdo —susurró. Después de todo lo que el duque había hecho por ella no se encontraba en condiciones de exigirle nada. Continuaba viéndolo como un hombre muy generoso por todo lo que le había ofrecido desde que apareció en su castillo.

Capítulo 8

Elizabeth regresó al cuarto de su hija tras hablar con Holly cuando la interceptó en la entrada cargada de flores, consideraba la habitación muy deprimente, se encontró al duque abandonando la estancia donde se encontraba su hija. El hombre le hizo una leve inclinación de cabeza y desapareció al final del pasillo bajo la atenta mirada de la duquesa, la cual presagió que allí estarían sus aposentos.

—¿Qué quería el duque? —le preguntó a su hija cuando entró en la habitación.

—Comunicarme, que en una semana será nuestro enlace en la capilla del castillo, que solo podrán asistir mis padres y mis hermanos como únicos invitados y que no quiere una celebración tras la ceremonia.

—Me lo temía —susurró Elizabeth recordando cuando se casó con el padre de Eleanor, fue una boda muy similar. Solo que su hija no tendría la suerte de que su marido desapareciese tras el enlace. Un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió pena por ella. Imaginarla compartiendo alcoba con el duque la perturbaba. Ese hombre era tan misterioso por fuera y por dentro que causaba miedo.

—No me importa —contestó Eleanor y su madre se la quedó mirando con atención.

—¿No estás asustada por este matrimonio? El duque es un poco… oscuro —lo calificó. No quería infundirle temor hacia él. Pero solo había que apreciar a su persona y a su castillo.

—Creo que es generoso y bueno. Mira todo lo que ha hecho por mí.

—Eleanor, creo que ha llegado el momento de que hablemos de lo que ocurre entre un hombre y una mujer cuando comparten alcoba tras estar casados —manifestó la duquesa tomándole las manos,

algo nerviosa. Su hija solo asintió mientras pensaba que entre ella y el duque nunca existiría ese tipo de intimidad, pero era algo que no podía decir—. Verás, cuando dos personas se casan comparten lecho. Se desnudan, se acarician, se besan y bueno… el resto te lo explicará tu marido, pero de esa forma se engendran los hijos. La primera vez que compartas cama con el duque puede que duela un poco, pero luego todo será placer. Recuerda estas palabras, hija. Los primeros meses de vuestro matrimonio puede que todo sea más intenso porque el duque desee un heredero, luego es probable que cada uno tengáis vuestros aposentos y durmáis separados —comentó con tacto.

—Tú y papá siempre dormís juntos —apuntilló.

—Debes saber que el resto de los matrimonios no son como el nuestro —reveló con prudencia.

Eleanor se quedó pensativa y asintió, despreocupada, algo que descolocó a su madre y la miró con atención.

—¿No tienes ninguna pregunta más? —inquirió con sorpresa al sentir a su hija tan tranquila ante lo que le había manifestado. Eleanor negó con un gesto de la cabeza—. No me digas que el duque y tú ya… —susurró con los ojos muy abiertos.

—¡No! —exclamó Eleanor, asustada—. Yo nunca haría algo así.

—Perdón, pero es que he sentido que mi relato no te afectaba.

—Solo te escuchaba con atención.

—Bien. Tu madre siempre va a estar para lo que la necesites. No temas preguntarme nada. Sé que este es un tema tabú que no se suele hablar entre madres e hijas, pero creo que ya sabes que no soy como el resto. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias, mamá —le indicó Eleanor abrazándose a ella con culpa. No podía decirle de su pacto con el duque. Ella siempre soñó con ser madre y formar una familia, pero a estas alturas estaba entendiendo que no se puede tener todo en la vida. Ella solo quería algo así si se enamoraba de un hombre como su padre. Siempre deseó encontrar el amor como el de sus padres. Los veía abrazarse y besarse a escondidas y esas miradas cómplices que se dedicaban hacía que los envidiase como pareja pese a su edad.

Eleanor se recostó sobre la almohada y cerró los ojos. La noche anterior no había pegado ojo y tenía sueño. Era consciente del cambio que iba a dar su vida, pero desde hacía unas semanas se estaba haciendo a la idea del compromiso con el conde. Consideraba que en este nuevo matrimonio salía ganando. Tendría la libertad que el duque le había prometido en su pacto, se aseguraba una vida en el campo y cerca de su familia, además, y lo más importante, no sería un marido con el que tendría que compartir lecho. Sacrificaba formar una familia, pero, aun así, consideraba que salía beneficiada.

James era una persona que causaba rechazo y miedo por su apariencia, sin embargo, ella lo veía como un ser bueno, puesto que le había dado cobijo en su castillo para curarla y le había propuesto ese pacto para salvarla de un matrimonio que no deseaba.

Se quedó pensativa cuando se cruzó por su mente la posibilidad de que su padre hubiese exigido el matrimonio con el duque y no hubiesen hablado del pacto con anterioridad. El corazón se le paralizó al pasársele por la mente besarlo y dormir junto a él desnuda.

Eleanor se durmió y cuando despertó lo hizo agitada y sudorosa. Elizabeth acudió en su rescate abrazándola y susurrándole en el oído que debía de tener una pesadilla.

***

El duque de Norfolk tardó en volver de Londres al castillo donde se encontraba su hija tres días. Canceló el matrimonio de Eleanor con el conde, le entregó una compensación por esto y pasó tiempo con sus dos hijos haciéndoles ver cómo debían actuar los hombres de honor.

Sylvester, el hijo mayor de los duques, se encontraba muy bien en Londres con sus amigos en la víspera del comienzo de la temporada, pero su padre lo obligó a asistir al enlace de su hermana. El duque volvió al castillo con sus dos hijos. Los recibió Denzel y los hombres subieron de inmediato a ver a Eleanor e interesarse cómo había evolucionado en su ausencia.

Cuando el duque de Norfolk y sus dos hijos sorprendieron a Elizabeth y Eleanor en la habitación las dos mujeres se llevaron una gran sorpresa. No sabían de su llegada. Sylvester se abrazó a su hermana y se preocupó por ella al verla más delgada.

—¿Cómo has estado? —le preguntó su padre a Eleanor.

—Mejor. El médico dice que la herida de la pierna evoluciona bien. Tan solo me va a quedar una fea cicatriz por tantos puntos que me han tenido que dar, pero no me importa. Celebro que no se haya infectado en estos días y no se hayan producido consecuencias mayores. Los hematomas de la caída van desapareciendo, duelen menos y ya apenas tengo dolores de cabeza.

—Me alegro —susurró el duque abrazando a su hija.

Sebastian también besó a su hermana y esta sintió el alivio en su mirada por su recuperación. El muchacho cargaba con una gran culpa al considerarse el responsable del estado de Eleanor.

El duque se acercó a su esposa y le dio un beso en la mejilla. Aún encontró a Elizabeth un poco distante con él y esto le hizo fruncir el ceño.

—¿Todo bien en Londres? —preguntó la duquesa.

—Sí. He resuelto el tema del compromiso de Eleanor con el conde y la mansión está lista para la temporada. Nos trasladaremos allí tras el matrimonio de Eleanor con el duque de Bedford —anunció Sylvester. El único que sonrió al plan fue su hijo mayor. Sebastian odiaba pasar la temporada en Londres y a Elizabeth con lo sucedido con su hija también se le habían quitado las ganas de fiestas. Sabía que su familia iba a ser la comidilla en la temporada por el precipitado enlace de su hija con un duque de Bedford al que solo conocía la alta sociedad de nombre y por lo sucedido con su familia años atrás.

—Yo también he estado inmersa en los preparativos del enlace de Eleanor —manifestó Elizabeth—. Puede que sea una unión a la que solo asistamos la familia y no haya una celebración posterior por todo lo alto, pero va a ser la boda de mi hija y que quiero que la recuerde como algo especial. El duque de Bedford me dio libertad para adornar la capilla, hacía años que estaba cerrada y tenía un

aspecto lamentable. También mandé a confeccionar un vestido de novia sencillo para Eleanor.

Los tres hombres asintieron y el duque se interesó:

—¿Y Harrington? —Desde que llegaron no lo había visto ni se había dignado en aparecer para recibirlos.

—Está en su ala del castillo. Hace algunos días que no sabemos nada de él —comentó Elizabeth.

Sylvester asintió contrariado.

—Señor, ¿desean algo de beber? —les ofreció Denzel que apareció por la puerta de la habitación abierta.

Sylvester asintió y salió de la habitación con sus dos hijos y su esposa hacia el salón. Holly relevó a la duquesa, entre las dos cuidaban de Eleanor, y el ama de llaves miró con atención a la que sería su señora en pocos días. No la sentía inquieta por el enlace con James. Era un hombre complicado. Holly, que lo conocía desde que nació lo sabía bien.

—Creo que en tres días podré levantarme de esta cama y caminar por mi propio pie —le comentó Eleanor.

—No debe ponerse en riesgo. Llegar al altar para contraer matrimonio con el duque llevada en una silla por sus parientes como propuso el médico es lo más adecuado.

—Ya me levanto y apoyo la pierna. No me duele tanto. Puedo llegar a la puerta de la capilla en la silla, pero quiero entrar y caminar hacia el duque por mi propio pie.

—Aún faltan unos días, ya veremos su evolución —comentó Holly.

Eleanor la miró en silencio y se atrevió a preguntarle:

—Me voy a convertir en la duquesa de Bedford muy pronto. ¿Qué me aconsejaría con respecto a mi marido? El duque es un hombre muy reservado. Apenas lo conozco y no deseo hacer nada que le contrarie.

—Dele su espacio. No lo agobie nunca por nada y todo irá bien.

—¿Por qué nunca sale de este castillo? —indagó.

—Porque… —comenzó a responder el ama de llaves.

—Mi futura esposa debería saber que mis sirvientes solo van a darle la información que yo les permito que digan sobre mí —resonó

la voz del duque, recostado sobre el marco de la puerta, mirando a ambas mujeres, serio y distante.

Eleanor tragó con dificultad. No lo esperaba. Lo sintió molesto por intentar saber más de él a través de su ama de llaves.

—Señor… —susurró Holly.

—Déjeme a solas con mi prometida —le ordenó.

La mujer se levantó de la silla que ocupaba y salió de la habitación en silencio.

Eleanor, sentada en la cama, con un sencillo camisón y su larga melena suelta, su madre se la había peinado esa mañana, lo miró mientras se acercaba a ella con paso lento, mirándola con atención.

El duque vestía de riguroso negro y llevaba su antifaz. El único faro de luz que lo acompañaba siempre eran sus intensos ojos azules, rodeados de espesas pestañas. Tenía unos ojos increíbles. Él en sí lo era. Muy alto, de anchos hombros, piernas fuertes y manos grandes.

—Lo siento si lo he molestado con mis preguntas. Solo quería saber algunas cosas para cuando sea la duquesa de esta casa. No deseo causarle ningún tipo de trastorno —se excusó Eleanor retorciéndose las manos ante la atenta mirada del duque.

—Cuando nos casemos, como regalo de boda, le concederé que me haga tres preguntas. Vaya pensándolas bien.

—¿Solo tres? —inquirió con sorpresa.

—Es más de lo que nunca le he permitido a nadie. —Se hizo un prolongado silencio mientras que ambos se miraban. El duque se perdió por unos momentos en los intensos ojos grises de Eleanor y en su cabello negro y brillante como la seda cubriéndole los pechos debajo del camisón. Era la primera vez que la veía con el cabello suelto. Su aspecto había mejorado en los últimos días, información con la que ya contaba porque cada vez que el médico visitaba a su futura mujer se reunía con él y lo ponía al tanto de todo. Pero comprobar de primera mano que Eleanor estaba tan bien le hizo sumergirse en una satisfacción desconocida. Hacía años que solo sentía dolor.

—Mi padre y mis hermanos acaban de llegar de Londres —susurró Eleanor a modo de informar al duque.

—Lo sé. Aunque no lo parezca, soy consciente y conocedor de todo lo que sucede en mi castillo. Voy a recibirlos —manifestó alejándose de ella y saliendo por la puerta en silencio.

Eleanor se quedó con el corazón palpitándole con fuerza y pensativa en la concesión que el duque le había hecho. Solo tres preguntas, maldijo en silencio. Ella tenía miles en su cabeza. Tendría que pensar muy bien. Algo en su interior quería saber todo sobre el duque de Bedford, pero descubrió que no lo iba a averiguar preguntando a sus criados, y su futuro marido solo le iba a conceder saber tres cosas sobre él.

Capítulo 9

El duque de Bedford apareció en el salón de su castillo sorprendiendo a sus invitados.

Sylvester, el hijo hermano mayor de Eleanor, el único presente que no lo conocía, lo miró con atención. La máscara negra que James llevaba en el rostro no dejaba a nadie indiferente.

—Denzel me comunicó que habían llegado. ¿Todo bien por Londres? —se interesó el duque.

—Sí —contestó el padre de su futura esposa colocándose en pie —. He cancelado el compromiso de Eleanor con el conde de Russel. Mi hija se casará con usted en tres días —determinó, serio y distante. No era una unión amigable ni que le hiciese la más mínima gracia.

—Su esposa se ha estado encargando de todo para la ceremonia en la capilla de la propiedad —comentó James—. Ya me comunicó que oficiará la boda un obispo amigo de la familia. No tengo inconveniente.

—Gracias por todas las facilidades que me ha dado —intercedió Elizabeth—. Me gustaría presentarle a mi hijo mayor, Sylvester —le indicó a modo de rebajar la tensión que se medía entre ambos duques.

El joven le estrechó la mano a su futuro cuñado y lo miró en silencio.

—¿Piensan quedarse todos hasta el enlace? —preguntó de golpe James.

—No —contestó el duque de Norfolk—. Mis hijos se marcharán a casa de su tía Rose, las tierras que colindan con las suyas. A mí me gustaría quedarme con mi mujer y mi hija hasta el día de la boda —planteó Sylvester con los dientes apretados. No estaba acostumbrado a pedir permiso para nada de lo que hacía.

El duque de Bedford asintió con un gesto de la cabeza a la misma vez que Elizabeth se inquietó. Conocía bien a su marido y su forma de ser, no creía muy conveniente que conviviese bajo el mismo techo con James ya que eran dos hombres acostumbrados a hacer su voluntad y en este caso el duque de Bedford se encontraba en su castillo.

Denzel trajo un poco de vino y el duque de Norfolk propuso un brindis por la unión de ambas familias. James hacía años que no brindaba por nada, sin embargo, se vio en la obligación de participar en ese circo. Solo él y Eleanor eran conocedores del pacto al que habían llegado y así tenía que seguir siendo. Lo que menos deseaba era levantar sospechas. Se dijo que solo tendría que soportar a la familia de su futura esposa tres días y luego nunca más. No pensaba asistir a ningún evento, fiesta o celebración familiar. James pensaba llevar la misma vida que hasta el momento, solo que ahora viviría una duquesa en su castillo a la que le permitiría hacer algunas cosas en este y le daría su nombre, nada más.

Elizabeth y su marido salieron a despedir a sus hijos. Volverían el día de la boda y luego todos partirían hacia Londres.

Rose se encontraba en cama con un ataque de lumbalgia. Había querido desplazarse en varias ocasiones al castillo de James para ver a su sobrina nieta, pero su estado se lo impidió. Saber que Eleanor iba a contraer matrimonio con el duque la tenía muy preocupada. Lo conoció de pequeño, a sus padres y a su hermano, era muy guapo, pero tras lo sucedido en el castillo nunca más nadie lo vio y circulaban todo tipo de leyendas sobre este. No comprendía cómo Sylvester había permitido ese enlace por mucho que el duque hubiese comprometido a Eleanor. Solo la había acogido en su casa para ayudarla ante un accidente. Iba a entregarle a su hija a un monstruo.

El duque de Norfolk le indicó a su esposa cuando sus dos hijos desaparecieron ante su vista a caballo:

—Necesito un baño, esposa mía.

—Pediré que te lo preparen —contestó de forma distante, dándose media vuelta.

Sylvester tomó a su mujer del brazo, hizo que se girase para mirarla bien y preguntó con los ojos entornados:

—¿Molesta conmigo aún? —Elizabeth lo observó con el mentón alzado.

—No vamos a resolver nuestras diferencias aquí. No es el lugar ni el momento —susurró mirando a su alrededor. Estaban solos en la entrada del castillo.

—Oh, sí que lo es —la contradijo el duque—. Sabes que eres mi refugio, solo en ti encuentro mi paz. Y llevo soñando tres días con hacerte el amor, mi duquesa. Así que arreglemos nuestras diferencias en la cama.

Sylvester cargó a su esposa en su hombro, sin importarle nada mientras que Elizabeth, completamente escandalizada, le golpeaba la espalda con los puños. No la soltó hasta que llegó a la habitación que tenían en el castillo. Cerró la puerta con llave y se apoderó de sus labios.

La duquesa se resistió en un primer momento, pero los labios de su marido continuaban dejándola sin voluntad cuando la besaba con aquella pasión.

—Maldito seas, Sylvester —susurró sobre sus labios. Provocando una amplia sonrisa de triunfo en la de su marido.

—Perdóname, mi duquesa. La situación con Eleanor me superó. Te amo, y eso no va a cambiar nunca —confesó besándole el cuello y descendiendo hacia sus pechos—. Necesito estar bien contigo y demostrarte que no estoy mayor.

Elizabeth esbozó una amplia sonrisa, cedió, lo besó y dejó que le hiciese el amor. A veces, su marido, no encontraba las palabras exactas para pedirle perdón por alguna situación, pero siempre lograba hacerlo en la cama mientras la miraba en silencio y sus ojos manifestaban lo que su voz no era capaz de verbalizar.

—Creo que mi duque aún está en forma —bromeó Elizabeth acariciando el pecho desnudo de su marido, sobre el que estaba recostada.

Sylvester esbozó una sonrisa y supo, por el comentario de su esposa, que todo entre ellos estaba bien.

—Necesito que me comprendas, Elizabeth. Nada de esto ha sido fácil para mí —susurró con pesar—. Hacía años que no sentía tanta impotencia. Me enfurecí mucho con Sebastian y con Eleanor. Tú los defendiste y no te posicionaste de mi lado cuando más te necesitaba —le reprochó con calma.

—Tienes que aprender a que no lo puedes controlar todo. No fue culpa de ellos. Fue un accidente el que desencadenó todo esto. Son jóvenes y les gustan los riesgos. ¿Tú no contradecías nunca a tu padre? Yo lo hacía muy a menudo —admitió con una amplia sonrisa.

—Mi duquesa rebelde —susurró Sylvester mientras la besaba—. A tu marido también lo contradices —le recordó.

—Nunca dejaré de hacerlo —le advirtió con una amplia sonrisa.

—Jamás dejaré de amarte. Eres única, Elizabeth.

Capítulo 10

Tres días después

James se ajustaba los gemelos a los puños de la camisa frente al espejo bajo la atenta mirada de Denzel, su mayordomo y hombre de confianza.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —preguntó situado tras él.

—No. Deseo que acabe esto cuanto antes. Desde que ella llegó al castillo apenas duermo —se quejó.

—Pero la futura duquesa va a seguir estando aquí —le contestó el sirviente.

—Sí, pero se irá su familia. No me gusta cómo me miran.

—Ahora será su nueva familia también, señor —le indicó Denzel.

—Yo no tengo familia. —Se giró y encaró al hombre, enfadado por su comentario—. Todo va a seguir igual. No creas que porque ella va a vivir aquí se va a producir algún cambio. Eleanor permanecerá en un ala del castillo y yo en la que siempre he ocupado.

—Sí, excelencia. Holly y varias criadas han acondicionado los nuevos aposentos que usará la duquesa.

—El ala oeste del castillo debe seguir cerrada con llave. No quiero que ella vaya allí nunca —le ordenó al mayordomo.

—Será como usted diga —convino con la cabeza gacha.

—Ninguna orden de la nueva duquesa debe ser puesta en marcha sin mi previo consentimiento, pero esto ella no lo puede saber —le advirtió de cara a la nueva condición de su esposa.

—Así será, excelencia.

—Bien. Vamos —dijo ajustando el nudo del pañuelo a su cuello. Denzel lo miró en silencio y James leyó sus pensamientos, eran muchos años al lado de él—. Sí, voy a casarme con la máscara y

entraré así a la capilla. Hace años que no la piso, ya es un gran esfuerzo hacerlo hoy.

—Creo que la señorita Eleanor será una gran duquesa —comentó el mayordomo con admiración.

—Recuerda que soy yo quién manda en este castillo. He apreciado que tanto Holly como tú le habéis cogido mucho cariño a Eleanor.

—No lo olvidamos, excelencia.

James salió de la habitación con su gran porte, vestido de negro y el pelo mojado. Se dirigió a la capilla de la propiedad mientras maldecía el momento en el que Eleanor Ashford se había cruzado en su camino. Desde que la miró por primera vez a los ojos sus pensamientos no se habían podido alejar de ayudar a esa mujer. Y ahí se encontraba, parado ante un altar que él mismo destrozó años atrás comido por la rabia y el dolor cuando perdió a su familia, esperando a su duquesa. Jamás pensó en casarse, mucho menos con una mujer de la belleza de Eleanor. El destino lo estaba castigando, que ella lo mirase con miedo u horror era su mayor tortura.

—¡Estás impresionante! —exclamó con lágrimas en los ojos Elizabeth cuando ayudó a su hija a colocarse el velo.

—Gracias por el vestido, mamá —le indicó Eleanor mirándose al espejo como emoción. Había soñado muchas noches de su vida con ese día, con el vestido que diseñaría y su madre, sin decirle nada, había cumplido con su sueño al encargarle un vestido tan precioso.

—Lo han confeccionado en tiempo récord entre cinco costureras, pero la futura duquesa de Bedford merecía un traje como este.

—Creo que es demasiado para una ceremonia familiar y no existir celebración —comentó Eleanor.

—Da igual. Lo importante es el recuerdo que tengas tú de este día. Por eso mandé a hacerte un vestido increíble, dada tu boda tan normal, algo tenía que destacar y recordarse para siempre. Cuando el duque te vea entrar en la capilla va a enmudecer. Deseará presumir de esposa en todos los bailes de la temporada.

Eleanor se abrazó a su madre y suspiró. Estaba muy recuperada de su caída. El día anterior el médico le dio permiso para dar pequeños paseos por la habitación. Sus hermanos la llevarían en una silla hasta la puerta de la capilla, pero ella entraría caminando hasta el altar del brazo de su padre. Eleanor había insistido en ello y nadie pudo hacerla desistir de la idea. Por supuesto, su futuro marido ignoraba todo esto y pensaba que su prometida llegaría al altar llevada por sus hermanos.

Elizabeth entró en la capilla y le dedicó una sonrisa forzada al duque de Bedford, parado ante el obispo que iba a oficiar la ceremonia. Denzel y Holly se encontraban allí, James los consideraba tan allegados que les pidió que estuviesen presente. Ambos lo habían visto nacer.

Sylvester y Sebastian cargaron con Eleanor desde el castillo hasta la capilla de la propiedad y el duque de Norfolk esperaba a su hija en la puerta, impaciente. Cuando la vio aparecer cargada en los brazos de sus hermanos, prescindieron de la silla, se emocionó. Tenía tres hijos que eran su mayor orgullo en la vida. Depositaron a Eleanor en el suelo, su padre se hizo cargo de ella, la agarró con fuerza y ambos comenzaron a caminar hacia el altar.

James sintió que le faltaba la respiración cuando vio a Eleanor aparecer. Esa mujer había llegado a su castillo echa un despojo, y verla vestida de novia, con un traje increíble, blanco impoluto, muy voluminoso, con detalles en encaje y el velo sobre su rostro, se emocionó. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener el tipo.

Sylvester llegó con su hija hasta el duque de Bedford y se la entregó. James miró a Eleanor a través de su velo y descubrió que era realmente bella y no se merecía a una mujer así a su lado, condenarla a una vida como la que él le iba a dar. Sin embargo, la imaginó en los brazos de otro hombre y un sentimiento de posesión lo embargó.

—Te entrego a mi hija, duque de Bedford, espero que sepas respetarla y amarla como se merece —le dijo Sylvester mirando a los ojos a James.

El duque de Bedford asintió, tomó la mano de Eleanor y le hizo un gesto con la cabeza. Ella lo admiró de arriba abajo, vestido de negro, pero impecable y muy elegante. Se había recortado la barba y llevaba el pelo húmedo. Sus ojos tenían un brillo especial. Eleanor sintió que el corazón se le aceleraba cuando estuvo a su lado y se dijo que en poco tiempo ese hombre sería su marido ante dios.

El obispo ofició una ceremonia demasiado larga para gusto de James, el que suspiró varias veces. Se dieron el sí quiero y cuando tuvo que besar a la novia le dio un breve beso en los labios. Solo fue un roce rápido, pero tanto Eleanor como James sintieron una corriente eléctrica que los paralizó. Ella nunca había besado a un hombre, él hacía demasiado que no tenía a una mujer tan bella cerca.

—Ya somos marido y mujer —susurró James cuando se intercambiaron los anillos.

Eleanor admiró el diamante que había colocado en su dedo y presagió que sería una joya familiar muy valiosa.

El duque de Bedford tomó conciencia del tiempo que había pasado su ya mujer de pie durante la ceremonia y determinó que no debía caminar más. De ahora en adelante Eleanor era responsabilidad suya. Sin decir nada, la cargó en sus brazos y le dijo:

—Debes descansar la pierna. Por hoy ha sido suficiente.

James salió de la capilla con su esposa en brazos y caminó con ella hasta el castillo. La familia de Eleanor lo seguía en silencio junto con Denzel y Holly.

El duque depositó a su esposa en un sillón del salón y se encontró con la propuesta del hermano mayor de Eleanor al decir:

—Un brindis por los recientes esposos. Queremos desearos toda la felicidad del mundo.

James miró a Denzel y el mayordomo supo que tenía que traer unas copas para brindar. Luego les pediría a todos que se marchasen y ahí acababa el día de su boda.

Elizabeth miraba a su hija y la sentía tranquila y sonriente. ¿Se habría enamorado del duque? Pensó sin poder creerlo. Recordó el

día de su boda con el padre de Eleanor, también fue un matrimonio acordado, y ella estaba muy nerviosa.

Brindaron por los recién casados, el duque estaba rígido y serio, no veía la hora de que llegase la normalidad a su castillo de nuevo cuando se marchase toda la familia de su mujer.

Sylvester se acercó a su yerno, de pie al lado de la chimenea, un poco más alejado del resto, y le comentó en un susurro:

—Yo también me encontré casado con una esposa sin elegirla. —Miró a James a los ojos y confesó—: Fue lo mejor que me pasó en la vida. Eleanor es igual a su madre. Te deseo suerte, pero, al mismo tiempo, pongo en tu conocimiento que eres un hombre muy afortunado. Pronto descubrirás que ella es lo mejor que te ha pasado. Cuídala —añadió en todo de advertencia.

El duque de Bedford chasqueó la lengua y le mostró una media sonrisa forzada. Su suegro no tenía ni idea del pacto al que había llegado con su hija.

James asintió con un gesto de la cabeza y alzó su copa. Luego la familia de Eleanor se despidió de ella entre besos y abrazos. Se marchaban todos a Londres. La duquesa de Norfolk le dijo al duque antes irse:

—¿Tendremos el honor de que asistáis al baile que celebraremos a final de temporada en nuestra casa?

—No —contestó James, tajante.

Se hizo un tenso silencio y Eleanor susurró:

—Bueno, aún quedan un par de meses. Es pronto para dar una respuesta. —Miró a su marido con el mentón alzado y Elizabeth sonrió.

Sylvester suspiró y se dio media vuelta para encaminarse al carruaje que los esperaba compadeciendo al duque. Le quedaba un largo camino hasta que aceptase a Eleanor como él hizo con su esposa.

Capítulo 11

Tras despedir a la familia de su esposa James volvió al salón, donde había dejado a su duquesa, sentada en el sillón. Sin embargo, la encontró de pie tratando de caminar.

—¿Dónde vas? —inquirió con tono serio. Eleanor se sobresaltó al escuchar su voz grave. No lo esperaba.

—A mi habitación. Deseo ponerme cómoda. —El vestido que llevaba tenía demasiada tela.

—Yo te llevaré. —Se ofreció su marido—. Aún debes mantener reposo —le recordó en tono autoritario.

—El médico me dijo que ya podía ir dando algunos breves paseos.

—Sí, pero no subir las escaleras del castillo —le recordó James de forma distante—. Tuviste hace una semana y media una grave caída de un caballo. Aún no estás recuperada del todo —le recordó taladrándola con la mirada—. No pongas tu salud en riesgo —le advirtió.

—Quería preguntarte si puedo mandar a traer mi caballo de la mansión Ashford en el campo y mantener también la yegua que se partió la pata y se recupera en tus caballerizas. Ambos son míos. Me los regaló mi padre en diferentes cumpleaños y les tengo mucho cariño. Me gustaría conservarlos junto a mí.

—Creo que deberá pasar algún tiempo hasta que vuelvas a montar —determinó el duque sin darle una respuesta concreta.

—Sí, lo haré cuando el médico lo diga, pero quiero tener aquí a Chocolate y a Rayo de luz.

—Lo veremos un poco más adelante —zanjó el asunto el duque—. Ahora voy a subirte a tus aposentos.

James la cargó en sus fuertes brazos con suma facilidad y Eleanor se estremeció con su proximidad. El olor de su esposo impregnó sus fosas nasales y se atrevió a agarrarse a su cuello y mirarlo a los ojos

desde tan cerca. El corazón le bombeó con fuerza y sintió que se le salía del pecho.

El duque llevó a su esposa hacia sus nuevos aposentos. El ala opuesta del castillo a la que él ocupaba. Hasta el momento, Eleanor no había visto este lugar. Ella había permanecido en la habitación que se le asignó cuando llegó en mal estado, pero el duque consideraba que su mujer no debía ocupar un cuarto de invitados siendo su duquesa. Ella se merecía una alcoba grande y una gran sala exclusiva donde llevase a cabo su vida y lo molestase poco.

Cuando Eleanor observó que su marido se dirigía con ella hacia un ala del castillo que desconocía preguntó con un hilo de voz:

—¿Dónde me llevas?

—A tus aposentos. Holly y varias criadas se han encargado en estos días de dejarlo todo listo para ti. Mandé a reacondicionar la alcoba y una gran sala para que te sientas cómoda y libre en mi casa. Si consideras que falte algo solo debes hacérselo saber a Denzel o Holly.

—Gracias —susurró Eleanor con sorpresa. No lo esperaba.

El duque entró con ella en la habitación y su esposa la observó con sorpresa. Era un lugar muy espacioso, con una chimenea, tres enormes ventanas, una gran cama con dosel, dos sillones y una estantería con libros. Estaba decorada en tonos tierra y dorado y todo olía a nuevo.

—Holly ha designado a una doncella que te asistirá como duquesa. Puedes escoger a otra si no te encuentras cómoda con ella, que estará a tu exclusiva atención. La llamaré para que te ayude con el vestido.

James colocó a su esposa sobre la cama y comenzó a salir de la habitación.

—Me concediste tres preguntas como regalo de boda —le recordó Eleanor con impaciencia. Temía que su oportunidad se desvaneciese.

El duque se giró y la miró con atención. Le gustaba que su mujer no le tuviese miedo. Estaba a punto de marcharse y ella reclamaba su presencia. Quería saber más de él.

—Vendré a cenar contigo esta noche a tus aposentos y podrás hacérmelas. También estableceremos cómo será nuestra convivencia

ahora que nos hemos quedado solos —determinó mirándola desde cierta distancia. Su esposa sentada en la cama con el vestido de boda se le hacía la mujer más apetecible del mundo, sin embargo, no podía pensar en ella de esa forma.

Eleanor asintió en silencio. Su marido salió de su alcoba y ella suspiró con fuerza. Aún no tenía muy claras las tres preguntas que quería hacerle a James. Era tanto lo que deseaba saber sobre él que le abrumaba.

Unos toques en la puerta sacaron a la duquesa de sus pensamientos. Lucy se presentó como su doncella y la ayudó a deshacerse del vestido. Eleanor se recostó en la cama y descansó. Se sentía como si hubiese caminado días. Se sumergió en un largo sueño en el que despertó agitada. Sintió que había dormido bastante y así fue, descubrió que ya había anochecido.

Lucy entró en la habitación de la duquesa con varias prendas sobre sus manos y Eleanor preguntó con la mirada posada en ellas:

—¿Qué traes?

—Es el camisón y la bata para la noche de su boda, duquesa. Su madre me lo dejó en una caja y me ordenó que me encargase de colocárselo antes de que el duque viniese a su habitación esta noche. Su excelencia ha ordenado que suban la cena en un rato. Debe de estar lista para cuando su esposo venga —le informó.

Eleanor miró el camisón casi transparente y la bata con plumas que sostenía en sus manos la doncella y maldijo a su madre en silencio. Ella no iba a tener intimidad con su esposo, pero era algo que por el momento no sabía si los criados de la casa debían conocer. Seguramente James estableció cenar con ella a solas para que los sirvientes supiesen que los duques habían tenido noche de bodas y no existiesen habladurías. El duque le dejaría todo claro. Eleanor accedió a colocarse el camisón y las bata y ya hablaría con James cuando la visitase en su alcoba.

Mientras la duquesa se colocaba las prendas con ayuda de su doncella en su vestidor, Denzel y varios criados dejaron la cena lista delante de los dos sillones situados frente a la chimenea en una mesa improvisada.

Eleanor se miró al espejo, con el pelo recogido y la bata anudada a su estrecha cintura y se sintió una mujer casada por primera vez. Nunca había usado una prenda como esa.

Lucy la ayudó a sentarse en el sillón junto a la chimenea.

—Su excelencia vendrá en unos minutos —le indicó Holly a la duquesa antes de marcharse de la habitación. Había encendido varias velas y dejado un jarrón con flores.

Eleanor esperaba a su marido sentada en el sillón delante de la improvisada mesa con la cena. Tenía el estómago cerrado. Su charla con el duque la tenía en tensión. Una sensación extraña la embargaba. Se sentía demasiado expuesta ante él con esa ropa tan transparente. Se había cerrado la bata lo máximo posible y la había anudado con fuerza a su cintura para quedar lo más cubierta ante su marido.

Unos toques en la puerta resonaron y el duque entró sin esperar respuesta. Sabía por los sirvientes que su esposa lo esperaba.

Eleanor observó que su marido se había cambiado de ropa pese a que seguía vistiendo de negro. Lo miró a los ojos y una vez más estos le parecieron impresionantes. Su azul era tan claro y bonito y resaltaban tanto enmarcados en el antifaz negro que sintió cómo el estómago se le contraía.

James fijó la mirada en su duquesa y tragó con dificultad al verla con aquella bata tan sugerente. No era la primera vez que la veía con ese tipo de ropa, pero sí la primera que despertó su deseo incontrolado por ella. Tenía que admitir que Eleanor era una mujer muy bella, cuando la vio entrar en la capilla sintió que las piernas le flaqueaban, se puso nervioso, él, un hombre indiferente a cualquier tipo de sentimiento. Hacía años que solo vivía y sentía dolor. Con la llegada de Eleanor a su castillo estaba experimentando tantas cosas nuevas que se sentía descolocado. Como en esos momentos, mirando a su mujer y deseándola, sabiendo que nunca sería suya ni podría tocarla.

—¿Tienes hambre? —fue lo primero que le preguntó sentándose junto a ella. Mientras tragaba con dificultad y maldecía a quién hubiese comprado ese conjunto que Eleanor llevaba puesto.

—No mucha —contestó con un hilo de voz. La mirada voraz que le dirigía su marido no le pasó por alto—. Lucy me indicó que me lo pusiese. Es un regalo de mi madre para la noche de bodas —comentó con cierta incomodidad al ver que al duque no le agradaba demasiado su atuendo—. No sé quién más sabe de nuestro pacto —susurró con miedo.

James chasqueó la lengua al encontrar a la culpable de que su esposa se mostrase ante sí tan deseable.

—Nadie puede saberlo. Solo tú y yo. Por ello ideé esta cena en tu alcoba. Los criados deben pensar que este matrimonio se consumó tras el enlace. No deseo que exista ningún tipo de dudas sobre nuestra unión —le dejó claro.

Eleanor asintió en silencio. El duque destapó los platos y le hizo un gesto para que comiese. Él comenzó a hacerlo y ella lo imitó en silencio haciendo un gran esfuerzo en tragar la comida.

Tras los postres el duque se recostó en el sillón que ocupaba, la miró con atención y le indicó:

—Soy todo tuyo. —Eleanor lo observó con los ojos muy abiertos. Entonces él le aclaró—: Puedes hacerme las tres preguntas que te concedí. Luego dejaremos claras de nuevo la convivencia de este matrimonio.

La duquesa asintió. Imitó a su marido y trató de serenarse. Había cenado en tensión. James no le provocaba miedo, cuando lo miraba sentía que un gran misterio lo envolvía y necesitaba conocer qué era lo que lo hacía así. Necesitaba comprenderlo.

—Tres preguntas —susurró ella. Aún no las tenía muy claras—. ¿Por qué llevas esa máscara? —lanzó la primera.

James soltó una carcajada amarga forzada. Se temía que esa fuese una de sus preguntas.

—Creo que has desperdiciado una oportunidad. Esa pregunta ya te la respondí. Te dije que no me gusta mostrar mi aspecto.

—Consideré una respuesta muy superficial y entendí que en estas tres preguntas que me concediste serías algo más específico y me desvelarías más de ti —argumentó mirándolo a los ojos sin miedo. Una actitud que descolocó al duque y le gustó al mismo tiempo.

—Debajo de esta máscara oculto una realidad que no me gusta que vean los demás. Odio que sientan asco o pena por mí —respondió de forma contundente.

—¿Qué te sucedió? —preguntó Eleanor sin pensar.

—Un grave accidente del que me siento responsable cada día de mi vida —murmuró perdido en los recuerdos que le causaban tanto dolor.

La duquesa deseó levantarse y abrazar a su marido, podía percibir la angustia que le producía ese grave accidente que le nombró.

—¿Por eso vives aquí solo y aislado del mundo? —inquirió inclinándose un poco, para observarlo bien.

—Sí. No me gusta relacionarme con nadie. Ni que me juzguen. No siento la necesidad de tener amigos o familia. Una vez lo tuve todo y lo perdí. No me veo con la capacidad de recuperarlo con mi aspecto.

—Solo llevas un antifaz negro. No creo que eso le produzca rechazo a nadie —susurró Eleanor.

—Pero sí interés. No me gusta llamar la atención y es evidente que de esta forma lo hago. Por ello llevo una vida aislada en mi castillo. No necesito rodearme de la alta sociedad. Tengo todo lo que necesito. Ya se lo dije a tu padre cuando rechacé tu dote. Me sobra el dinero. Trabajo a diario y mi riqueza crece cada día.

—¿Por… —comenzó a preguntar Eleanor, pero el duque la interrumpió:

—Ya has hecho tus tres preguntas y creo que mis respuestas han sido muy específicas —le indicó a la misma vez que la duquesa lo miraba sin ser consciente de que había agotado sus oportunidades —. Es todo lo que vas a obtener de mí.

—¿Nunca vamos a tener charlas para conocernos mejor? —inquirió su esposa con decepción.

—No me gusta mostrarme a los demás. Me gusta mi vida en soledad.

—Pero estamos casados —argumentó.

—Tenemos un pacto, no lo olvides —le advirtió—. Nunca seremos como un matrimonio de verdad en ninguno de los sentidos.

—¿Ni siquiera podríamos ser amigos? —propuso Eleanor y esto sorprendió al duque.

—¿Por qué querrías tener como amigo a alguien como yo? —preguntó con sorpresa.

—Porque me salvaste la vida, porque considero que eres alguien bueno y generoso y porque no me das miedo —expuso con valentía, haciendo que el duque la mirase perplejo.

—Estoy acostumbrado a la soledad —susurró.

—Todos necesitamos hablar con alguien de vez en cuando. Te ofrezco mi amistad, duque de Bedford. Estaré ahí para cuando me necesites —le propuso Eleanor. Se levantó del sillón y le extendió la mano a su marido. En ese instante el lazo de su bata se desató y James observó el cuerpo de su esposa a través del camisón transparente. Tragó con dificultad, le tendió la mano, rozó su piel y cerró los ojos tratando de tomar el control. Se dijo que acariciar la mano de su esposa sería a lo más que llegaría con ella. Eleanor era tan suave que parecía seda. Se imaginó besarla y acariciar su cuerpo desnudo, pero en esos momentos tomó conciencia del monstruo que era y dijo un poco agitado—:

—Me duele la cabeza. Hoy ha sido un día muy intenso.

Se deshizo del contacto de Eleanor, se giró y salió de la habitación a grandes zancadas.

De camino a sus aposentos se iba deshaciendo del pañuelo y la camisa. Sentía mucho calor. La proximidad de su mujer y ver su cuerpo casi desnudo lo habían alterado. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer, y el cuerpo de su duquesa era toda una tentación. Era un hombre y la deseaba, su miembro había reaccionado ante ella y se maldecía por ello. No podría vivir con una mujer que desease bajo su mismo techo.

El duque llegó a su cama, se desnudó y se acostó maldiciendo a Eleanor. Ella había llegado a su vida para alterarlo y hacerlo sentir de esa forma que odiaba.

Capítulo 12

Dos semanas después

Eleanor estaba casi recuperada de su pierna. Todos los días daba paseos por su habitación y la salita acondicionada para ella. Había intentado bajar a la planta baja en un par de ocasiones, pero Holly y Denzel, sus guardianes, no se lo habían permitido.

Aquella mañana el médico había ido a verla y le dijo que estaba completamente bien, le indicó que podía volver a su vida normal, y esto hizo que Eleanor sintiese la mayor alegría de su vida.

Cuando el médico se marchó tras revisarle la herida a la duquesa ella se quedó a solas, se subió las faldas de su vestido y paseó sus dedos por la fea cicatriz que le había quedado en el muslo. Cerró los ojos al sentirla y se alegró de que no la viese nadie más que ella. Era horrible. Podían apreciarse los doce puntos que había tenido. Él doctor le indicó que la irritación iría bajando con el tiempo, pero ella no creía que desapareciese. Tampoco le importaba mucho, se alegró del pacto que tenía con el duque y de que nunca tuviese que mostrarse desnuda ante su marido.

Desde que llegó al castillo Eleanor había deseado recorrerlo y conocerlo a su antojo, algo que no había podido hacer hasta el momento, pero ahora ya contaba con el visto bueno del doctor para volver a su vida de siempre. Ella era un alma inquieta, le gustaba pasear, salir y respirar el aire fresco. Necesitaba conocer los alrededores del lugar en el que viviría, saber si tenía bonitos jardines, ver cómo evolucionaba la pata de su yegua y cómo eran los caballos del duque. Deseaba volver a montarse en uno y recorrer sus tierras.

Cuando Holly se cruzó con la duquesa por el pasillo y la vio encaminarse hacia las escaleras le preguntó:

—¿Dónde va, duquesa? ¿Puedo ayudarla en algo?

—El doctor ya dijo que puedo hacer vida normal. Necesito bajar esas escaleras, recorrer esta casa para sentirla mi hogar y salir a respirar aire puro al exterior. Todo este tiempo de encierro me está matando.

—¿No debería esperar a que regrese su excelencia? —propuso la mujer con delicadeza.

—El duque hace dos semanas que abandonó el castillo y no sé cuándo vaya a venir. Soy la duquesa y no tengo que pedirle permiso a nadie para hacer lo que deseo. Necesito el carruaje, voy a salir en un par de horas —le ordenó a Denzel, que apareció tras Holly y la miraba con los ojos muy abiertos.

Ambos criados la miraron en silencio y asintieron. No podían desobedecerla, pero, al mismo tiempo, lo estarían haciendo con el duque. Sus órdenes fueron que no aprobasen nada que ordenase Eleanor sin que él diese el visto bueno.

La duquesa comenzó a bajar las escaleras por su propio pie. Se agarró al pasamanos y al poner el zapato en el primer escalón sintió que la pierna donde tenía la cicatriz le tiraba un poco, pero era normal según el médico. Tenía que darle movimiento.

—¿Dónde crees que vas, Eleanor? —La sobresaltó la voz del duque, parado delante de la larga escalera. La miraba serio, enfadado. Sus ojos echaban chispas.

—El médico dice que ya estoy bien. Puedo volver a mi vida normal —le reveló mirándolo a los ojos. En su interior se alegraba de verlo, por extraño que pareciese, lo había echado de menos en estos días. Cada uno de ellos anheló que la visitase, pero su viaje se extendió demasiados días. No sabía qué lo había obligado a abandonar el castillo tras el enlace, pero se temía que su reservado esposo no se lo iba a decir, al igual que no logró sonsacar a ninguno de los criados en su ausencia. Se había dado cuenta de que le profesaban mucha lealtad.

Continuó bajando las escaleras y a James se le aceleró el corazón. En varias zancadas se plantó a su lado y la tomó por el brazo.

—Te ayudaré —susurró entre dientes, maldiciendo el dulce aroma de su esposa. Eleanor había conseguido con solo mirarla que la

desease sin límites. ¿En qué momento se le ocurrió hacer ese pacto con ella? ¿Cómo iba a ser su miserable vida de ahora en adelante con una mujer así tan cerca? Era inevitable que la viese a menudo por su castillo.

Bajaron las escaleras en silencio. Luego Eleanor paseó la mirada por el lugar, sin saber muy bien dónde dirigirse. Lo cierto era que apenas conocía el castillo. Solo vio la planta inferior el día de su boda.

—Deberías descansar un poco. Sentarte en el salón tras el esfuerzo de bajar la escalera —le ordenó el duque.

Eleanor asintió, turbada. La sola presencia inesperada de su marido la tenía así. Había ansiado mucho su regreso, pero tenerlo tan cerca de nuevo le estaba produciendo sentimientos encontrados que no sabía dominar.

—Sí —aceptó. Necesitaba serenarse de la impresión de verlo tras tantos días, esto le había producido más alteración que el hecho del esfuerzo de su pierna.

El duque la acompañó al salón y para su sorpresa se sentó a su lado. Eleanor lo observó y apreció polvo y suciedad en sus botas y pantalones. Estaba claro que acababa de llegar y lo habría hecho a caballo.

—¿Te encuentras bien? —se interesó el duque ante su silencio.

—Sí. Muy bien —contestó con el mentón alto.

—Si me disculpas, voy a cambiarme. Acabo de llegar —comentó James.

—¿Puedo preguntar qué te ha retenido tantos días fuera? —inquirió, preocupada.

—No. Ya sabes que en nuestro pacto no entran esas clases de preguntas. Seguiré haciendo mi vida sin dar explicaciones, como hacía hasta que apareciste en mi casa.

—Bien, yo, por mi parte, te informo de que en un par de horas voy a salir en tu carruaje. Ya ordené que lo preparasen. Llegaré antes del anochecer.

—¡¿Dónde vas?! —preguntó alerta y descolocado, con los ojos muy abiertos. Su esposa había conseguido ponerlo nervioso.

—Nuestro pacto es igual para los dos. Hacemos nuestras vidas sin dar explicaciones, ¿me equivoco?

—Soy tu marido —le recordó alzando la voz—. Eres mi duquesa —susurró con tono de posesión.

—No lo he olvidado. Voy a salir en tu carruaje, acompañada de tus criados y te lo estoy comunicando.

—¿Apenas el médico te ha dicho que ya estás bien y ya quieres salir? ¿No puedes esperar unos días? —bramó.

—No. Llevo más de tres semanas encerrada en este castillo. Necesito respirar aire puro, pasear, y ver a mi tía. No iré muy lejos. Mi tía está en cama desde que tuve el accidente y quiero verla, que compruebe que estoy bien —reveló. No quería una guerra con el duque. Ella no tenía nada que esconder.

James se relajó, suspiró y trató de serenarse.

—Rose —susurró.

—¿Conoces a mi tía? —preguntó con sorpresa.

—Era amiga de mi madre. Vino a esta casa en un par de ocasiones y yo también he estado en la propiedad de los Bronson —reveló con pesar.

—Entonces ya sabrás que voy a estar segura y que ella es de confianza. ¿O quieres acompañarme? —le ofreció de buen grado, esperando su reacción. Sin duda, lo ponía a prueba.

—No —negó de inmediato. Salió del salón sin despedirse, dejando a su esposa preguntándose porqué se comportaba así.

Eleanor suspiró, abandonó la estancia y se encaminó al exterior del castillo. Descubrió que tenía una entrada muy bonita con unos extensos jardines delante, donde caminó hasta situarse frente a la propiedad que sería su hogar. La admiró, era muy grande, con cuatro alas, una de ellas estaba en mal estado y se apreciaban signos de fuego en varias de sus ventanas. Se quedó pensativa y preocupada, pero ya averiguaría qué ocurrió allí. Igual que pensaba descubrir más cosas sobre su marido. El duque no la conocía bien si consideraba que su esposa era una mujer dócil. Eleanor era un alma inquieta y James había despertado todo su interés. Hasta que no lograse entender por qué era así no iba a parar.

Pasó un largo tiempo en el exterior del castillo hasta que Denzel le indicó que el carruaje estaba listo. La doncella de Eleanor bajó sus cosas y la acompañó a ver a su tía.

La duquesa iba algo nerviosa en el trayecto, al subir al carruaje la cicatriz de la pierna le había dado un fuerte tirón, pero no dijo nada.

Llegó a casa de su tía y se emocionó al bajarse y observar las tierras en las que tantos momentos bonitos había vivido. Se acordó de Sebastian y anheló tenerlo a su lado. Lo echaba de menos.

Cuando entró en la habitación de Rose y su tía la vio se echó a llorar. La mujer estaba en cama. Una lumbalgia la mantenía allí desde hacía varias semanas.

Eleanor se abrazó a ella, ambas lloraron de emoción y Rose susurró con voz temblorosa:

—Duquesa.

—El destino —comentó Eleanor, nerviosa y con lágrimas en los ojos.

—EL duque de Bedford, nada más y nada menos. Un hombre más difícil que tu padre. Te gustan los retos, querida —carcajeó, admirándola. Sabía que ella podía con eso y con más. Era tan fuerte como su sobrina.

—Bueno… supongo que mi madre ya te contó cómo se dio todo —comentó algo inquieta.

—Sí. ¿Y tú, cómo estás? —se interesó tomándola de las manos mientras la miraba con atención.

—Bien, ya recuperada. Deseando volver a montar a caballo.

—Ahora eres una duquesa —le recordó—. Debes comportarte como tal.

—A mi marido no le gusta salir del castillo ni acudir a fiestas. El campo será mi vida —le comentó de forma despreocupada.

—James… —susurró, pensativa—. No lo he visto más desde que sucedió lo de su familia. Solo recuerdo que tenía unos ojos impresionantes, era muy guapo —comentó con una sonrisilla.

—Ahora lleva siempre una máscara en su rostro, pero he de confesar que tiene unos ojos impresionantes —comentó Eleanor.

—Me lo dijo Sebastian. Según él, el duque es alguien oscuro y solitario.

—¿Qué pasó con su familia? —se interesó Eleanor.

—Un accidente. Una parte del castillo salió ardiendo. Murieron sus padres y su hermano. Fue una tragedia. Desde ese día James se encargó del título, pero nunca nadie más lo vio. Existen muchas leyendas sobre él. Pero aquí estás tú para contármelo de primera mano. ¿Cómo es tu marido? ¿Te trata bien? —se preocupó por ella. Sería una vieja en cama, pero si James no se comportaba como era debido con Eleanor aún le quedaban fuerzas para darle un par de tirones de las orejas y ponerlo en su lugar.

—Es un hombre generoso. Misterioso, no te lo voy a negar. Conmigo se ha portado muy bien. Me refugió en su castillo y mandó a llamar a su médico. Creo que me salvó la vida.

—Y se ha casado contigo.

—Sí.

—¿Lo temes? —inquirió preocupada.

—No me infunde miedo —lo defendió con garra.

—James siempre fue el preferido de su madre. Tenía un gran corazón. Pero algunos dicen que lo perdió.

—No lo creo. Conmigo se comportó muy bien. Y no tengo quejas de mi marido —reveló con sinceridad. Era la realidad hasta el momento.

—Creo que eres la esposa que necesitaba. Tú no te das por vencida por nada, eres valiente y luchadora.

—El duque es complicado —susurró.

—Como todos, pregúntale a tu madre cuando apareció tu padre, pero luego cuando el amor nace lo cambia todo.

—Sí —dijo algo inquieta Eleanor. No quería que su tía sospechase nada del pacto que tenía con el duque.

—¿Y tú cómo está? ¿Y la herida de tu pierna? Sebastian temía mucho por ella. Era muy grande.

—Curada. Solo ha quedado una fea cicatriz —comentó con pena.

—Enséñamela —la instó a ello.

Rose la recorrió con la yema de sus dedos y dijo:

—Tengo el remedio para que no se note tanto. Mañana le diré a los criados que cojan varias hojas de mis plantas y te haré un

ungüento que deberás aplicarte durante un tiempo, verás que la cicatriz casi desaparece.

—Tía, tú y tus remedios. Deberías dedicarte a ello. Con tus plantas curas a muchas personas. Mi padre dice que te adora desde que le diste el remedio para el dolor de su pierna. Cuando le duele se lo aplica y desaparece.

—Tu cicatriz también va a ser menos visible, te lo aseguro.

—Gracias, tía. ¿Sabes lo feliz que me hace vivir tan cerca de aquí? —inquirió con una luz en sus ojos que Rose sonrió. A una vieja como ella no se le pasaba por alto que Eleanor había encontrado su camino. El duque de Bedford era su destino—. Vendré a visitarte a menudo.

—Tampoco quiero que tu marido se moleste porque te ausentes de su casa más de lo debido.

—No te preocupes, a él no le gustan las visitas en el castillo ni salir de ahí. Trabaja mucho, casi siempre está ocupado. No notará que vengo a verte —justificó.

—Podrías convencerlo de que te acompañe un día. Me gustaría volver a verlo como tu marido. Transmítele mi deseo —le solicitó de corazón. Tenía ganas de decirle en persona a James que cuidase de Eleanor.

—Se lo diré —convino la duquesa.

Pasó el resto de la tarde junto a Rose y llegó al castillo cuando comenzó a anochecer.

Capítulo 13

Cuando Eleanor llegó al castillo su marido la esperaba paseándose por el salón, inquieto. Ya había oscurecido y estaba preocupado. Una gran angustia lo embargó al pensar que su esposa lo pudiese haber abandonado. No quería admitirlo, pero Eleanor se había metido muy dentro de él y no lograba sacarla de sus pensamientos por mucho que lo intentaba, y esto era algo que lo tenía muy enfadado. Él que en estos años había aprendido a dominar sus emociones, a no sentir. Esa mujer, a la que en ocasiones maldecía, había llegado a su vida para hacerlo sentir vivo de nuevo, y era algo que no sabía gestionar.

Las dos semanas que estuvo alejado de su esposa, intentando hacerla desaparecer de sus pensamientos con otras mujeres, porque no quería desear con la intensidad que lo hacía a la que tenía en su casa, descubrió que Eleanor nunca se marchó de su cabeza. Siempre la tenía presente. Se preguntaba cómo estaría o qué haría a cada instante de los días que había pasado alejado de ella. No entendía esa necesidad de protección que sentía hacia Eleanor desde que la miró a los ojos por primera vez. Y esto suponía un verdadero problema que no tuvo en cuenta. Eleanor sería su duquesa para siempre. Valoró vivir alejado de ella, muchos matrimonios lo hacían, pero se dio cuenta de que no podría soportar que, en algún momento, Eleanor fuese seducida por otro hombre y cayese en sus brazos. La duquesa era suya, sin embargo, jamás lo sería, y era algo que lo atormentaba sobremanera. Vivía en una constante agonía porque él nunca podría cambiar lo que era.

—Ya ha caído la noche —le reprochó con dureza desde la puerta del salón en cuanto escuchó los pasos de su esposa en el pasillo.

—Y ya estoy aquí —respondió altiva.

James carraspeó y preguntó:

—¿Cómo está tu tía? —Necesitaba saber que todo el tiempo había estado con ella.

—Mejor. Te manda recuerdos. Le agrada mucho nuestra unión y me dijo que le gustaría que algún día la visitases —contestó sosteniéndole la mirada.

—No cuentes con ello —susurró el duque mostrando total indiferencia.

—Ya se lo dije, pero insiste —manifestó mirándolo a los ojos.

—¿Qué te contó Rose sobre mí? —se interesó el duque con voz queda y actitud distante.

—Me dijo que te conoció de pequeño y que era amiga de tu madre.

—¿Nada más? —insistió, intranquilo.

—James —lo llamó por su nombre, exasperada—. Pregúntame abiertamente lo que quieras saber. Te voy a responder. No soy tan complicada como tú —le espetó de golpe. Una contestación que su marido no esperaba.

El duque tragó con dificultad y su esposa advirtió que sus ojos llameaban, pero no le importó.

—Déjalo —susurró. Pasó por su lado y comenzó a subir las escaleras.

Eleanor, en un arranque, lo siguió de forma enérgica y comenzó a decir tras él:

—Supongo que lo que quieres saber es qué me contó sobre la muerte de tu familia. Fue una tragedia, y me hubiese gustado que me lo contases tú. Siento que perdieses a tus padres y a tu hermano en ese incendio. Igual así quizás pueda comprender un poco más la vida que has llevado desde sus muertes.

El duque se revolvió de golpe, la miró enfadado y le espetó alzando la voz:

—¡No sabes nada! No vuelvas a nombrar ese incendio ni a mi familia en esta casa. Queda totalmente prohibido. ¡¿Lo has entendido?! —bramó, muy enfadado.

Eleanor se quedó paralizada ante su reacción. Una furia incontrolada se había apoderado de él. Observó cómo le palpitaba la vena en el cuello, sus manos le temblaban, apretaba los dientes y

sus ojos echaban fuego. Fue la primera vez que le temió. La duquesa intentó alejarse de su marido, dio un traspié y gritó al perder el equilibrio. Se encontraba casi en lo más alto de la escalera.

James fue rápido y ágil. La tomó con fuerza del brazo y la agarró por la cintura pegándola a su cuerpo. Eleanor chocó con un pecho duro como el acero y se aferró a él, asustada. Ambos se quedaron unos segundos quietos y en silencio, sopesando lo que podría haber sucedido, con la vista clavada en todos los escalones que tenía por delante.

La duquesa temblaba y el duque supo en ese instante que haría cualquier cosa por ella.

Eleanor no pudo reprimir un par de lágrimas. Su respiración se agitó y miró a su marido con miedo. Cuando James observó el reflejo de este sentimiento en sus ojos grises y descubrió que el corazón se le partía en dos, él que pensaba que no tenía corazón ni albergaba sentimiento alguno por nadie.

—Tranquila, estás bien —susurró en su oído, reteniéndola en un abrazo.

La duquesa intentó deshacerse de sus manos alrededor de su cintura, sentía cómo le quemaba su tacto a través de la tela del vestido, pero su marido no lo permitió. En un movimiento rápido la cargó en sus brazos y se encaminó con ella hacia su habitación. La depositó en la cama y la miró en silencio.

—Lo siento, Eleanor —se disculpó con pesar. Ella lo sintió atormentado—. Por eso no me gusta hablar con nadie. Todos deseáis saber sobre mi pasado y termináis recordándome lo que más me duele en mi vida. Suelo tener ese tipo de reacciones cuando me nombran a mi familia —confesó—. Sé que el misterio del incendio es lo único que le interesa a la gente —susurró con pena.

—Yo no propicié el tema —le recordó su esposa con la voz cortada. El duque asintió, arrepentido.

—Discúlpame —manifestó con pesar, mientras se preguntaba por qué le importaba tanto lo que su mujer pensase de él.

—Me gustaría conocerte como persona, amigo. Tus gustos, charlar sobre el tiempo, caballos… He apreciado que el tema de tu familia es delicado, y lo respeto. Ya sé lo que debería saber y te

prometo que nunca más sacaré ese tema —manifestó a modo de tregua.

—Gracias —susurró con la cabeza gacha. Que su esposa no lo hubiese echado de su habitación era todo un logro. La admiró y supo que ella era única—. ¿Puedo compensarte cenando juntos en el comedor? —propuso de golpe y Eleanor lo miró con sorpresa—. Puedo hablarte de esta propiedad y de los caballos que tengo. Sé que pronto me pedirás salir a recorrerla y no podré impedírtelo. Soy consciente de que uno de tus objetivos al ser mi duquesa era la libertad que te proporcionaba vivir en este lugar en el campo.

La duquesa sentía un terrible dolor en la pierna. El viaje en el carruaje y el traspié que había dado en la escalera le produjeron esto, sin embargo, no le dijo nada a su marido. Asintió a su propuesta. Era una ocasión única de conocerlo más y no pensaba desperdiciarla. James tenía una voz grave que consideraba increíble. Le encantaba escucharlo hablar y sentía la necesidad de ser su amiga. De que confiase en ella. Al fin y al cabo, estaban casados y esto era algo para siempre.

James le dedicó una sonrisa tranquilizadora a su mujer. No tenía ni idea del significado que tenía para él que hubiese aceptado cenar juntos tras lo sucedido entre ambos. Otra mujer se hubiese alejado de él horrorizada por su reacción. La actitud de Eleanor solo le corroboraba que era una persona increíble a la que admiraba cada día más.

—No me tengas miedo —le suplicó a Eleanor en una especie de lamento antes de abandonar su alcoba.

—¿Debería de tenértelo? —contestó mirándolo desde la cama.

James se giró y sus ojos se cruzaron.

—Nunca. Sería incapaz de hacerte algún daño —confesó en un susurro temblándole la voz.

Eleanor le sostuvo la mirada y tras unos segundos en silencio contestó de forma contundente:

—Ya lo sabía, duque de Bedford. Soy de las pocas personas que no juzgan a los demás por lo que aprecian en su exterior. Y yo descubrí desde que te vi por primera vez que tienes un buen corazón.

Su esposo la observó con una mirada brillante y el corazón latiéndole con fuerza. Asintió con agradecimiento y le dio la espalda para salir con prisa de la habitación. No deseaba que su mujer notase lo que le habían afectado sus palabras. Era tal la emoción que sentía en su pecho que estaba abrumado.

Una vez a solas Eleanor suspiró, se tumbó en la cama y se dio unos minutos en silencio para pensar en lo que acababa de vivir con su marido. James era un hombre difícil y complicado, pero ella era una mujer testaruda y sin miedo a nada, y se lo pensaba demostrar.

Capítulo 14

Cuando Eleanor bajó al comedor su esposo ya la esperaba sentado a la mesa situado en la cabecera de esta. Volvía a vestir de negro y sintió sus ojos sobre el vestido color melocotón que escogió para aquella velada. James la repasó de arriba abajo al detalle, con tanto detenimiento que su mujer estuvo a punto de preguntarle si su vestido tenía algún problema.

—Gracias por aceptar esta cena conmigo —dijo el duque levantándose de la silla, acudiendo a su encuentro y tendiéndole el brazo de forma educada. Hacía años que no ponía en práctica sus modales con ninguna dama de la alta sociedad.

Eleanor se agarró a su marido y él la guio hacia la silla situada a su derecha. La ayudó a sentarse y luego lo hizo él de nuevo. Denzel y Holly aparecieron como por arte de magia y sirvieron la cena en silencio. Un exquisito asado de cerdo que le gustó mucho a la duquesa y así se lo manifestó a su marido mientras comían el postre.

—Es mi plato preferido desde pequeño —reveló el duque.

Su mujer lo miró con una sonrisa de agradecimiento en sus preciosos labios. Le agradaba saber más de él, no sabía si había sido consciente o no en proporcionarle aquella información, pero a ella siempre le agradaba saber más de él por insignificante que fuese.

—Creo que se va a convertir en el mío también desde hoy. Holly es muy buena cocinera.

—Puedes pedirle que cocine lo que te apetezca. Deseo que estés cómoda en esta casa y la sientas como tuya. No estás aquí como una invitada, eres la duquesa —le recordó—. Y tienes obligaciones —le especificó.

Eleanor sabía por qué le decía aquello. Desde que se casaron no había tomado los mandos del castillo como duquesa pese a que

Holly la había animado en numerosas ocasiones tras el enlace. Sabía bien cuál era su deber. Su madre también era duquesa y su mayor ejemplo a seguir, pero no se sentía cómoda dando órdenes en el castillo del duque, sin embargo, lo que menos deseaba era que su marido pensase que era una vaga o despreocupada. Iba a demostrarle que sería una duquesa a la altura.

—A partir de mañana me vincularé más con mis obligaciones —susurró.

—Puedes comentarme lo que desees cambiar de este castillo —reveló y Eleanor lo miró con interés.

—¿Vamos a hablar? —inquirió en tono mordaz. No podía creer que su marido estuviese abriendo las directrices de su pacto.

—No me gusta hablar sobre mí ni que me sonsaques información, pero podemos hablar de temas triviales como los asuntos de esta casa, el tiempo, tus gustos y aficiones… —manifestó mientras Eleanor se quedó en silencio—. Si lo deseas, claro. No quiero molestarte ni incomodarte con mi presencia —añadió algo tenso ante su silencio.

—Considero que eres un hombre muy interesante, duque de Bedford. Y mi intención no es conocerte por tus detalles escabrosos, como lo pueden hacer los demás. Yo deseo saber más de ti como persona porque desde que te miré a los ojos por primera vez, cuando me visitaste en la habitación y no supe si eras real o una alucinación, estuve segura de que eras alguien bueno pese a tu aspecto. Nunca te temí por tu máscara, creo que te da un toque diferente —bromeó, y provocó una sonrisa en los labios de su esposo.

—Hacía muchos años que no comía en compañía de nadie —reveló de golpe.

—Espero que no te haya resultado tan insoportable y quieras repetir en otra ocasión —comentó su mujer con una sonrisa.

—Eres diferente, Eleanor —susurró mirándola a los ojos con admiración—. Tu presencia no me incomoda tanto como pensé.

—Me alegro. Es una ventaja porque estamos casados y vamos a tener que convivir en este castillo juntos hasta que envejezcamos, y en alguna ocasión nos cruzaremos.

—¿Amigos? —propuso el duque tendiéndole una mano. Era lo menos que podía ofrecerle tras haber tenido con ella la reacción de un ogro y haber visto el miedo en los ojos de Eleanor. No podría soportar que lo mirase así, por ello decidió ampliar el pacto que tenían.

—Amigos —aceptó ella de inmediato, sin pensarlo ni un solo segundo. Unió su mano a la suya y al sentir el contacto todo su cuerpo se estremeció.

El duque la instó a levantarse y se sentaron en el salón. De repente, Eleanor se frotó los brazos porque sintió frío. Fijó la mirada en la chimenea y preguntó:

—¿Podemos encenderla? —Era muy friolera.

El duque la miró con los ojos muy abiertos, incómodo. Se paseó ante ella algo inquieto llevándose las manos a la cabeza, pensativo. A ver cómo le explicaba aquella situación.

—Creo que deberías saber que en este castillo jamás se enciende el fuego —susurró. Eleanor percibió en su mirada el dolor y solo asintió, comprendiendo que debido a cómo murió su familia no querría volver a ver fuego—. Hay mantas de pieles. Puedes usar cuantas quieras —le ofreció paseando la mirada por el salón y maldiciendo en ese instante porque no hubiese ninguna cerca.

—Bien. Gracias por hacérmelo saber. ¿Algo más que deba conocer? Lo que menos deseo es incomodarte porque desconozca algunas costumbres de este lugar.

—El ala oeste del castillo está cerrada. Nadie puede ir allí. —Eleanor supo que era el sitio que se apreciaba desde el exterior con las ventanas quemadas.

—Está bien —susurró. Continuaba frotándose los brazos. Cada vez tenía más frío.

El duque maldijo de nuevo porque no hubiese una manta cerca. Se deshizo de su chaqueta y se le ofreció a su esposa. Se la colocó sobre los hombros y ella la aceptó.

—¿Mejor? —preguntó al cabo de unos minutos. Eleanor solo asintió, perdida en sus maravillosos ojos azules ante su gesto galante y que no esperaba.

James tenía intenciones de seguir charlando con su mujer, hablar sobre sus tierras, los caballos, comunicarle que en unos días llegarían todas sus pertenencias y su semental, pero un sentimiento tan extraño lo embargó de pronto que necesitó alejarse de inmediato de Eleanor.

—Si me disculpas, me retiro. Hasta mañana —se despidió de forma abrupta.

El duque se dio media vuelta y desapareció sin más.

Eleanor se culpó por haber propuesto encender la chimenea, ya que con ello hizo que su marido recordase el fuego y todo lo que habían avanzado aquella noche se desvaneció de nuevo cuando él interpuso distancia y la abandonó sin explicaciones.

La duquesa se marchó al cabo de un rato a su alcoba, envuelta en la chaqueta negra de su marido, embriagada por su olor y anhelando estar a su lado. No le gustaba que James se sintiese mal, era obvio que se había retirado contrariado y cabizbajo. Le encantaría ser su refugio, su amiga y su confidente, y era algo que pensaba poner en práctica.

Dejó la chaqueta de su marido sobre el sillón de su habitación, se la devolvería al día siguiente, se metió en la cama y pensó en James. No podía sacarlo de su mente. Aquella noche, pese a sentir miedo de él por primera vez tras su enfrentamiento en las escaleras había obtenido de su esposo mucho más de lo que jamás llegó a imaginar.

Al día siguiente, cuando al mediodía no se había cruzado con su marido por el castillo preguntó a los sirvientes por él. Denzel le informó que el duque no se encontraba bien y no había salido de sus aposentos. Esto hizo que Eleanor se preocupase, intentó visitarlo, pero el mayordomo le indicó que el duque lo había prohibido.

Los sucesivos días la duquesa no vio a su marido por más que intentó encontrárselo por las dependencias comunes de la casa o apostarse en la ventana de su habitación por si lo veía salir.

Holly y Denzel no le daban mucha información sobre él, solo le decían que el duque era así, en ocasiones se encerraba en sus aposentos y tardaba días en salir de ahí.

Aquella mañana Eleanor recibió un cargamento de vestidos nuevos y demás enseres que según su madre debía ser parte del

guardarropa de una duquesa como ella. Elizabeth había mandado a confeccionar un montón de trajes, capas, sombreros y camisones para su hija. Ahora era una mujer casada y tenía que vestir acorde al título que llevaba.

La duquesa de Bedford deshizo todo el envío con su doncella. Ambas admiraron todo lo recibido y Lucy alabó el buen gusto de la madre de la duquesa. Eran prendas exquisitas, de buenas telas, y apreció que confeccionadas para seducir a un duque.

Los dos vestidos nuevos que más atrajeron a Eleanor fueron los de montar a caballo. Estaba deseando salir en cuanto su caballo estuviese recuperado. Visitaba a diario a Rayo de luz y estaba muy pendiente de su evolución.

El resto de los vestidos que recibió eran de un gran colorido, elegantes y majestuosos. Dignos de una duquesa. Con ellos Elizabeth invitaba a los duques de Bedford para que asistiesen a algún baile de temporada, en especial les rogaba que fuese el suyo.

La duquesa de Norfolk era conocedora de los rumores que existían en todo Londres ante la precipitada boda de su hija con el duque de Bedford. Según ella el conde de Russel se habría encargado de extender esas habladurías debido a la cancelación del matrimonio con su hija. Lo que Elizabeth pretendía tentando a la pareja de recién casados era que la sociedad londinense comprobase con sus propios ojos que James Harrington no era un monstruo para su hija, sino un hombre que la cuidaba. Elizabeth le había escrito a su hija en dos ocasiones desde que contrajo matrimonio y le manifestaba que todo iba muy bien. Destacaba la atención del duque hacia ella y que era amable en el trato.

Capítulo 15

Tras una intensa mañana colocando todo su guardarropa nuevo la duquesa de Bedford se dirigió, como cada día, solo que en esta ocasión lo hizo más tarde de lo habitual, a las caballerizas. Visitó a Rayo de luz y se llevó una gran sorpresa al comprobar que Chocolate, su semental que montaba en la mansión Ashford en el campo, se encontraba allí. Eleanor se abrazó a su caballo, lo besó, emocionada y se preguntó quién lo habría traído. El animal la reconoció al instante mientras que la duquesa le dio la bienvenida a su nuevo hogar.

—Ya veo que lo has descubierto antes de tiempo —la sobresaltó la voz del duque, que apareció de forma sigilosa tras ella.

Eleanor lo miró agradecida, con un brillo especial en sus ojos y una enorme sonrisa pintada en sus labios que consiguió darle un vuelco al corazón a su marido.

—¿Lo has traído tú? —preguntó admirándolo.

—Sí —admitió—. Quería darte la sorpresa. Me dijiste que era tu caballo y ahora este será tu hogar, consideré que Chocolate tenía que trasladarse con su dueña.

—¿No has estado enfermo todos estos días? —inquirió mirándolo con atención.

—No. Hace dos días partí hacia la residencia en el campo de tu familia y me traje a tu caballo. Quería que fuese una sorpresa. He llegado hace apenas unas horas.

—¿Con todo el cargamento de mi nuevo vestuario? —se interesó.

—Eso fue cosa de tu madre. Viene desde Londres, ha sido una casualidad que lleguemos hoy a la vez.

—Gracias por traer a mi caballo. Es muy importante para mí tenerlo aquí.

—Deseo que te sientas como en casa.

—¿Puedo salir a dar un paseo con él por tus tierras? —preguntó ilusionada.

Había querido montar otro caballo de los muchos que el duque tenía en las caballerizas, pero los criados de su esposo le manifestaron que el duque no dejaba que nadie montase sus animales, excepto él. Pero ahora Eleanor tenía el suyo propio.

—Pronto podrás hacerlo, pero me temo que hoy no. Ni lo sucesivos días. De camino aquí he apreciado que se acercan algunas lluvias.

—Bueno, entonces voy a dar un paseo hasta que esté el almuerzo y luego haré un pastel con Holly. Voy a enseñarle unas pastas que hace mi tía. Le dije que un día me pasaría por la cocina y creo que hoy puede ser el adecuado.

—Te acompaño a dar el paseo —la instó con un gesto de la mano para que saliesen juntos.

Eleanor lo miró con sorpresa, pero, al mismo tiempo, le gustó su propuesta. La compañía de James siempre le resultaba agradable, además, se había propuesto conocerlo más.

El duque llevó a su esposa hacía el extenso jardín y terminaron en un invernadero cerca de la capilla donde se casaron. Antes de entrar al invernadero Eleanor se paró en la puerta, fijó la mirada en la capilla y le preguntó:

—¿Puedo remodelarla? —El duque la miró en silencio, pensativo —. Cuando nos casamos aprecié que no se encuentra en muy buen estado pese a que mi madre se esforzó por decorarla.

—Yo mismo la destrocé hace años —manifestó con un tono de voz que le heló la sangre. Su esposa no se atrevió a preguntar por qué —. Puedes hacerlo si te complace, pero no me pidas que vuelva a entrar. Ya hice un esfuerzo lo bastante grande el día que nos casamos.

Eleanor asintió y susurró:

—Gracias. Creo que reformarla puede ocupar mi tiempo libre.

—Haz lo que quieras —susurró de modo indiferente.

Luego los duques entraron en el invernadero juntos y Eleanor descubrió todo lo que había allí plantado. Era la primera vez que lo pisaba y se quedó sorprendida.

—Es un lugar precioso —murmuró.

—Era el preferido de mi madre —comentó James y cuando lo hizo él mismo se sorprendió de haberle dado a su esposa esa información.

La duquesa le sonrió con amabilidad y agradecimiento por nombrar a su madre. Algo le hacía pensar que James se estaba relajando con ella y empezaban a ser amigos.

El duque llevó la mano hacía el pelo de su esposa y le quitó una hoja que le había caído en este. Luego, en un gesto involuntario le acarició la mejilla. Sentir la suavidad de Eleanor le puso la piel de gallina. Su mujer lo miraba a los ojos, se perdió en su mirada gris y cuando se vio inclinándose sobre ella para besarla retrocedió de golpe, al mismo tiempo que se reprochaba qué estaba haciendo.

James carraspeó y Eleanor fue consciente de la incómoda situación. Deseaba un beso de su marido. Lo sintió algo descolocado y decidió acudir en su ayuda.

—¿Podría preparar también la cena? Se me da bien la cocina y me gustaría agradecerte el gesto de que me hayas traído a Chocolate al castillo.

El duque asintió de inmediato. Era una propuesta que no podía rechazar. Deseaba averiguar qué tal se le daban las artes culinarias a su mujer.

Eleanor pasó el resto de la tarde metida en la cocina con Holly y Lucy, ambas mujeres ayudaron a la duquesa a hacer unas pastas de jengibre y un asado de cordero con patatas panaderas. También se lanzó a hacer una tarta de chocolate con nata. El ama de llaves admiró a la duquesa y supo que era una gran mujer en todos los sentidos. Tarde o temprano terminaría ganándose el duro corazón del duque, estaba segura de ello.

La duquesa decidió estrenar uno de los vestidos que le llegó esa misma mañana para la cena con su marido. Escogió uno en tono azul cielo, le recordaba a los ojos de su marido y cuando se miró en el espejo se sintió demasiado expuesta. El traje tenía un gran escote que dejaban muy a la vista los blancos montículos de sus pechos.

Lucy le indicó que ya era una mujer casada y podía lucir de esta forma.

Algo incómoda, Eleanor bajó las escaleras y se dirigió al comedor. Cuando entró su marido ya la esperaba. Sentado, James alzó los ojos hacia ella y tragó con dificultad cuando la tuvo ante él y reparó en el vestido de su mujer. Estaba increíble, deseable y maravillosa. Tuvo que agarrarse a los brazos de su silla con fuerza para no levantarse y abalanzarse sobre ella como un lobo hambriento.

Eleanor caminó con paso lento hasta su lugar en la mesa. Apreció que James no se levantó para recibirla y que un leve tic le palpitaba en la mandíbula izquierda que no le cubría el antifaz.

—¿Te has olvidado de vestirte? —ladró el duque mirándola con severidad.

—Eh… son los vestidos nuevos que me ha enviado mi madre. Según ella es la moda y debo vestir como una duquesa —defendió Eleanor.

James maldijo en silencio y sacudió la cabeza. Su mujer lo miraba seria. Había previsto una velada para sorprenderlo con sus comidas y acababa de enfadarlo con su vestido.

—Bien, probemos la cena —manifestó el duque y Denzel procedió a servirla.

Eleanor comía mirando de reojo a su marido. Este saboreaba la exquisita comida mientras maldecía porque su esposa fuese tan perfecta en todos los sentidos.

—Está muy buena —susurró casi sin mirarla a los ojos. No deseaba posar la vista en su escote y que sus pensamientos lujuriosos lo traicionasen.

—Gracias.

El duque apreció que a su esposa se le resbaló un guisante del tenedor y este se escurrió por su escote. Maldijo de nuevo mientras no podía parar su atención al mirar de soslayo cómo Eleanor sacaba apurada el guisante. Se sintió un completo miserable por envidiarlo. Él jamás podría rozar esa parte tan delicada de su esposa porque estaría perdido y la querría disfrutar al completo.

Luego procedieron a comer el postre. La velada transcurrió casi en silencio. Eleanor apreciaba la tensión, ella que pensó que sería

una ocasión perfecta para charlar de nuevo con su marido y conocerlo más.

—La tarta de chocolate es exquisita —musitó James. Consideraba que su mujer había hecho un esfuerzo muy grande en la cocina aquella tarde y lo justo era que le dijese la verdad.

—¿Te gusta? —preguntó con alegría y una gran sonrisa en sus labios. Agradar a su marido le provocaba tal placer que no llegaba a entender.

—Sí.

—Es mi tarta preferida —reveló Eleanor.

—Creo que desde hoy también se va a convertir en la mía.

—Puedo hacerla en otras ocasiones —manifestó con entusiasmo.

El duque asintió, la miró a los ojos, descubrió el brillo tan especial que tenía en ellos y maldijo por lo bella que era y todo lo que le hacía sentir. Sin querer, se vio perdido en los blancos montículos de sus pechos nuevamente, deseando besarlos a su antojo. Eleanor era toda una tentación como para tenerla tan cerca y mantenerla tan lejos a la misma vez.

—Me gustaría comentarte algunos cambios que he pensado hacer en la capilla y en algunas zonas del castillo —manifestó Eleanor cuando terminaron de cenar.

El duque asintió y pasaron al salón, donde ella se sentó en un sofá y su marido se dispuso a escucharla en un sillón más alejado.

—Con respecto a la capilla tienes vía libre. Haz y gasta lo que quieras —le indicó de golpe.

—Bien. —Asintió ella—. Por el resto, me gustaría mejorar un poco la cocina y sus utensilios, como los que había en mi hogar. Por otro lado, siento que esta casa siempre está muy oscura. Me gustaría que se abriesen las cortinas al amanecer y entrase la luz, que haya flores en las estancias y se respire más vida.

—Puedes hacer lo que quieras en el castillo siempre que no pises el ala oeste, modifiques nada de mis aposentos ni de mi despacho —le concedió.

—Gracias.

—Pues creo que ya tienes trabajo —comentó el duque mirándola con atención.

—Sí. Me gusta emplear mi tiempo en algo, y siento que este castillo lo necesita. ¿Puedo explicarte algunos cambios que me gustaría hacer en el pasillo de entrada?

James asintió y ambos se encaminaron hacia allí. Eleanor le señaló algunas paredes que necesitaban ser reparadas, un mueble que estaba algo viejo y se atrevió a pedirle una alfombra nueva para el recibidor. El duque aprobó todo mientras la admiraba embobado recorriendo con entusiasmo el amplio pasillo de su castillo.

De repente, Eleanor tropezó con su marido mientras caminaba distraída. El duque la tomó con fuerza por el brazo y se quedaron muy cerca. Se miraron en silencio y con tal intensidad que sus respiraciones se alteraron. James volvió a fijar sus ojos en los pechos de su mujer, desvió la mirada a sus labios y estos se le hicieron muy apetecibles. Se inclinó sobre ella, Eleanor no se movió, y cuando sus bocas se rozaron James sintió como un rayo que lo partía por la mitad y se separó de su mujer de inmediato.

Turbado, la miró con los ojos muy abiertos, movió la cabeza en forma de negación y, sin decir nada más, se encaminó hacia las escaleras con pasos agigantados y desapareció bajo la atenta mirada de su mujer que se había quedado anhelando un beso.

Eleanor se llevó los dedos a su boca, repasó sus labios y cerró los ojos, lamentando que solo hubiese sido un breve roce. Ella quería que la besaran. Nunca la habían besado y sentía que, al ser una duquesa, al menos, tenía que contar con esa experiencia.

Capítulo 16

Pasaron cuatro días hasta que Eleanor volvió a ver al duque salir de la propiedad montado a caballo en su semental negro. Ya estaba preocupada por él. Desde la noche en la que cenaron juntos y apenas le rozó los labios no sabía nada de él. Los sirvientes no le decían mucho más ni le permitían acercarse a su espacio personal. Por ello aquel día decidió esperarlo en el salón, aunque tuviese que hacer guardia varias horas, sin embargo, cuando se encontraba recogiendo algunas flores su marido la sobresaltó.

—¿Cuáles son las flores preferidas de la duquesa de este castillo? —preguntó en un susurro cerca de Eleanor.

—Las rosas blancas —reveló—. Ya le pedí a mi tía semillas y me encargaré de sembrarlas porque no hay.

—¿Has ido a visitarla en estos días? —se interesó.

—Sí. No tenía nada mejor que hacer. Está en cama y mi presencia le hace el día más llevadero. Vive sola y está mayor. La quiero mucho.

—Espero que mejore pronto.

—¿Cómo has estado? Los sirvientes me dijeron que no te encontrabas bien. Quise ir a visitarte, pero no me dejaron pasar a tus aposentos —le manifestó algo herida.

—Mi ala del castillo solo la pisan Denzel y Holly, y cuando no me encuentro bien ni ellos. Me gusta estar solo.

—¿Qué te sucedía? —se interesó, apenada por él.

—Fuertes dolores de cabeza.

—Podría haberte ayudado. Mi tía Rose tiene muchos remedios caseros con sus plantas. ¿Te pasa a menudo? —indagó.

—Algunas veces —susurró de forma seca y Eleanor supo que no se lo quería contar. Lo miró y pensó qué hacer para llamar su atención, para cambiar la situación entre ambos. Saltaba a la vista

que era un hombre que sufría mucho, y ella quería ayudarlo. Estaba tan metido en su mundo que no veía que más allá existía la vida de verdad.

Llevaba días pensando que ese no podía ser su día a día para siempre, algo en su interior la provocaba salvar a James de la oscuridad en la que se encontraba como él la salvó a ella de la caída del caballo. Le dolía que viviese encerrado, solo, sin amigos y sin hablar con nadie. Ella era su mujer, tenían un pacto, pero deseaba ser su amiga.

—Mi tía me ha preguntado de forma directa qué tal es mi vida de casada —le comentó al duque de forma despreocupada mientras continuaba recogiendo flores y él la seguía detrás—. Por supuesto siempre le digo que muy bien, sin embargo, ella me mira seria y pensativa y no sé si me cree. Por otro lado, creo que no miento bien. Nunca me ha besado un hombre e igual ella no siente mi entusiasmo cuando hablo de mi condición de esposa —reveló de golpe y su marido la miró con atención.

James carraspeó y sintió calor ante tal confesión. Se hizo un silencio entre ambos que Eleanor se encargó de romper.

—Creo que debería besar a alguien para tener más experiencia como duquesa y desempeñar bien mi papel —determinó con decisión, mirándolo a los ojos, esperando su reacción. Lo estaba poniendo a prueba. Necesitaba saber cuánto le importaba a su marido y qué estaría dispuesto a hacer por ella.

—¿Me estás diciendo en mi cara que vas a besar a otro hombre? —inquirió el duque, enfadado. Cierta rabia incontrolada se apoderó de él.

—Tenemos un pacto —le recordó fingiendo inocencia—. Nunca te lo pediría a ti porque sé de tu rechazo hacia las personas y los gestos de cariño. Igual debería ir a Londres y asistir a alguna fiesta de temporada con mi familia. Diría que estás enfermo y que es contagioso, por ello no puedo permanecer a tu lado —comentó de forma despreocupada.

Lo que el duque desconocía era que su esposa había pensado muy bien todo lo que le manifestaba. En los cuatro días que no se habían visto la duquesa determinó que no quería estar tanto tiempo

sin saber nada de su marido. Eleanor ya se había reconocido a sí misma que sentía algo por James y se había propuesto cortejar a su esposo pese a que no fuese lo adecuado. Era una idea loca y descabellada, pero lo cierto era que no tenía nada mejor que hacer ni nada que perder.

El duque la miró con los ojos echando chispas. Imaginar a Eleanor besando a otro hombre hizo que se enfureciese.

—No voy a permitir que acudas a los bailes de la temporada. Ni que tu asistencia sola y tan cerca de nuestra boda creen especulaciones sobre nuestro matrimonio. Mucho menos que decidas tener un amante —le espetó taladrándola con la mirada.

—Solo deseo experimentar cómo es un beso. Creo que ya tengo edad para haberlo vivido —argumentó con el mentón alto, pendiente de su reacción.

El duque chasqueó la lengua, contrariado. Le dio la espalda y suspiró mientras su esposa lo miraba con atención.

—No, Eleanor —ordenó con ímpetu—. Olvídate de esa idea —le dejó claro.

—Entonces dámelo tú —le espetó de golpe—. Eres mi marido. Podrías hacer eso por mí —le exigió, poniendo a James entre la espada y la pared.

—No me gusta sentir el rechazo de una mujer porque le dé asco —bramó, alterado, mirándola con los ojos echando chispas.

—Te lo estoy pidiendo —le dejó patente.

—No —se negó, rotundo. Y se paseó intranquilo delante de ella mientras se llevaba las manos a la cabeza y se revolvía el pelo.

—Bien, entonces se lo pediré a otro —determinó con decisión. Dio un par de pasos y se alejó de su marido, pero, de repente, se paró en seco, lo encaró y le espetó—: Ah, ya sé… tú tampoco has besado nunca a nadie. Y no sabes cómo hacerlo. Quizás te niegas por eso. Las pasadas noche solo me rozaste los labios y es que igual no sabías qué más hacer —le indicó consciente de que lo estaba provocando. Sabía por su tía que James tenía veintiocho años. Se había impuesto esa vida y ese encierro desde hacía diez años, cuando sucedió la tragedia de su familia, pero con anterioridad Rose le reflejó que se parecía mucho a su hermano mayor. Y Eleanor

sabía que Sylvester era un mujeriego. Algo que no dudaba de James a su edad porque con esos ojos, su estatura y su cuerpo debía de ser un hombre muy guapo.

Sus conjeturas provocaron una fuerte carcajada en James. Hacía años que nadie lo hacía reír. Esto sofocó a Eleanor que contraatacó:

—Quiero aprender con alguien que tenga experiencia, para que me enseñe lo que es un beso de verdad. Definitivamente, tú no me vales.

En esta ocasión Eleanor sí se giró decidida a dejar al duque solo. Estaba muy enfadada porque no quería enseñarle lo que era un beso.

De repente, sintió un firme tirón del brazo. James la tomó por la cintura con fuerza, la pegó a su cuerpo y se apoderó de sus labios de una forma hambrienta y voraz. Iba a enseñarle lo que era un beso de verdad.

La boca del duque invadió la suya de una forma brusca, pero Eleanor no se quejó. Se dejó llevar, le correspondió e incluso se estremeció de placer cuando su marido profundizó el beso enredando su lengua con la suya. El tacto inicial de la lengua la impresionó, desconocía que un beso fuese así, pero no lo rechazó, todo lo contrario, se embriagó consciente de que no podría detenerlo, ni a su lengua tampoco, que exploraba a la de su marido perdida en un mar de placer.

La duquesa le demostró a su esposo que era una gran aprendiz haciendo el beso más profundo y ardiente. Su respiración se alteró y gimió de forma involuntaria sobre los labios de James. Sintió a su marido gruñir, se aferró a sus fuertes brazos y se unió más a él, sintiendo toda la dureza y calor de su pecho fuerte.

Su esposo le pedía más. Nunca un solo beso lo había enardecido tanto. La deseaba con ardiente necesidad. La lengua del duque penetraba la boca de Eleanor, retrocedía y luego se hundía una y otra vez. La duquesa comenzó a temblar, perdida en un mar de sensaciones desconocidas. Un calor extraño, que jamás había sentido, embargaba todo su cuerpo. La intensidad de lo que James le hacía sentir la estaba asustando, sin embargo, no deseaba parar aquello. Era muchísimo más de lo que jamás llegó a imaginar.

De repente, el duque se separó de ella, la observó sonrojada, alterada, con los labios hinchados y su pecho bajando y subiendo sin control alguno. Su mujer lo miraba con patente deseo en sus ojos grises. James sacudió la cabeza con fuerza y, sin decir nada, en dos grandes zancadas, se marchó dejando a Eleanor sola, preguntándose qué había pasado entre ellos, qué era todo lo que había sentido y cómo se atrevía a abandonarla después de besarla de esa forma tan increíble y pasional.

Incapaz de decir nada, la duquesa observó cómo su marido entraba en el castillo. Se sentó en un muro que tenía cerca y trató de serenarse y acompasar el ritmo de su respiración. Se llevó de forma involuntaria los dedos a los labios, donde aún permanecía el intenso y exquisito sabor de su marido y se estremeció. Jamás imaginó que un beso pudiese causarle el huracán de sentimientos que se habían despertado en ella. Deseaba seguir besándolo, quería más, y se sintió culpable por albergar estos lujuriosos pensamientos.

Eleanor ya supo lo que era un beso de verdad entre unos esposos, sin embargo, deseó no haberlo descubierto. Ahora quería más y, por la forma en cómo James se había marchado determinó que el duque no volvería a tocarla.

Dejó las flores que estaba recogiendo a un lado y subió a su habitación acalorada y alterada. Necesitaba pensar. Ella siempre deseó formar una familia, tener hijos. Una loca idea se le pasó por la mente. ¿Y si convencía al duque de que tuviesen uno? Él querría un heredero y su vida sería más alegre con un hijo. Decidió darle tiempo a James. Puede que fuese una mujer inexperta con los hombres, pero la forma en la que la había besado le había dejado claro que sentía algo por ella. Sonrió satisfecha al saber que la deseaba.

Aquella noche tuvo una charla con su doncella. La mujer hacía solo un año que estaba casada y sabía más del matrimonio que la propia duquesa, pero esta tuvo que interrogarla con tacto. Por nada del mundo quería que pudiesen sospechar que ella y el duque no eran un matrimonio de verdad.

Lucy le contó a su duquesa que cuando una mujer despierta el deseo en un hombre lo tiene en sus manos. Y cuando se enamora

de su esposa lo tiene rendido a sus pies. La doncella le dejó caer que el duque la miraba con deseo y admiración, algo que agradó a Eleanor y le dio un arma muy poderosa para seguir en el camino que se había trazado con respecto a James y su vida juntos.

Capítulo 17

Pasaron cinco largos días hasta que Eleanor provocó que James saliese de su agujero en el castillo. Ordenó a los criados que ensillasen su caballo. Quería salir a dar un paseo por las tierras de su esposo. Estaba segura de que antes de prepararle al animal avisarían al duque ya que hasta el momento le había prohibido salir sola, pero aquella mañana estaba decidida a que se cumpliesen las órdenes de la duquesa del castillo.

Eleanor se paseaba por las caballerizas de forma enérgica. Su marido tenía cuatro sementales y cinco yeguas magníficas. De repente, fingió que se le antojó montar a un caballo blanco, casi color oro. Era muy alto, como su dueño, y fuerte.

—Duquesa, este caballo puede que no sea el adecuado para usted. Es muy brioso —le indicó un sirviente cuando se disponía a prepararlo.

—Sé manejar a los caballos —contestó con soberbia a la vez que desviaba la mirada hacia Chocolate, estaba listo y ensillado. Su maniobra de despiste del mozo de cuadras estaba saliendo a la perfección. Era una táctica que ya había usado con su hermano Sebastian en otras ocasiones.

Eleanor se hizo con las riendas de su caballo y comenzó a salir con él de las caballerizas. El día estaba gris y nublado, sin embargo, sintió que la vista se le cegaba cuando se topó con la imponente figura de su marido frente a ella.

—¿Dónde crees que vas? —le indicó el duque, enfadado por desobedecerlo.

Eleanor no se sobresaltó por su presencia ni se acobardó por su actitud fría y distante.

—A dar un paseo. Me aburro en esta casa —le manifestó a modo de queja.

—¿Te aburres? —carcajeó de forma amarga—. Vives en uno de los castillos más grande de Inglaterra. Tienes una parte de este en exclusiva para ti, y te aburres —susurró a modo de burla.

—No me gusta pintar, tejer, ni tocar el piano —le expuso de forma altiva—. Soy una mujer a la que le encanta la libertad de pasar tiempo fuera de casa. Montar a caballo, cazar y pescar. Hasta ahora me lo has prohibido por mi estado, pero no pienso tolerarlo más. Me encuentro muy bien. Solo cuando hace mal tiempo leo, pero es la única actividad que me entretiene del interior de un hogar. Y no me digas que no es propio de una duquesa —le indicó con carácter al intuir que pensaba interrumpirla—. Mi madre es igual que yo y ella siempre fue mi ejemplo desde pequeña aún sin saber que un día tendría el mismo título que ella.

—No puedo dejarte salir sola por unas tierras que desconoces tanto tú como el animal. Tu caballo no sabría volver solo al castillo como el resto de los míos, y menos después de lo que te sucedió la última vez que montaste uno —determinó de forma severa y tajante.

—Bien, acompáñame —le instó con el mentón alto—. Salir a caballo es algo que sí haces. Creo que no te supondría un esfuerzo —le indicó con tono mordaz.

—Eleanor… —protestó con los dientes apretados, contrariado por su actitud.

—Deberías enseñarle a tu mujer tus tierras, sus límites —le exigió —. Llevo en este castillo un mes y medio —le recordó.

Cuando Eleanor pronunció la palabra *tu mujer,* James sintió un fuerte tirón en la ingle y maldijo que, al volverla a ver, tras tantos días desde que la besó, desease envolverla en sus brazos y besarla de nuevo, como la última vez. Sacudió la cabeza ante la atracción que le provocaba su duquesa y susurró exasperado:

—Está bien, te acompañaré. —No quería discutir con ella.

El duque ordenó que le ensillasen su caballo mientras la duquesa lo miraba con atención. Descubrió en el brillo de los ojos grises de Eleanor que lo miraba de forma diferente, pero no quiso hacerse ilusiones. Él sabía que ella lo terminaría rechazando si llegaban a intimar.

James admiró a su mujer cuando le acarició el cuello al animal al montarlo y le susurró palabras. Luego él se montó en su semental negro y se situó al lado de su esposa, que lo observaba con admiración.

—Vamos despacio —le advirtió cuando comenzaron a salir de la propiedad.

Eleanor ya conocía ese camino de las veces que lo había realizado con el carruaje para ir a visitar a su tía, pero llegado a un punto el duque le indicó que cogiesen por otro lugar y ella lo siguió situada a su lado, sin dejar de observarlo y admirarlo. Era imponente montado en su caballo. Deseó poder mirarlo sin ese antifaz que siempre llevaba. No podía ser tan horrible lo que tratase de ocultar tras él. Sus ojos eran tan precisos que siempre resaltarían.

Tras una hora paseando montados a caballo, donde James le explicaba hasta dónde llegaban los límites de sus tierras, Eleanor le propuso bajarse y caminar un poco.

—¿Tu pierna está bien? —se interesó su marido, que acudió a ayudarla. La tomó por la cintura y la bajó del animal. La cercanía de ambos le aceleró el corazón a Eleanor, que colocó las manos en su pecho y confirmó que era duro y fuerte como el acero.

—Sí.

—Me alegro —asintió caminando a su lado, cabizbajo—. Te debo una disculpa —susurró y Eleanor lo miró con atención. No sabía a qué se refería—. No debí besarte así el otro día.

—Así, ¿cómo? —preguntó su esposa al mismo tiempo que el duque cerraba los ojos y lamentaba haber sacado el tema.

—No fue un beso como el que debería haberte dado —se excusó.

—Ah, ¿no? ¿Tienes en mente darme otro y mostrarme cómo sería? —propuso de golpe, al mismo tiempo que advirtió que su marido la miraba con los ojos muy abiertos—. No me importaría. Ya sabes que quiero aprender —le dejó claro, descolocándolo por completo, mientras lo miraba con el mentón alto y un brillo especial en sus ojos.

—No volveré a besarte. —Alzó la voz el duque, algo contrariado.

—Vaya, te resultó horrible —le indicó con fingida pena—. Lo lamento. Como te dije nunca había besado a un hombre —comentó

con desánimo—. Ahora comprendo que no desees besarme más —apostillo, mirándolo fijamente—. Me quedaré con las ganas de saber cómo es el beso al que te has referido —susurró creando la duda en su marido.

Una alerta saltó en James y lo que menos quería era que su esposa sintiese el deseo de experimentar esto con otro hombre. Maldijo en silencio y la miró con atención.

—No me resultó horrible —aclaró con pesar.

—¿Y por qué no quieres besarme más? —preguntó ella con interés, acercándose a su marido, mirándolo a los ojos con intensidad.

—Porque tenemos un pacto, Eleanor —le recordó, crispado, revolviéndose el pelo algo incómodo.

—Solo es un beso. Creo que los esposos hacen algo más. Mi madre me dijo que se desnudan cuando están solos, hay caricias…

—¡Basta! —Alzó la voz. No quería imaginarse la escena. Le resultaba un completo tormento.

—No me ayudas demasiado —se quejó—. No sé cómo, pero voy a tener que averiguar muchas cosas por mi cuenta.

—¿Qué deseas saber, Eleanor? —preguntó tomándola por la cintura con fuerza. Intentaba intimidarla, infundirle miedo. Por primera vez en su vida deseaba causarle rechazo a una persona. Si Eleanor lo sentía todo sería más fácil para él.

—Ese beso que deberías haberme dado —planteó mirándolo a los ojos. Era tan alto que su nariz le llegaba apenas a su barbilla.

—¿Si te lo doy dejarás de insistir y nunca más hablaremos del tema? —planteó, crispado.

—Sí —respondió ella de inmediato. El duque asintió y Eleanor lo miró con una sonrisa de triunfo. Había soñado tanto con volverlo a besar en esos días que no se creía que fuese a pasar.

James resopló, se inclinó sobre sus labios y tuvo que hacer un gran esfuerzo para apenas rozárselos solo para darle un casto beso. Cuando se retiró su esposa lo miró con los ojos muy abiertos. Estaba claro que se sentía decepcionada.

—¿No te ha gustado? —preguntó el duque con voz seria.

Eleanor se quedó pensativa unos segundos.

—Me quedo con el primer beso que me diste —dijo de golpe, desconcertando a su marido por completo ante su sinceridad.

James maldijo y carraspeó un poco, incómodo. Estaba descubriendo que tenía una esposa muy lujuriosa, aunque ni ella misma lo supiese.

—Te pido disculpas por ese beso —insistió, deseaba que no se lo nombrase más. Era un beso que lo atormentaba. Llevaba noches sin dormir. No se podía sacar el sabor y la suavidad de la boca de su mujer de la cabeza—. No debió ocurrir nunca —susurró.

—Deberías pedírmelas por el beso que me acabas de dar —contestó, altiva, con las manos en la cintura, encarándolo. Esto provocó una fuerte carcajada en su marido. Deseó estrecharla en sus brazos y besarla como deseaba y le estaba pidiendo de forma inconsciente, pero sabía que no era posible. Debía mantener a Eleanor lo más alejada de él posible.

—No nos volveremos a besar —manifestó de forma brusca de nuevo.

—¿Tanto te desagrado? —preguntó su esposa con pesar, mirándolo a los ojos de una forma tan tierna que hizo temblar a James al sentir su decepción.

—No es eso. Ya sabes que me gusta estar solo y me molestan las personas alrededor.

—Pero yo soy tu esposa. Me dijiste que podíamos hablar y ser amigos, y llevas días desaparecido —le reprochó.

—Fue una mala idea. Necesito volver a mi soledad, a cómo era mi vida antes de que llegases a este castillo —susurró, contrariado.

—¿Te arrepientes de nuestro pacto? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí —afirmó de inmediato.

—Bien, pues hablaré con mi padre y le contaré la verdad. Igual haya algo que pueda hacer. Lo que menos deseo es que vivas teniéndome que soportar. Bastante tienes ya encima —le espetó enfurecida—. Me marcharé a Londres con mi familia y volverás a tener la paz y la tranquilidad con la que contabas antes de que apareciese en tu vida.

—¿No entiendes que hagas lo que hagas ya no tengo remedio? —inquirió, atormentado, pero Eleanor no conseguía entenderlo. La tomaba fuerte por el brazo, ella intentó abrazarlo, pero el duque la rechazó dando un paso atrás.

De repente, comenzaron a caer unas gotas del cielo. James alzó los ojos y presagió una tormenta.

—Tenemos que volver —ordenó maldiciendo haberse alejado tanto de la propiedad.

Eleanor se montó en el caballo con ayuda de su marido y emprendieron el regreso a un paso más ligero.

La lluvia cada vez era más fuerte. El duque no quería poner los caballos a galope por su esposa, pero fue ella la que propuso bajo la intensa lluvia, gritando:

—Deberíamos correr o la tormenta nos cogerá.

—No. Es peligroso. Ya tuviste una caída de un caballo, no quiero cargar en mi conciencia con otra —le advirtió de forma severa.

—Llueve muchísimo —gritó de nuevo Eleanor. Sentía como el agua le estaba calando la ropa. El pelo lo llevaba completamente empapado y apenas veía de la manta de lluvia que caía.

—Es una orden, Eleanor. —Alzó la voz su marido.

Ella lo miró de forma desafiante, el duque presagió su movimiento y gritó:

—¡No!

Eleanor agitó a su caballo para que se pusiese a galope y el duque corrió tras ella con el corazón en la boca. Le ordenaba que aminorase el paso, pero su esposa no le hacía el menor caso.

Capítulo 18

James maldecía y lanzaba improperios sin parar, le gritaba a Eleanor, pero ella no lo escuchaba. Su caballo corría más que el suyo y al duque se lo llevaban los diablos. Jamás pensó que su mujer fuese mejor que él sobre un semental. Con el corazón en la boca, con miedo por su esposa y la tormenta que los había sorprendido fuera cabalgaba como nunca, llevado por los diablos. La incesante lluvia apenas lo dejaba ver. La máscara la tenía empapada, pero en esos momentos solo le importaba Eleanor. Nunca había temido de esa forma por alguien a la vez que jamás se había sentido tan furioso porque lo desobedeciesen.

El caballo de su mujer no se paró hasta que llegó a las escalinatas de la entrada al castillo. James se bajó de su semental antes de que este se parase siquiera y fue directo hacia su duquesa, decidido a echarle tal bronca que nunca más lo iba a contradecir en un futuro. Sin embargo, cuando ayudó a Eleanor a bajar del caballo la encontró con un aspecto lamentable. Estaba calada hasta los huesos y temblaba de forma incontrolada debido a la gran mojada que había cogido.

La cargó en sus brazos sin pensar y entró en el castillo a grandes zancadas, gritándole a los criados que ayudasen a la duquesa. La llevó hasta su alcoba y ordenó que le quitasen el vestido y le pusiesen ropa seca.

No quería marcharse de su lado, pero Holly le dirigió una mirada y abandonó la alcoba de Eleanor a regañadientes. Mientras, se paseaba mojado por el pasillo revolviéndose el pelo sintiendo una gran agonía. Denzel se le acercó y se atrevió a sugerirle:

—Excelencia, debería cambiarse también.

James estaba tan preocupado por cómo había visto a Eleanor y temblaba en sus brazos hasta que la dejó en su cama, que no era

consciente de su propio estado. También estaba calado hasta los huesos, pero él era fuerte y había soportado varias tormentas bajo la lluvia, además, era una persona que siempre tenía calor.

Finalmente, el duque aceptó el consejo del mayordomo y fue a su habitación para ponerse ropa seca y cambiarse de máscara. Tenía varias, todas negras.

Cuando regresó al ala del castillo donde estaban las dependencias de su esposa advirtió demasiado revuelo. Holly y varias criadas entraban a la alcoba de su mujer cargadas con varias mantas, agua caliente y caldo hirviendo.

—Señor, la duquesa no deja de temblar —le informó Holly, muy preocupada.

El ama de llaves era una mujer con la experiencia suficiente como para no alarmarse ante una mojada de una tormenta, eso hizo que el duque sintiese miedo. James advirtió la preocupación en su mirada y entró al cuarto de su esposa.

Eleanor se encontraba en la cama, arropada hasta la barbilla, con varias mantas sobre ella. Su doncella la obligaba a tomar sopa caliente, pero apenas podía tragarla del temblor que tenía en todo su cuerpo. Apenas mantenía los ojos abiertos, sin embargo, fue consciente de la presencia de su marido en su alcoba.

El duque la miraba con preocupación. Ordenó que trajesen más mantas, se quedó en la habitación, paseándose, mientras, esperanzado, esperaba que su esposa entrase en calor, pero los minutos pasaban y Eleanor no dejaba de temblar con fuerza. Una gran agonía envolvía al duque. Nunca había estado tan preocupado por alguien como en esos momentos.

—Que algún criado salga a buscar al médico —ordenó, nervioso y alterado.

—No. —Lo contradijo su esposa, tiritando—. No pongas a nadie en peligro por mí. Es una gran tormenta la que se desata fuera —susurró Eleanor.

El duque la miró con ternura por preocuparse por la vida de otra persona antes de por la suya. Suspiró con fuerza y ordenó:

—Todo el mundo fuera. Dejadme a solas con mi mujer.

Holly y tres criadas más salieron de la habitación en silencio. El duque se sentó en la cama y comenzó a quitarse las botas, luego se metió debajo de las mantas junto a su esposa y la abrazó pegándola a su cuerpo.

Cuando Eleanor lo sintió a su lado no lo podía creer.

—Voy a darte calor —le susurró el duque, como pidiendo permiso para acomodarse a su lado.

Eleanor fue consciente de la realidad, se abrazó a él y sintió el fuerte cuerpo de su marido cubriendo todo el suyo.

El duque sudaba bajo las mantas, sin embargo, su mujer no dejaba de temblar. La abrazaba con fuerza, le acarició el rostro con la mano, y hasta se atrevió a darle un beso en la mejilla. Estaba muy preocupado por ella. No quería que le pasase nada, acababa de descubrir que era lo más importante que tenía.

—No dejas de temblar —susurró manteniendo a Eleanor pegada fuertemente contra su cuerpo.

La duquesa nunca se había sentido tan bien y tan mal al mismo tiempo.

—No puedo controlarlo —manifestó estremeciéndose.

—¿Te ha sucedido antes? —se interesó el duque.

—No.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó con el corazón en la mano. Haría lo que le pidiese.

Observó que Eleanor fijó la mirada en la chimenea de su habitación, pero se quedó en silencio. No dijo nada, solo un movimiento de negación con la cabeza ante su ofrecimiento.

James chasqueó la lengua, suspiró con fuerza y se apartó de su mujer con delicadeza.

—No te vayas, por favor —le rogó la duquesa.

—Voy a hacer algo por ti —susurró en su oído y luego le dio un beso en el cabello.

El duque abrió la puerta de la habitación de su esposa y se encontró con Denzel y varios criados tras ella.

—Enciendan la chimenea de la duquesa —ordenó de golpe.

—Excelencia —susurró Denzel con los ojos muy abiertos—. ¿Está seguro? —inquirió, serio.

—Es una orden. Rápido. Mi esposa no deja de temblar. Necesita entrar en calor ya —apremió a los sirvientes.

Varios criados salieron en busca de leña mientras que el mayordomo no dejaba de mirar a su señor. Él mejor que nadie sabía del pánico del duque hacia el fuego. Desde el gran incendio en el castillo hacía diez años jamás se habían vuelto a encender las chimeneas de ese lugar.

Los criados se encargaron de prender el fuego. La habitación de Eleanor comenzó a calentarse y, para sorpresa de Holly y Denzel, su excelencia volvió a pedir que lo dejasen a solas con su mujer. Los criados obedecieron y James se volvió a meter en la cama con su esposa, dándole la espalda al fuego encendido. Escuchaba su crepitar, era consciente de su olor y la luz que propinaba en la habitación, sin embargo, que su esposa dejase de temblar era su prioridad en esos momentos.

Eleanor estaba abrazada a su marido. Sentía su cuerpo duro y fuerte, su respiración agitada y los rápidos latidos de su corazón. James tenía los ojos cerrados, los dientes apretados y un leve tic, en la vena de su cuello, llamó la atención de su mujer cuando dejó de temblar y entró en calor. Se sentía tan bien en sus brazos que hubiese cerrado los ojos y se hubiese dormido, pero era consciente del suplicio por el que pasaba James al estar tan cerca del fuego. Se sintió importante para él y un sentimiento de orgullo la embargó.

—¿Por qué has ordenado encender el fuego si no lo soportas? —murmuró la duquesa con la voz cortada. Podía sentir el cuerpo en tensión de su marido.

—Has entrado en calor, es lo que importa —susurró con los ojos cerrados, restando importancia su pánico al fuego. Era algo de lo que nunca había hablado con ella de forma abierta.

—¿Por qué te has quedado aquí conmigo? —inquirió Eleanor.

—Porque es mi deber. No le puedo ordenar a ningún criado que se meta en la cama con mi mujer —comentó en tono mordaz, sin abrir los ojos.

—Nosotros tenemos un pacto —le recordó Eleanor.

—No soy tan despiadado. Si continuabas temblando de esa manera ibas a morir.

—No soportas el fuego —le indicó ella.

—Tampoco soporto que mi mujer me desobedezca —le recordó su actitud bajo la lluvia.

—Ya me encuentro bien. He dejado de temblar. Puedes ordenar que apaguen la chimenea. Gracias por todo —manifestó la duquesa con gratitud por cómo se había portado.

—¿Me estás echando de tu lado? —inquirió entreabriendo un ojo.

—No quiero que estés incómodo —justificó.

—Puede que no me creas, pero hacía años que no me sentía tan bien —reveló con naturalidad.

—¿De verdad? —se interesó Eleanor.

—¿Podemos dormir? —le indicó el duque a modo de que se callase. Necesitaba disfrutar de la paz y la relajación que sentía en esos instantes.

La duquesa lo miró con sorpresa, pero él permanecía con los ojos cerrados.

—¿Piensas dormir aquí? —inquirió, alarmada.

—Voy a cuidar el resto de la noche de mi mujer. Si vuelves a temblar de forma incontrolada estaré a tu lado —determinó.

—Gracias —susurró Eleanor. Se abrazó a su pecho y sonrió. Por alguna extraña razón se sentía feliz.

Ambos se quedaron dormidos y no volvieron a despertarse en toda la noche. Hacía años que James no dormía tantas horas seguidas sin tener pesadillas con el fuego, y en esta ocasión lo tenía muy cerca.

Capítulo 19

Eleanor entreabrió los ojos cuando la claridad del día entró por la ventana. Estaba abrazada al pecho de su marido que dormía plácidamente. Lo miró con atención y deseó deshacerlo de la máscara que llevaba, pero no se atrevió. Se acercó a él, atrevida, y le rozó los labios. El profundo amor y agradecimiento que sentía por cómo se había comportado con ella encendiendo el fuego y dándole calor con su cuerpo la emocionaba. Nunca se había enamorado, desconocía el sentimiento, pero se dijo que debía de ser lo que en su corazón latía por James.

Volvió a acercarse a él y tuvo el atrevimiento de rozarle los labios de nuevo. Deseaba sentir su sabor de una forma más profunda.

James soñaba con su mujer, haciéndola suya en cuerpo y alma. Turbado, al sentir los labios de Eleanor sobre los suyos se apoderó de estos de una forma hambrienta. Abrazó a su esposa con fuerza y la sintió tan disponible que se volvió completamente loco. Su duquesa gimió sobre sus labios y esto fue lo que lo hizo abrir los ojos por completo y tomar conciencia de la situación. Su miembro estaba duro y su mujer lo besaba con ganas, sin embargo, tenía que parar aquello, no podía seguir.

El duque apartó a su esposa de forma delicada e hizo como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Preguntó con gentileza, aclarándose la garganta:

—¿Cómo te sientes? —Cuando realizó la pregunta maldijo su torpeza. Su mujer esbozó una sonrisa seductora, sintió un fuerte tirón en la ingle y se dijo que él solo deseaba saber si había dormido bien y no tuvo más frío.

—Cuando me besas de esa forma me haces sentir muy bien —manifestó con una amplia sonrisa, mirándolo de cerca. James se levantó de la cama y se alejó de ella al mismo tiempo que su mujer

chasqueó la lengua, contrariada porque hubiese puesto distancia de nuevo entre ellos—. Bien. He dormido toda la noche y no he tenido más frío. Gracias por todo lo que hiciste por mí. En especial, por lo del fuego —susurró cabizbaja. No quería que se fuese. Se sentía tan bien con él a su lado, conociéndolo más y verlo preocupado por ella… Tras el beso que se acababan de dar estaba segura de que James sentía algo por ella.

—No sé qué has hecho conmigo, Eleanor —susurró el duque con pesar—. Anoche descubrí que haría cualquier cosa por protegerte, incluso volver a encender una chimenea en esta casa —admitió con la vista clavada en la chimenea apagada.

—¿Estás bien? —inquirió mirándolo con atención. Tanta amabilidad y buenas palabras las tenían confundida, pensó que saldría despavorido de su alcoba tras el intenso beso. Siempre que tenían un acercamiento actuaba así.

—Hacía años que no dormía tanto, y sin pesadillas —especificó dedicándole una sonrisa de agradecimiento sin revelarle que ella era la responsable de esto.

—¿Es una invitación para que durmamos juntos más a menudo? —preguntó la duquesa de golpe. Era una mujer muy astuta. James la miró con los ojos muy abiertos. Observó el hombro desnudo de su esposa, se le había resbalado la manga del camisón, y esa piel blanca y suave se le hizo muy apetecible.

—No. Solo fue un comentario. Me alegro de que ya estés bien. Si me disculpas, me retiro a mis aposentos —susurró de forma cortante. Tenía que salir de esa habitación antes de que se abalanzase sobre su mujer y la hiciese suya como deseaba. ¿Por qué era tan bella, tan perfecta y audaz?

Eleanor se sintió decepcionada tras el abandono de su marido. ¿Qué tenía que esperar ahora? ¿Otros tantos días sin verlo ni saber nada de él y luego hacer como si nada ocurriese entre ellos? Se negaba a seguir así. Estaba dispuesta a luchar contra James. Si él interponía distancia entre ellos, ella se iba a encargar de que se uniesen más que nunca. Contaba con dos grandes armas a su favor. Había leído el deseo de su marido en sus ojos y le demostró que era capaz de encender un fuego en la chimenea del castillo Harrington

solo por ella. Le importaba pese a que no lo quisiese admitir. Estaba descubriendo que su duque era un hombre muy cabezota, pero ella lo era también e iba a ponerlo a prueba a ver quién ganaba la partida.

Como la duquesa de Bedford presagió, estuvo días sin cruzarse con su marido por el castillo. Concretamente una semana. En este tiempo pensó muy bien cuál sería su siguiente paso cuando James apareciese.

En esta ocasión no les insistió a los criados en ver a su esposo ni preguntó qué le pasaba. Quería darle ventaja, que se confiase y pensase que no tenía interés en él y que seguía adelante con el pacto. No se quejó de su ausencia y se comportó como la duquesa del castillo. Se metió en la cocina en varias ocasiones, salió a visitar a su tía en su propio caballo y recogió flores para alegrar los tristes y oscuros pasillos del castillo.

Una noche Lucy le comentó a Eleanor mientras le ayudaba a colocarse un camisón:

—Su excelencia sufre de fuertes dolores de cabeza. Encontré a Holly llorando y me dijo que es porque el duque lleva tres días en cama rabiando, nada consigue calmarlo. El médico lo ha visitado en los últimos días y nada.

La duquesa se sintió muy mal. Su marido sufría y ella era ajena a todo ello. ¿Por qué se lo ocultaban?

Eleanor no durmió en toda la noche, estuvo tentada de ir a los aposentos de su marido, pero recordó que lo tenía tan prohibido como acudir al ala oeste del castillo, la zona donde se produjo el terrible incendio.

Por otro lado, pensó que teniendo en cuenta el carácter difícil de James si se presentaba en su alcoba solo sería para discutir con él.

Antes del alba la duquesa salió en su caballo hacia la casa de su tía. Rose tenía remedio para todo con sus hierbas. Le pidió algo para su esposo y la mujer le entregó un bote con hojas secas de una planta. Las cuales debía hervir y que el duque se tomase el agua con la sustancia. Le aseguró que así mejoraría.

Eleanor se presentó en el castillo con el remedio y sin importarle las órdenes de su marido se dirigió hacia su alcoba. Su ayuda de cámara intentó negarle el paso, pero la duquesa se puso firme y no tuvo más remedio que dejarla pasar.

Cuando James presintió a su mujer a su lado pensó que se trataba de un sueño. En los últimos días había soñado constantemente con ella.

—Me enteré por lo que llevas pasando durante días. Te he traído un remedio de mi tía Rose —susurró cerca de él. Ella llevaba una taza preparada para que se lo tomase. La habitación estaba a oscuras, permanecer así le daba algo de alivio a los terribles dolores de cabeza del duque.

—Llevo años padeciendo eso. Desde que esa viga del techo me golpeó la cabeza, el hombro y la espalda —susurró con pesar—. Tus estúpidos remedios no me van a hacer nada. He visto a muchos médicos. ¿Crees que unas hierbas de tu tía me van a poner mejor? Vete, Eleanor. No me gusta que nadie me vea así. Mucho menos tú. Además, tienes prohibido acercarte a mis aposentos —le recordó de forma desagradable.

Debido a la oscuridad el duque no pudo apreciar las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer. Había acudido allí con toda su buena intención y él la trataba así.

Dejó la taza sobre la mesita de noche, se apartó las lágrimas de su rostro con coraje, él no se las merecía y le dijo:

—No pierdes nada por probar. Te aseguro que te calmará el dolor. Mi tía ha conseguido muchos remedios para dolencias que médicos no han hecho. Un ejemplo de ello es mi padre. Cuando le da el dolor de su pierna por la herida de guerra solo lo alivia el ungüento de mi tía Rose. Pero usted mismo, excelencia. Por lo visto le gusta sufrir —susurró con tono dolido. Se dio media vuelta y se marchó.

Capítulo 20

Al cabo de varias horas James se bebió el remedio, ya frío, que su mujer le dejó sobre la mesita de noche. Tenía que admitir que estaba tan echo polvo y desesperado que se hubiese tomado lo que fuese, solo que no quería mostrarse débil ante Eleanor. Lo más fácil fue echarla de su lado, pese a que le costó la misma vida. El gesto de que se presentase en su alcoba, aun teniéndolo prohibido con unas hierbas para tratar de mitigar su dolor le hizo sentir querido por alguien, y que esa persona fuese su esposa lo llenó de felicidad, pero era algo que no le podía manifestar. Ella nunca podría saber que era tan importante para él, ya que ese sería un arma demasiado valiosa en manos de su duquesa.

Milagrosamente, el duque comenzó a sentirse mejor y mejor. Se pudo levantar de la cama por su propio pie, asearse solo y comer tras días sin probar bocado. Luego se vistió y salió de sus dependencias. Necesitaba respirar algo de aire puro y salir. También tenía pensado agradecerle a su esposa lo que hizo por él y de paso pedirle un cargamento de esas hierbas curativas.

Cuando James salió al exterior del castillo, por la puerta principal se topó con la figura de su esposa bajándose de su caballo. Estaba claro que venía de un paseo matutino, y sola. Apreció las mejillas sonrosadas de su mujer, su respiración alterada y la del caballo.

Su duquesa lo miró extrañada de verlo allí por su propio pie, se alegró porque ello significaría que estaba mucho mejor, pero no dejó que él percibiese su felicidad.

—Vaya, me has cogido con las manos en el pastel como a un niño pequeño —comentó de forma irónica mientras caminaba hacia él deshaciéndose de sus guantes y mirándolo a los ojos—. Sí, es lo que estás pensando, vengo de correr a mi antojo con mi caballo —reveló, desafiándolo, mientras observaba cómo su marido apretaba

la mandíbula en silencio—. ¿No me digas que ya te has recuperado? —inquirió sosteniéndole la mirada de cerca—. ¿Te tomaste lo que te dejé? —se interesó. El duque asintió en silencio. Le molestaba darle la razón a la misma vez que le estaba muy agradecido—. Vaya, igual no debí hacerlo. He de confesarte que cuando desapareces hago lo que me place. —Su marido la miró furioso, pero se recordó que enfadarse con ella no era su cometido, sino todo lo contrario, por sacarlo del estado en el que se encontraba.

—Gracias por el remedio —susurró de forma distante, intentando controlar su carácter—. ¿Podrías hacerte con más hierbas para cuando me suceda la próxima vez?

—El remedio es de mi tía. Yo bastante hice ayer ya por ti. Cuando lo quieras vas a su casa y se lo pides a ella.

—Eleanor… No me castigues por cómo te traté ayer. Cuando me encuentro así no quiero que nadie me moleste. Entraste en mi alcoba sin mi permiso —le recordó.

—¿Y eso es tan grave? Eres mi marido —le espetó alzando la voz —. No me metí en el cuarto de un desconocido.

—Tenemos un pacto —le recordó.

—Un pacto con el duque —susurró ella bajito mirándose las manos, y luego lo observó bien—. ¿Nunca te has planteado romper ese pacto? —preguntó de golpe, dejándolo impactado.

—No —negó de forma rotunda—. Soy un hombre de palabra.

—Pues la palabra ante dios debe valer más —contraatacó—. Me he cansado de esta situación y quiero cambiar nuestro pacto —le expuso al duque con valentía.

—No creo que sea un tema que debamos tratar aquí —siseó mirando alrededor por si aparecía algún criado.

—Bien, vayamos a tu despacho —propuso y pasó por su lado, decidida y con un rumbo claro.

James la siguió. No quería montar un escándalo delante de los sirvientes ni que le volviese el temido dolor de cabeza que tanto había tardado en mitigar.

—¿Qué ronda por esa cabecita ahora? —preguntó el duque sentándose tras su mesa. Se sentía algo agotado tras tantos días en cama.

—Quiero tener un hijo —soltó de golpe. Esto hizo que James se atragantase y la mirase con desconcierto.

—¿Te has vuelto loca? —inquirió, confuso.

—Para nada. Creo que un hijo es lo que necesitamos —manifestó convencida de ello—. Tendrías a un heredero y yo a alguien a quien dedicar todo mi tiempo y querer —le espetó y James lo sintió como un reclamo ya que no lo podía hacer con él—. Nuestro pacto seguiría igual. Vidas separadas. Y ahora que lo pienso, no especificamos nada de no tener un hijo.

—Dejamos claro que no tendríamos relación marital alguna —bramó—. ¿Tienes idea de cómo se engendran los niños? —preguntó alterado, fuera de sí, paseándose de un lado para otro del despacho bajo la atenta mirada de su esposa que seguía sentada en una silla.

—Sí. Debemos desnudarnos y dormir juntos —lanzó con el mentón alto.

James soltó una fuerte carcajada ante su inocencia.

—Nunca vamos a dormir juntos desnudos, mucho menos tener un hijo —manifestó de forma tajante.

Eleanor se quedó en silencio. Sentía decepción y coraje. Cuando el duque estaba por abandonar la estancia tomándola por loca le espetó con rabia:

—¿Tan desagradable te parezco?

James se giró y la encaró. La miró en silencio. Dio un par de pasos hacia ella, le acarició la mejilla con los dedos de forma delicada y susurró sintiendo cierta agonía:

—Para nada. Soy yo el que no te quiere asustar.

—No lo haces, James. Te quiero —reveló de golpe Eleanor, sincera, con el corazón latiéndole con fuerza contra el pecho—. No sabes lo que he sufrido al saberte mal y no poder estar a tu lado —confesó mirándolo con el corazón latiéndole muy deprisa.

El duque cerró los ojos y negó con un gesto de dolor.

—No puedes quererme. No soy bueno para ti —susurró—. Por ello insistí en nuestro pacto.

—Me has salvado en dos ocasiones. ¿No sientes nada por mí? —preguntó a modo de ruego. Lo miraba esperanzada en una respuesta afirmativa.

—No puedo permitírmelo, Eleanor. Perdería demasiado. Nosotros tenemos un pacto. No podemos salirnos de ahí. Ni siquiera pactamos ser amigos y ya sabemos demasiado uno del otro.

—¿Es por la máscara que llevas? ¿Crees que me importa? —inquirió, alterada.

—Déjalo —murmuró con pesar.

—¿Por qué te condenas a una soledad cuando podrías tenerlo todo? Eres duque, tienes tierras y dinero. Y a una esposa que te ama y te ofrece una familia para ser feliz —reveló con lágrimas a punto de brotarle en los ojos.

—¿De verdad me amas, Eleanor? —preguntó alzando la voz, enfadado. Su esposa no entendía su actitud.

—Sí —afirmó ella con el mentón alto y sinceridad en sus ojos grises.

James sintió que se partía por la mitad. Eleanor no podía amarlo. Eso los condenaría a ambos.

—Puedo hacer que me odies en un segundo —la desafió dirigiéndole una mirada despiadada que le hizo sentir un gran escalofrío por su cuerpo.

—Inténtalo —lo encaró con valentía y coraje, apartándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡No quiero causarte un trauma! —le advirtió con una mirada llameante.

—Adelante, igual un trauma es lo que necesito en mi vida para que sea más interesante y menos aburrida —lo instó mientras su pecho subía y bajaba, agitado.

—Tú lo has querido —bramó abriendo los brazos.

Capítulo 21

El duque se arrancó los botones de la camisa con un fuerte tirón y se deshizo de ella. Eleanor se sobresaltó al ver el impresionante pecho desnudo de su marido. Él se señaló el hombro y luego se giró para mostrarle la espalda, donde tenía la mitad de ella quemada, como su hombro.

Eleanor se estremeció, no porque lo considerase horrible, sino por el dolor que esas quemaduras debieron producirle.

—Eso no es todo —anunció su marido de forma despiadada.

De repente, se arrancó la máscara de un fuerte tirón y se mostró tal y como era. El duque tenía una gran cicatriz en la mejilla derecha. Su esposa lo observó y descubrió que ese era el motivo por el que siempre llevaba el antifaz.

Eleanor se llevó las manos a la boca y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Ahora, ya puedes odiarme, esposa mía —susurró antes de abandonar el despacho a grandes zancadas.

Cuando el duque se marchó su mujer fijó la mirada en la camisa negra y el antifaz del mismo color tirados en el suelo. Se agachó, los cogió en sus manos y lloró con ellos pegados a su pecho. James era un hombre con demasiados sufrimientos a sus espaldas y sintió pena por él. Se indignó al creer que él pudiese pensar que sentiría asco por su aspecto. Tenía media espalda y parte del hombro derecho quemados, y una gran cicatriz en su mejilla derecha, pero nunca le producirían repugnancia o asco. Le dolió que James la viese como alguien tan superficial como para no entender que todo había sido producto de un accidente. Sin embargo, supo que su marido tenía un grave trauma con lo sucedido en su pasado. Prueba de ello era la soledad en la que vivía y la máscara que llevaba ocultando su

aspecto. Pero ahora ella lo sabía todo sobre él, y estaba decida a ayudarlo.

Tras unos minutos a solas, pensativa, Eleanor se levantó y con la decisión que siempre la caracterizaba fue en busca del duque. No le importaba lo más mínimo que le tuviese prohibida la entrada a sus aposentos. No le tenía miedo.

Para sorpresa de James, cuando se paseaba como un león enjaulado por su alcoba, aún con el pecho desnudo y sin su máscara, la puerta de su cuarto se abrió de golpe. Nadie en su castillo tenía la osadía de entrar así a los aposentos del señor. Se giró con la mirada encendida, en esos momentos no quería ver a nadie. Era tanta la rabia que lo dominaba que necesitaba serenarse. Lamentaba haberse mostrado como era ante su esposa.

—No hemos terminado de hablar. Y odio que me dejen con la palabra en la boca —manifestó Eleanor con coraje, entrando en la habitación como si fuese la suya propia.

El duque advirtió que traía entre sus manos su camisa y su máscara.

—¡Vete! —gritó de inmediato—. No quiero que me veas así —vociferó.

—Ya te he visto —manifestó mirándolo de frente—. No me das miedo, James. Tampoco asco. Yo tampoco soy perfecta, ¿sabes?

De repente, soltó sobre la cama lo que llevaba en sus manos y, sin pudor alguno, Eleanor levantó su vestido y le mostró a su marido la cicatriz que tenía en el muslo superior debido a la caída del caballo. El duque tragó con dificultad al ver las piernas de su esposa y lamentó su herida.

—Déjame solo, Eleanor —susurró en una especie de orden, con los dientes apretados, dirigiéndole una mirada furiosa—. Y bájate esa falda —ordenó cerrando los ojos. Lejos de producirle algún tipo de rechazo, deseó besar la cicatriz de su mujer. Esto hizo que se quedase pensativo y paralizado.

—¿Por qué te empeñas en esta soledad? Siempre que tenemos un acercamiento te alejas días de mí. Y yo te extraño —reveló—. Me gustan tus besos. Deseo que vuelvas a besarme. Y la noche que dormí abrazada a tu cuerpo fue la mejor de toda mi vida —confesó

con lágrimas en sus ojos a la vez que daba varios pasos en su dirección—. Déjame que te quiera, James —le rogó con el corazón en la mano—. Ya es hora de que admitas que no eres un monstruo, sino alguien con un gran corazón. A mí me lo has demostrado salvándome en dos ocasiones. No somos perfectos, pero te aseguro que eso no importa.

Cuando Eleanor fue a colocarle una mano en el pecho el duque dio un paso atrás, mirándola con miedo.

—No —susurró como asustado. Observándola con los ojos muy abiertos.

Tomó a su esposa del brazo con fuerza y la sacó de la habitación. Cerró la puerta en su cara y echó el pestillo. La duquesa no se acobardó. Golpeó la puerta con fuerza, gritando su nombre, vociferando que lo amaba sin importarle que la escuchasen los criados, pero no obtuvo respuesta alguna, a James también le dio igual el escándalo de su mujer.

Denzel le colocó una mano en el hombro de forma delicada a la duquesa, a modo de llamar su atención y le aconsejó:

—Será mejor que no insista. Su excelencia necesita tiempo para procesar todo. Hace años que no es importante para nadie ni se siente querido —se atrevió a decir el mayordomo, que conocía bien a su señor.

Abatida, sin apenas fuerzas y con millones de lágrimas recorriéndole sus mejillas Eleanor abandonó las dependencias de su marido. Se refugió en su habitación, se tendió en la cama y lloró durante toda la noche.

Al día siguiente la duquesa bajó a desayunar tarde. Cuando Denzel le servía el café se atrevió a preguntar:

—¿Y su excelencia?

—Ha salido de viaje —le informó mirándola con pena.

—¿Dónde? —preguntó con sorpresa.

—No lo ha dicho, duquesa. Se fue antes de que amaneciese y llevaba varias maletas.

—¿Por cuánto tiempo? —insistió preguntando.

—No lo dijo. Su excelencia no es un hombre dado a dar explicaciones. Creo que en el tiempo que hace que lo conoce ya lo

habrá comprobado.

—¿Tiene idea de dónde haya podido ir? —inquirió, preocupada—. Usted lo conoce mejor que nadie.

—No lo sé. Cuando pasa malas rachas o algo le atormenta se aleja varias semanas del castillo, pero nunca dice dónde va.

—¿No le acompaña ningún criado?

—Su ayuda de cámara, pero es un hombre tan hermético que nunca cuenta nada. —Eleanor lo miró preocupada—. No tema, duquesa. Su excelencia es un hombre que sabe cuidarse. Cuando sienta que es el momento de regresar lo hará. Siempre lo hace.

***

Tres semanas después

Eleanor se sentía cansada de esperar a su marido. Pasaba horas en la ventana de su salita o en la de su habitación esperanzada en ver regresar a James en su semental negro, pero no ocurría.

No tenía ninguna noticia sobre él. Desde hacía una semana había dejado de preguntarle a los sirvientes por su esposo. La miraban con pena y no le gustaba sentirse así. Ella llevaba su gran tristeza por dentro. Se había enamorado de un hombre que la rechazaba y había huido cuando le confesó lo que sentía. Se reprochaba el impulso de haberlo hecho, al menos el duque no estaría ausente y ella con ese sentimiento de vacío, con el cual sentía que se ahogaba y no sabía gestionar.

Continuaba visitando a su tía Rose, que había mejorado, y una tarde tomando el té en el jardín la anciana le preguntó a qué se debían sus ojos tristes. Eleanor le mintió diciéndole que hacía días que no se sentía bien y la mujer pensó que podría estar embarazada. Ya hacía más de dos meses desde que contrajo matrimonio con el duque y era lo esperado.

La prolongada ausencia de James hizo que la duquesa desobedeciese su orden más importante. Visitar el ala oeste del castillo. Aquella mañana cuando había salido a pasear con su caballo

y regresó posó la mirada en las ventanas quemadas y se preguntó por qué su marido nunca había rehabilitado esa parte del castillo. Le sobraba el dinero.

Decidida, se dirigió al ala oeste y se encontró con una puerta de acceso cerrada con llave, pero eso no la detuvo. En un principio pensó en forzarla, pero luego pensó que ella era la duquesa y la máxima autoridad en el castillo en ausencia de su esposo. Nadie se atrevería a contradecirla si daba una orden.

Se presentó en la cocina y le ordenó de forma tajante a Denzel que le entregase las llaves. El hombre la miró con los ojos muy abiertos y a la vez a Holly se le cayó un cuchillo al suelo.

—Lo siento, duquesa. No tengo las llaves. Solo el duque entra allí —manifestó el mayordomo.

—Bien, entonces llama un par de criados para que derriben la puerta —ordenó.

—Señora… —se atrevió a susurrar Holly—. Cuando el duque vuelva va a provocar que se ponga furioso.

—Me da igual —contestó Eleanor, decidida.

Entre el mayordomo y el ama de llave se intercambiaron unas miradas cómplices que la duquesa advirtió y los miró en silencio. Holly susurró a Denzel:

—Si le damos la llave James no verá la puerta rota cuando regrese.

—¿Tienen la llave? —inquirió Eleanor con interés.

—El duque no lo sabe. Siempre existieron varías copias de esa puerta, Denzel y yo conservamos una por lo que pudiese pasar. Tras el incendio y enterrar a su familia James se encerraba en ese lugar horas todos los días mientras nosotros esperábamos con el corazón en la boca que saliese de ahí.

—¿Qué hay en ese lugar? —se interesó Eleanor.

—Nada. Se quemó todo —reveló Denzel.

—Necesito comprender a mi marido. Por favor, ábranme la puerta —les solicitó a ambos.

Los criados accedieron y ambos la acompañaron hacia esa ala prohibida en el castillo que solo visitaba el duque.

Fue Denzel quien metió la llave en la cerradura y le dio paso a la duquesa.

—¿Estaban aquí cuando ocurrió el incendio? —preguntó adentrándose en una estancia negra, las paredes y el suelo estaban quemados.

—Nosotros dormíamos en el ala opuesta del castillo. A la difunta duquesa le gustaba la orientación de este lugar y las vistas, por eso hacía la vida aquí con sus hijos.

Eleanor caminaba con cuidado mirando todo lo que tenía a su alrededor, pasillos y varias puertas, las cuales dedujo que serían habitaciones.

—¿Cómo se originó el fuego? —inquirió con miedo, sabiendo que James estuvo ahí debido a las quemaduras en su cuerpo.

—Todo apunta a que salió ardiendo una cortina —dijo Denzel.

—¿James fue el único superviviente?

—Sí. Denzel lo rescató. Era el que estaba más próximo cuando llegó. No pudo escapar por su propio pie porque una viga lo golpeó —reveló Holly.

—Mi tía me dijo que James tenía un hermano —comentó.

—Sí. Robert. Era el primogénito. Tenía veinte años cuando todo sucedió. James carga en su conciencia que no pudiese salvar a su familia.

—¿Nunca se supo la causa real? ¿No se investigó?

—Las autoridades pusieron en su punto de mira al actual duque. Era el que estaba más próximo a la salida y no dormía en su habitación como el resto.

—¿Lo culparon? —inquirió con los ojos muy abiertos.

—Fue una teoría. Su padre era muy rico y él y Robert estaban muerto. James sería el heredero del título y toda la fortuna.

—¿Pensaron que mató a su familia por el título y el dinero? —preguntó perpleja.

—Creyeron que el fuego fue intencionado. Era una de las teorías —susurró Holly—. Pero nunca se pudo comprobar nada.

Eleanor suspiró con terror, pensando en todo por lo que tuvo que pasar su marido.

—¿Para qué quería venir a este lugar, duquesa? —se atrevió a preguntar Holly.

—Para entender un poco más a mi marido —comentó paseándose por las estancias quemadas.

—¿Por qué no se ha arreglado todo esto? —les preguntó a los sirvientes.

—El duque nunca quiso. Creemos que lo mantiene así y se encierra aquí porque alberga poder recordar qué pasó esa noche algún día.

Eleanor asintió y le pidió a Denzel que cerrase la puerta de nuevo. Cuando este lo hizo le ordenó:

—No quiero meterlos en un problema con mi marido. Ninguno de los tres diremos nunca que estuvimos aquí.

—Gracias, duquesa.

—Denzel, conserve las llaves. Y si un día James se encierra en este lugar más tiempo del necesario ponlo en mi conocimiento.

—Lo haré, señora —convino con un gesto de asentimiento. Admirándola y sintiendo un gran orgullo por ella.

Capítulo 22

Dos días después

Aquella mañana Eleanor ya no podía más y tomó una difícil decisión; marcharse a Londres con su familia y disfrutar de los últimos bailes de temporada. Entre ellos, el que organizaba su madre, que sería en unos días. Estaba cansada de estar sola en el castillo, rodeada solo de sirvientes que aceptaban órdenes sin replicar. Necesitaba hablar con su madre, ver a sus hermanos, sentir la protección de su padre y que alguien la abrazase con cariño.

Cuando les comunicó a Denzel y Holly que se marchaba ambos la miraron con sorpresa.

—¿Podemos saber dónde va, duquesa? —se atrevió a preguntar Holly.

—No, porque se lo dirán a mi marido y mi objetivo es que sienta lo mismo que yo en este tiempo que no ha estado —contestó—. Cuando regrese, si lo hace algún día —comentó de forma sarcástica —, solo díganle que me he marchado y no sé cuándo vaya a volver.

Los criados la miraron con los ojos muy abiertos, en silencio. Intentaron advertirle de que esta decisión no le iba a gustar mucho al duque, pero a Eleanor no le importó.

La duquesa de Bedford partió al alba hacia Londres cargada con ropa suficiente para pasar el resto de la temporada en la ciudad. Solo iba acompañada de su doncella y tres lacayos que conducían el carruaje de su marido.

Durante todo el trayecto Eleanor permaneció con los ojos cerrados. En estas tres semanas había llorado mucho, en especial los dos últimos días tras todo lo que descubrió sobre el incendio que vivió James, pero se juró que no lo haría más o enfermaría. El duque no se lo merecía. Le había confesado que lo amaba y su reacción fue

marcharse y dejarla sola, por lo que había decidido alejarse para tratar de olvidarlo. Era su marido y aquello sería para siempre, pero tenían un pacto y pensaba poner en práctica cada palabra que James estableció. Cada uno haría su vida por separado, pues ella iba a empezar a hacerla. Le gustaba el campo y disfrutaba mucho en este, pero también se había dado cuenta de que necesitaba a su familia, cariño y amor. No podía vivir como James, alejada de las personas sin relacionarse con nadie. Así que admitió que así sería su vida de ahora en adelante. Viajar para pasar días con sus padres y hermanos y estar sola en el castillo, viendo a James aparecer y desaparecer. Le había quedado claro que algo entre ellos era imposible. El duque tenía demasiados complejos, miedos y asuntos del pasado que no lo dejarían vivir. Había intentado cambiarlo, ofrecerle su ayuda. Llegó a pensar que amándolo cambiaría, pero, tras su partida y su ausencia prolongada sin saber nada de él le quedó más que claro que no le importaba.

Cuando la duquesa de Bedford llegó a Norfolk House por sorpresa, antes de bajarse del carruaje, sintió una gran opresión en el pecho y felicidad a la misma vez. Aquella había sido su casa durante muchos años. La recordaba desde pequeña. Se escondía para ver salir a sus padres a los bailes. Siempre admiraba los vestidos de la duquesa de Norfolk y se decía que algún día sería como ella. Ahora era duquesa y se sentía muy en desventaja con respecto a su madre, y comprendió que no radicaba en el título, sino en el hombre que te amaba. Desde que James se marchó se preguntó infinidad de veces por qué no la quería. ¿Qué le desagradaba de ella? Eleanor se había enamorado mucho más de su marido tras enseñarle su espalda quemada y la cicatriz de su rostro. Sus heridas demostraban el paso de la vida por él, todo lo que había sufrido y superado. ¿Cómo podía pensar que sentiría asco?

Eleanor fue recibida por los criados de Norfolk House. Estos avisaron a la duquesa madre y Elizabeth bajó las escaleras corriendo. Tenía muchas ganas de ver a su hija y su presencia era toda una sorpresa que no esperaba.

—¡Qué alegría! ¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? ¿Y tu marido? —preguntó al verla aparecer sola, entre abrazos y besos.

—Tenía muchas ganas de veros a todos. Os extraño mucho. James… ya sabes, él no sale nunca de sus propiedades ni le gusta Londres —lo excusó cuando apreció que Elizabeth buscaba a su marido con la mirada. No le gustaba mentirle, pero no podía contarle su pacto con el duque—. Le pareció bien que viniese unos días a casa de mi familia y pasase tiempo con ellos. Dime que llego a tiempo de asistir al baile que organizas todos los años —apremió a su madre con ilusión.

—Claro que sí. Es a finales de la próxima semana y tu llegada me viene muy bien para que me ayudes con todo. Incluso estamos a tiempo de confeccionarte un vestido increíble acorde con tu condición de duquesa —manifestó Elizabeth ilusionada.

Eleanor volvió a abrazar a su madre con lágrimas en los ojos. Se alegraba mucho de verla. Juntas caminaron hacia el interior de la casa.

—¡Chicos, venid! ¡Mirad quién ha llegado! —Alzó la voz la duquesa madre.

Sebastian y Sylvester bajaron corriendo las escaleras y se abrazaron a su hermana.

—Tu padre salió temprano —le informó—. Pero cuando llegue se va a llevar una gran sorpresa. ¡Qué alegría que estés aquí! —Elizabeth abrazaba a su hija con lágrima en los ojos también muy emocionada—. Suban las cosas de la duquesa a su cuarto —ordenó a los sirvientes.

—¿Y tu marido? —se interesó Sebastian al verla sola.

—No le gusta Londres ni verse rodeado de gente —lo excusó—. Y yo tenía muchas ganas de veros. —Se abrazó a sus hermanos—. ¿Qué tal va la temporada y todo por Londres? —preguntó a su familia, sentados a su alrededor en el salón.

—Agotadora —susurró Elizabeth—. Creo que me hago mayor.

—Aburrida. Deseando volver al campo —se quejó Sebastian.

—Muy interesante —susurró Sylvester con una sonrisa traviesa. Era un calco de su padre en todos los aspectos, su hermana no dudó en que tendría una larga cola de pretendientas.

De repente, el duque de Norfolk apareció y su hija corrió hacia él para abrazarlo y besarlo.

—¿Por qué no has avisado de que venías? —preguntó algo serio.

—Quería que fuese una sorpresa.

—¿Y tu marido? —inquirió al no verlo a su lado.

—He venido sola.

El duque asintió en silencio, pensativo. Chasqueó la lengua y volvió a abrazar a su hija. Se alegraba de su visita.

—Mañana es el baile de los duques de Somerset, nuestros amigos, ¿quieres acompañarnos? Seguro que estás deseando de ver a Caroline, aunque su hija es tres años más pequeña que tú siempre os llevasteis muy bien —le propuso Elizabeth.

Eleanor se quedó callada.

—Vamos, hermanita. Llega al baile del brazo de tu hermano —la animó Sylvester.

—Si no tienes un vestido adecuado te puedo dejar uno de los míos —le ofreció su madre.

La duquesa de Bedford se quedó en silencio y asintió. Le apetecía ir a ese baile esta noche acompañada de su familia. Bastante tiempo había pasado ya sola. Le apetecía socializar.

Eleanor se instaló en la habitación que siempre había sido la suya en la residencia de Londres y cuando estuvo a solas suspiró, pero al mismo tiempo se dijo que ahora era una duquesa y no debía dudar de sus actos.

A la mañana siguiente su madre la convenció de que visitasen a la modista para que comenzase a confeccionarle un vestido increíble para el baile de sus padres. Eleanor escogió una tela en gris perla, como el color de sus ojos, con motivos plateados.

—Añada un antifaz de la misma tela —le indicó Elizabeth a la costurera. Su hija la miró extrañada y le aclaró a la salida de la tienda—: Este año pensé en un baile de máscaras. Envié la invitación al castillo esperanzada en que tu marido sopesase la idea de asistir con su esposa y no se viese en desventaja ante los asistentes.

—No he recibido la tarjeta —susurró pensativa.

—Iba a nombre del duque —especificó su madre y Eleanor presagió que estaría entre toda la correspondencia que su marido

había recibido en su ausencia. Denzel la colocaba a diario sobre la mesa de su escritorio—. Por lo que veo no te dijo nada.

—Seguramente no la abrió —lo excusó.

—¿Cómo va tu matrimonio? —se interesó Elizabeth. Era una pregunta que había querido hacerle desde que la vio aparecer. Conocía bien a su hija y sabía que libraba una batalla interna que no exteriorizaba.

—Adaptándome —susurró ya en el carruaje de vuelta a casa.

—Puede ser un poco complicado al principio —le indicó su madre. Recordó sus comienzos con Sylvester y sonrió—. Pero, con el tiempo, todo se vuelve maravilloso.

—James es complicado —murmuró Eleanor.

—Tu padre también. Puede que no llevase una máscara en su cara, pero tenía muchas cosas que no me contaba y no lograba entenderlo. Pero, poco a poco, nos abrimos el uno al otro y nos juramos que nunca tendríamos más secretos. Desde ese momento fuimos inmensamente felices. Es cuestión de tiempo, mi vida.

La duquesa madre abrazó a Eleanor y rogó que el duque de Bedford amase algún día a su esposa como su duque de Norfolk la amaba a ella.

Capítulo 23

La duquesa de Bedford hizo una entrada triunfal del brazo de su hermano mayor al baile de los duques de Somerset. Nadie la esperaba y al mismo tiempo todos buscaban a su esposo ante su aparición, pero ella se dedicó a decir que el duque no se encontraba bien. Era sabido en Londres que James nunca asistía a bailes ni reuniones, pero no pensaba decir que su marido era un antisocial y mucho menos que no sabía ni dónde se encontraba en esos momentos. Era algo que lo guardaba en exclusiva para ella.

La duquesa de Bedford fue una gran expectación durante todo el baile. Todos los invitados la saludaron y se interesaron por el duque. Le agradeció a su hermano Sylvester que acudiese en su ayuda en más de una ocasión y la sacase a bailar para no tener que soportar comentarios incómodos sobre la ausencia de su marido o su precipitado matrimonio.

Al final de la noche, por fin, Eleanor se pudo reunir con su amiga Caroline a solas en la terraza. Ambas se abrazaron y la hija de los duques de Somerset le manifestó sus ganas de casarse. Le hizo muchas preguntas a la duquesa de Bedford, era muy curiosa, sin embargo, esta no se las pudo contestar porque solo había vivido un beso con su marido.

—Ya te has vuelto como ellas —se quejó Caroline—. ¿Es algo que va con el título? Siempre hemos hablado de forma abierta de todo. Necesito que alguien me informe de primera mano cómo es la vida de casada con un hombre. Eso no se lo puedo preguntar a mi madre y eres la primera amiga que ha contraído matrimonio.

—Es algo que ya descubrirás —susurró Eleanor.

—No te veo tan feliz como nuestras madres —subrayó.

—Llevo poco tiempo casada. Es un proceso —excusó.

—Dicen que tu marido nunca muestra su rostro —comentó en un murmuro Caroline.

—A mí me basta ver sus increíbles ojos azules, casi transparentes.

—He escuchado decir que es un monstruo. Mató a toda su familia en un incendio para quedarse con el título de duque. Tenía un hermano mayor —reveló Caroline con los ojos muy abiertos.

—James nunca haría eso —lo defendió de inmediato—. Es bueno y generoso.

—Dicen que no tiene corazón.

—Yo sé que sí lo tiene, y con eso me basta.

—¿No te da miedo un hombre como él? —se atrevió a preguntar.

—No. Lo amo —reveló con el mentón alto y con orgullo. Si vociferar a los cuatro vientos que amaba a su marido servía para aplacar la fama de monstruo y hombre sin corazón que tenía, lo haría. James era una persona buena, pese a las diferencias entre ellos en esos momentos porque no lograba entenderlo. Su esposa era una mujer agradecida que no olvidaba todo lo que su marido había hecho por ella en las dos ocasiones en las que la salvó.

Eleanor regresó a casa junto con sus padres, estaba muy cansada. Su hermano se quedó más tiempo en el baile. Cuando se acostó en la cama y cerró los ojos sentía que quería dormir una eternidad, le pesaba todo el cuerpo, sin embargo, tardó horas en conciliar el sueño pensando en la información que Caroline le había dado y que estaba segura manejaría medio Londres. No le gustaba que pensasen así de su marido. James era una persona buena, solo había que mirarlo bien a los ojos.

Los siguientes días que la duquesa de Bedford permaneció en Londres en casa de sus padres no asistió a ningún baile más pese a que estos y su hermano mayor sí lo hicieron. No deseaba que le siguiesen preguntando por su marido. Cuando su hermano y sus padres se marchaban ella se quedaba con Sebastian y hablaron mucho. Una noche este le confesó que su marido tenía una casa en Londres en la cual vivían su tía y su primo. Información que Eleanor desconocía. Pensaba que James no tenía familia.

Sebastian también le contó a su hermana que había visto al duque en Londres hacía un par de semanas y desde entonces se estaba reformando su casa en la ciudad.

—¿Y su familia? —se interesó.

—No lo sé. La mansión está en reformas. No hay nadie.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con interés.

—Porque entré y solo había sirvientes que cambiaban alfombras, cortinas y muebles. Solo pude averiguar que eran órdenes del duque y que los cambios se debían a que las personas que vivían ahí se habían marchado lejos.

—¿Y James aún está en Londres? —preguntó con miedo.

—¿No estabas con él en el castillo? Eso dijiste cuando llegaste. Lo vi la semana pasada bajarse de su caballo y entrar en la mansión, pero él no me vio.

—No —admitió y lo miró con pena. No podía seguir mintiéndole a su hermano—. Júrame que no le vas a contar nada de esto a nadie —le rogó con tristeza y Sebastian asintió—. Hace más de tres semanas que no sé nada de mi marido. Tuvimos una fuerte discusión y se marchó del castillo —le reveló Eleanor.

—¿Te hizo algo? —preguntó con una mirada ardiente.

—No. James tiene mucho carácter, pero sería incapaz.

—Si te pone una mano encima lo mato —susurró Sebastian mirándola con desconfianza por si no se atrevía a contarle la verdad del todo.

—Quédate tranquilo. No le temo porque sé que jamás me haría nada malo. Lo conozco bien pese a que llevemos poco de casados.

—¿Tiene una amante? —preguntó Sebastian con naturalidad. Necesitaba averiguar a qué se debió esa fuerte bronca entre el matrimonio.

Su hermana lo miró con los ojos muy abiertos. No había contemplado esa posibilidad.

—Lo ignoro. Me cansé de estar sola en el castillo y decidí venir a Londres por unos días. Os echaba de menos —susurró con congoja.

—Y yo a ti, Eleanor. —Sebastian se abrazó a ella y sintió cómo la duquesa se aferraba a él.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma? En lo que sea, siempre me vas a tener. Y si algo es tan malo como para ocultárselo a nuestros padres, me lo dices. No sería la primera vez que lo hacemos —le ofreció mostrándole una sonrisa cómplice a la vez que le guiñaba un ojo.

—Guárdame el secreto que te acabo de contar y se mi cómplice. Si te enteras de algo relacionado con mi esposo, por favor házmelo saber solo a mí.

Sebastian asintió pensativo. Su hermana era una mujer bellísima por fuera y por dentro, no entendía cómo el duque podía abandonarla tanto tiempo. No iba a encontrar a una mujer mejor que ella.

Capítulo 24

James regresó al castillo en su caballo y cuando entró en casa y miró a Denzel y Holly supo que algo grave sucedía. Los sirvientes no dijeron nada. Lo recibieron en silencio y esperaron a que fuese el duque quién preguntase algo.

—¿Qué sucede? —inquirió de forma abrupta, exasperado por las caras de estos. En un principio creyó que se trataría de una regañina por su prolongada ausencia sin decir dónde estaba, pero luego dedujo que se trataba de algo más.

—Excelencia, la duquesa se ha marchado —le informó Denzel, cabizbajo, sabiendo que esto provocaría un enfado en el duque.

—¿Dónde ha ido? —preguntó con calma.

—No nos lo dijo. Se ha llevado varias maletas consigo. La acompañó su doncella y tres criados. Partió en su carruaje.

James suspiró con fuerza, se revolvió el pelo inquieto y se paseó nervioso ante la atenta mirada del mayordomo y el ama de llaves.

—¿Cuánto hace que se fue? —inquirió alzando la voz, alterado.

—Casi una semana —susurró Holly.

El duque lanzó un fuerte improperio y maldijo por lo bajo.

—Y la dejasteis marchar… —los acusó.

—Excelencia no podíamos hacer nada —susurró Denzel.

—¡Avisarme antes! —bramó abriendo los brazos.

—Permítame recordarle que no dijo dónde estaba —manifestó el mayordomo.

—¿Dónde iba a estar? En Londres —bramó de nuevo—. Poniendo mi vida en orden, haciendo lo que debí hacer hace años. —Denzel y Holly lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Señor… Su tía y su primo… —susurró Holly.

—Se acabó. No pienso mantenerlos más. Estoy cansado. Y ahora tengo una esposa y no voy a permitir que me sigan considerando un

monstruo que mató a su familia.

James se dio media vuelta, se encaminó hacia su despacho y le indicó a Denzel:

—Que me preparen el carruaje. Me marcho en una hora.

—Señor, ¿puedo preguntarle a dónde? —se atrevió Denzel. El hecho de ser la persona que le salvó la vida le daba ciertas concesiones.

James suspiró, exasperado.

—A buscar a mi mujer. No voy a permitir que esté lejos de mí ni un día más.

El duque revisó la correspondencia atrasada en su despacho, se tomó un café bien cargado y se encaminó hacia la propiedad de la tía de su esposa. Estaba seguro de que Eleanor se había marchado con ella.

Con los ojos cerrados mientras el carruaje entraba en la propiedad de los Bronson, James se sentía agotado tras su viaje desde Londres y ahora tener que lidiar con su mujer, pero Eleanor iba a volver con su marido por las buenas o por las malas. No pensaba permitirle que lo abandonase. Estaban casados y eso no iba a cambiar.

Cuando Rose, sentada en su salón con su perrito sobre las piernas, recibió al duque lo miró con cariño y tal expresión no le pasó por alto a James, que le dedicó una sonrisa amable.

—Ven a darle un beso a esta vieja —lo animó con los brazos abiertos—. Debo felicitarte por el matrimonio con Eleanor, te llevas a la mejor mujer que hayas podido encontrar. —James abrazó a Rose, que no se levantó por sus dolores de lumbago—. Me alegro tanto de verte —susurró mirándolo a los ojos—. ¿Qué te trae por aquí? —se interesó la mujer.

El duque la miró extrañado ante su pregunta.

—¿Eleanor no está aquí? —preguntó con sorpresa.

—No. Hace dos semanas que no me visita. ¿Has perdido a tu esposa? —le preguntó mirándolo a los ojos. La ventaja de sus ojos tan claros enmarcados por el antifaz negro era que si lo mirabas bien podías presagiar sus intenciones y hasta sus pensamientos.

James chasqueó la lengua y terminó sentándose junto a Rose, se sentía muy cansado.

—Discutimos —susurró.

—Bueno… es normal en las parejas. Lo que no lo es tanto es que no sepas el paradero de tu esposa —sintió que le estaba regañando.

—No es fácil —susurró con pesar.

—Creo que Eleanor sabe desde que contrajo matrimonio contigo que no sería fácil. Ella es una mujer fuerte y decidida.

—Lo sé. Y bellísima —murmuró.

—¿Estás enamorado de ella? —inquirió con curiosidad. A su edad se le permitían ciertas licencias y preguntas personales.

James se quedó en silencio, pero, de inmediato, supo que no le podría mentir.

—Sí —confesó con pesar.

—¿Y cuál es el problema? —se interesó la mujer.

—El problema soy yo. —Rose lo miró con el ceño fruncido—. ¿No me ves?

—Yo solo veo a un hombre bueno que salvó a mi sobrina en su castillo y se casó con ella. Del que siempre Eleanor me ha hablado maravillas y por el cual se presentó en mi casa un día antes del amanecer para conseguir unas hierbas para curarte un fuerte dolor de cabeza. Tu esposa te ama —le reveló con una sonrisa, mirándolo con atención.

El duque asintió en silencio.

—Lo sé —susurró.

—Sigo sin entender la situación —comentó Rose mirándolo con atención.

—Es complicado, pero pienso remediarlo.

—Bien, eso esperaba de un gran duque como tú —dijo con una amplia sonrisa—. Te daré un consejo, ella no es como el resto de las mujeres. Pasarás casado con mi sobrina años y nunca dejará de sorprenderte, si no, puedes poner en común este tema con el duque de Norfolk, mi sobrina Elizabeth es igual que su hija. Suerte, James. Pero ten en cuenta que Eleanor Ashford siempre será tu mayor tesoro en esta vida.

—Gracias —le indicó de forma gentil.

—Permíteme un consejo más; busca a tu esposa en Londres. Eleanor debe de estar con su familia.

—Lo haré.

—La próxima vez que me visites quiero que vengas con tu esposa de la mano y el amor rebose entre vosotros. —James asintió a sabiendas de que tenía un gran reto por delante—. Otra cosa, duque. Espere que le voy a dar más hierbas para sus dolores de cabeza. Creo que las va a necesitar.

Rose llamó a un sirviente y le ordenó que le trajese un bote en concreto de su cocina.

—Gracias —le indicó antes de marcharse con el remedio en sus manos.

—No me las dé. Siempre te aprecié, y a tu familia. Sé que Eleanor no podría haber encontrado a un hombre mejor que tú. Hazla muy feliz, es una orden. Ambos os lo merecéis.

Le sonrió y el duque se marchó. Emprendió directamente camino de nuevo, muy contrariado, por tener que volver a Londres, pero, al menos, contaba con que su esposa estuviese allí con su familia.

James llegó directo a su casa en Londres y mandó a averiguar el paradero de su esposa en Norfolk House. En cuestión de horas le confirmaron que su duquesa se encontraba allí desde hacía una semana y que había asistido a un baile de temporada junto con su familia. También le informó el detective que contrató que esta noche era el baile que organizaban todos los años en la mansión de los duques de Norfolk, una fiesta con máscaras.

El duque de Bedford sintió que todo en Londres jugaba a su favor. Por una vez en la vida la suerte le sonreía. Solo esperaba que su esposa no hubiese revelado el pacto que hicieron a su padre y se empeñase en anular el matrimonio ya que este no se había consumado. No lo pensaba permitir. Eleanor era suya para siempre.

Capítulo 25

Eleanor se admiraba frente al espejo antes de colocarse la máscara para el baile de esta noche en su casa. El vestido era increíble, digno de una duquesa, como con el que siempre soñó asistir a un baile de temporada. Solo que en sus sueños siempre iba acompañada de un hombre que la amaba y en este acudiría sola y sería la comidilla de todos nuevamente. Su hermano Sylvester ya se había encargado de manifestarle que existía todo tipo de rumores sobre su presencia sola en Londres, y eso que solo había acudido al baile de los duques de Somerset.

La duquesa de Bedford decidió no hacerles caso a esos cotilleos, sin embargo, deseó que llegasen a oídos de su marido. Estaba segura de que no le afectarían en absoluto porque tenían un matrimonio pactado, pero ella llevaba su nombre y estaba segura de que no le iba a gustar que se dijese en la alta sociedad que no cuidaba de su mujer.

Comenzó a colocarse el antifaz y, una vez con los ojos cubiertos y casi medio rostro, Eleanor sintió como debería vivir su marido tras el suyo llevándolo tantos años. Se admiró de nuevo en el espejo y se dijo que era perfecto para aquella noche. Al baile de su madre asistirían muchas personas, casi todos habían confirmado su asistencia y sentía que tras la máscara que llevaba estaba más protegida de miradas incómodas y habladurías, pese a que todo el mundo sabría que era la duquesa de Bedford. Tenía unos ojos grises tan grandes y expresivos que era difícil esconderlos ni pasar desapercibidos.

Unos toques en la puerta hicieron que la duquesa saliese de sus pensamientos y se encontró con la admiración en los ojos de su madre tras un antifaz color granate. La duquesa madre llevaba un vestido espectacular del mismo tono que su máscara. Sus ojos

verdes relucían como dos candiles y Eleanor la admiró. Pese a los años Elizabeth seguía siendo una mujer muy bella.

El duque de Norfolk apareció tras su esposa y dijo admirando a su hija:

—Me siento muy afortunado de celebrar un baile de temporada en Londres y que las dos duquesas más bellas que asistan sean de mi familia. Hoy voy a ser un hombre muy envidiado —reconoció con orgullo, embobado en ambas mujeres.

Los duques recibieron del brazo a sus invitados y los acompañaron sus tres hijos, al ser en su casa le permitieron a Sebastian asistir.

Todos los asistentes esperaban ver al duque de Bedford, pero su esposa estaba sola y Eleanor podía sentir las miradas y los cuchicheos a sus espaldas. Se dijo que era algo con lo que tendría que aprender a vivir. James jamás asistiría a un baile con su esposa y estaban casados para siempre. Ella solo tenía veinte años y no pensaba renunciar a su familia. Tras el tiempo sola en el castillo los valoró muchísimo más.

En mitad de la noche, el duque de Norfolk salió a tomar el aire con varios caballeros y observó la llegada del carruaje con el escudo del marido de su hija. Se disculpó con las personas que hablaba y se encaminó hacia el faetón. James se bajó de este vestido de negro y con su habitual antifaz colocado en su rostro, solo que esta noche no llamaría la atención ya que iría como el resto de los presentes.

—Duque de Bedford, qué sorpresa —lo recibió Sylvester.

—Duque de Norfolk —susurró James, usando su título, como había hecho su suegro en actitud distante.

—Eleanor no me dijo que fuese a asistir al baile esta noche —comentó.

—No me espera —reveló en tono seco.

—¿Sucede algo? —se interesó Sylvester. Si entre su hija y su marido pasaba algo que desconocía deseaba saberlo.

—Vengo a buscar a mi mujer. Medio Londres habla de que se pasea por los bailes sola y que no me importa —susurró, contrariado.

—¿No eras conocedor de que llegó a Londres para asistir a los bailes de temporada? —preguntó Sylvester con sorpresa.

—No. Llevo unas semanas fuera del castillo resolviendo algunos asuntos y cuando he regresado los sirvientes me informaron de que mi mujer había decidido venir a Londres sin decirme nada —manifestó enfadado, mintiéndole en lo último.

—Pasé por la misma situación con Elizabeth —susurró el duque con pesar—. Al parecer, de tal palo… —James miró a su suegro en silencio—. ¿Quieres un consejo? —se atrevió a plantearle el duque de Norfolk.

Su yerno suspiró. Exasperado. Hacía dos días que no dormía nada, desde que llegó al castillo y le informaron de la partida de su esposa. Ignoraba si se había marchado para siempre o solo había ido a ver a su familia, pero esto no se lo pensaba de decir a su padre.

—Igual me resulta de ayuda —comentó algo indiferente James. Se encontraba en una situación complicada.

—El comienzo entre Elizabeth y yo no fue fácil. Algún día te contaré la historia con detalles, con una copa en nuestras manos mientras mis nietos juegan en la alfombra —comentó con una sonrisa—. Eleanor es una mujer única, como su madre, creo que de ello ya te has dado cuenta, porque ambas tienen el don de meterse en el corazón de las personas y adueñarse de ellos. Tienes la gran suerte de que Eleanor es tuya, y ella salta a la vista que, pese a como se dio vuestra boda, te quiere. Se ha enamorado de ti como mi esposa lo hizo de mí. Somos dos duques difíciles, complicados y con un pasado que nos pesa en las espaldas. Mi mujer asistió a bailes para llamar mi atención, y lo consiguió, me arrastró a Londres. Y aquí estás tú. Si amas a mi hija te dejaré pasar y que actúes como quieras hasta que resolváis vuestras diferencias, si no la amas y vienes con otras intenciones márchate por dónde has venido porque te aseguro que tu esposa tiene un padre al que no le importará que ahora seas su marido —le advirtió el duque con una mirada desafiante.

James tomó una bocanada de aire, en parte aliviado porque Eleanor no le hubiese planteado a su padre la verdadera situación

por la que pasaban, lo miró en silencio y finalmente suspiró.

—Daría mi vida por Eleanor —confesó con valentía—. La amo.

Sylvester le dedicó una amplia sonrisa, se hizo a un lado y susurró:

—Suerte.

El duque de Bedford asintió y pasó por su lado encaminándose a la entrada de la mansión.

Hacía años que James no asistía a un lugar con tanta gente. Cuando se vio rodeado de esa cantidad de personas sintió como si le estallase la cabeza ante el ruido y las miradas que comenzó a sentir de golpe sobre él. El duque de Bedford era un hombre muy alto, atlético y con unos ojos impresionantes que no pasaban desapercibidos. Los que lo conocieron hacía diez años lo reconocieron al instante. James había sido un hombre que dio qué hablar cuando se codeaba con la alta sociedad porque le encantaban los bailes, los clubs y las mujeres.

Tras lo sucedido con su familia ya nunca más nadie lo vio. Todo lo que existía sobre él eran leyendas. En esos momentos el duque de Bedford captaba toda la atención del baile. La mayoría de las miradas se habían girado hacia su persona mientras que los ojos de James buscaban solo a una, la de su mujer.

Alertada por el cuchicheo de la gente que tenía alrededor Eleanor levantó la cabeza, paseó sus ojos por el amplio salón y cuando se encontró con su marido de frente, a cierta distancia, sintió que se mareaba. No sabía si era real o una mala jugada de su imaginación, pero los ojos de James eran únicos, su estatura y su cuerpo. Iba vestido de negro, como siempre y llevaba su máscara.

Cuando el duque de Bedford encontró a su mujer se acercó a ella con paso decidido sin mirar a su alrededor ni importarle nada más. Eleanor lo observaba rodeada de varios amigos mientras temblaba, pero no quería hacerle patente su nerviosismo. Lo miró con el mentón alto y agradeciendo llevar su antifaz también, de esa forma ocultaba parte de lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—James —susurró con un leve hilo de voz Eleanor cuando lo tuvo cerca. Él la taladraba con sus penetrantes ojos azules.

—Duquesa —murmuró mirándola con atención. Se hizo un tenso silencio entre ambos. Todo el salón de la mansión Norfolk estaba pendiente de ellos. De repente, los acordes de un vals comenzaron a sonar y James sintió que no podía desaprovechar la situación, se decía que la música amansa a las fieras y su esposa lo miraba como una verdadera fiera—. ¿Quiere bailar con su marido? —propuso extendiéndole la mano.

Eleanor dudó en un principio, paseó la mirada por el salón y se dio cuenta de que todos estaban pendientes de ellos. Su madre no se merecía un escándalo en su baile, siempre se hablaba de este como el mejor de la temporada, por ello le tomó la mano a su esposo con miedo, no sabía con qué intenciones había llegado y esto la desconcertaba. Él la agarró con fuerza y caminaron juntos hasta el centro de la pista de baile. El duque tomó a su esposa por la cintura y susurró en su oído:

—Hace diez años que no bailo, por favor, guíame.

Eleanor lo miró extrañada por la sonrisa que le dedicaba y aparente amabilidad.

—¿Qué haces aquí, James? —preguntó mirándolo a los ojos mientras su cuerpo temblaba al tenerlo tan cerca e ignorar sus intenciones. Cuando su esposo entró en el salón lo sintió muy enfadado, pero en estos instantes lo notaba relajado, y esto la desconcertaba.

—Bailar con mi mujer, creo que es evidente —comentó.

—Sabes a qué me refiero —especificó Eleanor, enfadada.

—Creo que debemos hablarlo en privado. Por el momento que todos los invitados al baile de tu familia disfruten viéndonos juntos y acabamos con tantos rumores. Somos todo un espectáculo.

—Tengo un marido que causa mucha expectación —comentó con cierto retintín, y James pudo apreciar en el tono de su voz que estaba enfadada con él.

—En estos días que llevas sola en Londres tú te has encargado de avivarla —contraatacó.

—Te fuiste sin decir nada del castillo y no supe nada de ti en semanas —le reprochó.

—Y decidiste pagarme con la misma moneda.

—Igual hasta me tenías muy cerca. ¿Estás redecorando tu mansión en Londres para vivir aquí con una amante? —le espetó de golpe, con una mirada encendida.

James recibió sus palabras como un tiro. Se quedó impactado. No contaba con que ella manejase la información de que había estado antes en su casa de Londres.

—No —contestó de forma seca y cortante—. Regresé al castillo hace dos días y me encontré con la noticia de que te habías marchado sin decir dónde —le reprochó.

—Ahora sabes lo que se siente —le espetó de golpe, dirigiéndole una mirada hiriente—. No sé qué haces aquí. No pienso volver al castillo por ahora. Me voy a quedar el resto de la temporada en Londres con mi familia —le dejó patente.

—Ya veo que nuestra charla será larga esta noche —susurró el duque con pesar.

—No voy a volver al castillo hasta que termine la temporada y para eso aún faltan algunas semanas —recalcó, por si no le había quedado claro.

—Ya lo hablaremos luego —comentó con la vista al frente mientras se movía por la pista de baile con facilidad, consciente de que todos estaban pendientes de ellos.

Tras finalizar el vals James tomó a su esposa con posesión por la cintura y le susurró cuando ella iba a alejarse de él:

—¿Dónde crees que vas? —La obligó a permanecer a su lado.

Por suerte, los hermanos de Eleanor y sus padres se acercaron para saludar a James. El duque sintió que su cuñado pequeño lo miraba con recelo. Se preguntó si sería conocedor del pacto que tenía con su mujer. Luego lo hicieron varias personas más a las que el duque de Bedford se vio en la obligación de charlar un poco con ellos, pero retuvo en todo momento a su esposa a su lado.

Cuando los duques tuvieron un respiro James tiró de la mano de su mujer y se dirigió con ella a un lugar más reservado, entraron en el despacho del duque de Norfolk. Necesitaba privacidad absoluta y que nadie los interrumpiese para lo que le tenía que decir a su mujer.

—Me has vuelto loco por completo con tu marcha a Londres, Eleanor —le reprochó una vez ya a solas.

La duquesa se deshizo del contacto de su marido y se agarró al respaldo de una silla, fijando sus ojos en los jardines que tenían delante a través de los cristales.

—Yo sentí lo mismo con la tuya, pero yo te confesé que te amaba. Tú no sientes nada por mí. ¿A qué se debe tu presencia esta noche aquí?

—He venido porque tenemos un pacto. Eres mi esposa —le recordó de forma tajante.

—Lo sé. Y desde que estoy en Londres en todo momento me he comportado como tu duquesa, no he hecho nada de lo que puedas avergonzarte ni recriminarme como para que te presentes aquí —susurró dándole la espalda. Su corazón latía con tanta fuerza que no quería que descubriese que pese a su rechazo solo lo amaba más cada día—. Tampoco le he contado a mi familia el pacto que hicimos —reflejó.

James asintió y respiró con tranquilidad sin que ella pudiese verlo. Se acercó a su esposa y posó las manos en su cintura. Ante su contacto ella se estremeció. No lo esperaba tan cerca. El duque la abrazó y se permitió darle un beso en el cabello que emocionó a Eleanor, que no lo rechazó. Anhelaba tanto tenerlo cerca…

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurró el duque en una especie de plegaria—. Has puesto mi vida patas arriba desde que apareciste en mi castillo.

—Lo siento mucho. Igual debí morir al caerme del caballo y ambos no estaríamos pasando por esto por mi culpa.

James giró a su esposa para mirarla a los ojos sin romper el abrazo.

—No digas eso —susurró cerrando los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —admitió de frente.

—¿Y por qué me alejas de ti? —le reprendió, sin comprenderlo.

—Porque no podría soportar tu rechazo —admitió mirándola a los ojos.

—Nunca lo has tenido —le recordó con ímpetu—. Desde que me enseñaste tu rostro y tu espalda para asustarme te amé más, y

desde que estoy en Londres he escuchado cosas horribles sobre ti que no he creído. No pienso que seas un monstruo que quisiese matar a su familia para heredar el título y la fortuna —le espetó de golpe de forma enérgica.

James tragó con dificultad y sacudió la cabeza.

—No sé qué he hecho para merecerte —susurró en una especie de lamento.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió Eleanor de frente, la situación entre ellos la sobrepasaba. No sabía a qué se debía su presencia esa noche ni qué quería realmente.

—Que seas mi mujer —reveló mirándola a los ojos.

—Ya lo soy —respondió de inmediato.

James se quedó en silencio, carraspeó, nervioso, y dijo:

—En todos los sentidos de la palabra —confesó de frente mientras tragaba con dificultad.

Capítulo 26

—¿Estamos renegociando nuestro pacto? —inquirió Eleanor con sorpresa.

—Te estoy exponiendo lo que yo quiero. Ahora dime qué deseas tú. Hasta donde recuerdo me pediste que te besara y que tuviésemos un hijo —le recordó.

—Yo solo deseo a un marido que me ame y seamos felices creando una familia. Es lo que siempre soñé —susurró con emoción —. Pero, tranquilo, que ya sé que contigo es algo imposible. He tomado conciencia de ello tras confesarte mis sentimientos y que desaparecieses.

—Igual nunca soñaste con un marido como yo.

—Ni tú con una esposa como yo.

Ambos esbozaron una amplia sonrisa y se miraron en silencio.

—Te amo, Eleanor —confesó de golpe, dejándola impactada—. No sé cómo te colaste en mi corazón —admitió—. Te alejé de mí porque no quería causarte miedo o asco —manifestó con pavor. —Tú eres tan bella y perfecta…

—¿Y por qué no puedes creer que tú lo eres para mí? —preguntó con lágrimas en los ojos, emocionada ante su confesión—. Me importa lo que llevas en el corazón, y sé que eres un hombre bueno y generoso. Me has salvado dos veces, y la última de ellas antepusiste tus miedos a mi bienestar sin pensarlo. Además, te quedaste a mi lado —le recordó.

James la acercó más a ella. Sus respiraciones se alteraron mientras se miraban a los ojos fijamente y al final la besó. No pudo resistirlo. Apenas comenzó a rozarle los labios cuando fueron interrumpidos por los duques de Norfolk, que entraban al despacho abrazados y sonrientes.

—Perdón —se disculpó Sylvester de inmediato, pese a estar en su casa y encontrarse a su hija en aquella situación no dijo nada, era su marido y se alegró de verlos así.

Eleanor dio un paso atrás, alejándose de su marido, sin saber cómo actuar ante aquella incómoda situación, miró a sus padres y suspiró con un gesto de disculpa.

—Creo que es mejor que nos retiremos —susurró James dando un paso hacia su esposa y tomándola por la cintura.

Elizabeth miró a su hija con una sonrisa intencionada y Sylvester asintió a las palabras de su yerno. Eleanor se encontraba avergonzada por la situación, sin embargo, a su marido parecía que no le había afectado aquella interrupción.

—¿Quiere que acondicionemos otra habitación más cómoda para su estancia? Eleanor se queda en su cuarto de soltera —le ofreció Elizabeth con amabilidad.

—No. He reacondicionado y redecorado mi mansión en Londres. Mi esposa y yo nos marcharemos allí. Por favor, que mañana a primera hora envíen todas las pertenencias de mi mujer —le pidió a su suegra.

Eleanor lo miraba en silencio sin entender nada. Le había dicho que la amaba, pero, por el momento, entre ellos no había cambiado nada. No sabía qué esperar de su marido, sin embargo, no protestó. Iría con él a su casa, sentía curiosidad por conocerla y consideraba que tenían que hablar.

La duquesa de Bedford se despidió de sus padres y salió del brazo de su marido del baile bajo la atenta mirada de las personas que aún estaban allí. Se montaron en el carruaje del duque y cuando volvieron a estar solos James le indicó:

—Mi casa está cerca.

—¿Vas a quedarte en Londres? —se interesó mientras lo miraba con atención, retorciéndose las manos, sin saber qué esperar.

—No lo sé. Todo dependerá de mi esposa. Es una mujer impredecible que me desafía y desobedece cuando menos lo espero —susurró esbozando una sonrisa que Eleanor no supo cómo tomar.

—¿Qué es lo que quieres, James? —preguntó de forma directa.

—Ya te lo he dicho, cambiar nuestro pacto. Que seas mi mujer en todos los sentidos. ¿Estarías dispuesta o en este tiempo alejados me has dejado de amar? —inquirió con miedo.

A Eleanor se le alteró la respiración. Un nudo se le instaló en la garganta y negó con un gesto que el duque no entendió muy bien.

—¿No quieres cambiar nuestro pacto o no me has dejado de amar? —preguntó con insistencia, observándola con paciencia.

—No te he dejado de amar —susurró cabizbaja, con cierta vergüenza.

James la tomó desprevenida y en un movimiento rápido la sentó en sus rodillas, la rodeó con sus brazos y cuando fue a besarla como deseaba se encontró con el impedimento de que ambos llevaban sus máscaras.

Con manos delicadas le apartó el antifaz a Eleanor de su rostro y luego, para sorpresa de ella, él se quitó el suyo. A la duquesa se le aceleró mucho más el pulso. Se atrevió a llevar una mano hasta la mejilla de su marido y acariciarlo con suavidad. Necesitaba demostrarle que no le causaba rechazo.

Cuando James sintió su contacto cerró los ojos y suspiró con dificultad. Luego su esposa se inclinó sobre él y le besó la mejilla al mismo tiempo que le susurraba:

—Te amo, James. No lo dudes nunca. —Eleanor era la primera persona que le daba un beso en el rostro desde que le sucedió aquello. Su contacto lo sintió como una bendición y lo emocionó, a la misma vez que no pudo evitar que lágrimas rodasen por sus mejillas —. Bésame cómo me gusta —le rogó su mujer, sonriente, también con lágrimas en sus preciosos ojos grises.

El duque la miró a los ojos en silencio y no pudo resistirse más. Se apoderó de los labios de su esposa de una forma hambrienta. La había deseado tanto… Había soñado tanto con este momento desde que llegó a su vida…

Eleanor le correspondió a su marido de una forma plena. Se entregó al beso, enredó su lengua con la suya y gimió de placer sobre su boca cuando los sentimientos la desbordaron por completo. Un calor interior la invadió. Deseó deshacerse de toda su ropa de

forma urgente. Su cuerpo quería más, pero ella no sabía qué le seguía a aquel intenso momento.

James interrumpió el beso cuando sintió que el carruaje se paró y habían llegado a la puerta de su casa. Miró a su esposa con una amplia sonrisa, le pasó sus dedos por sus labios hinchados y le acarició la mejilla sonrosada con infinita ternura.

—Bienvenida a su casa en Londres, duquesa —susurró con un infinito amor reflejado en sus ojos azules, que le mostraban un brillo especial.

El duque se colocó la máscara y luego salió del carruaje. Le tendió la mano a su mujer y juntos entraron en la mansión.

Eleanor sintió que todo olía a nuevo. Observó que se trataba de una casa muy grande. No los recibieron ningún criado, y su marido le explicó:

—Denzel y Holly llegarán mañana junto con más personal. Esta noche estaremos solos.

—¿Piensas permanecer algún tiempo en Londres? —preguntó Eleanor mirándolo extrañada.

—Mi lugar está al lado de mi esposa, cuidándola. Y, al parecer, ella desea disfrutar de los bailes de temporada y estar junto a su familia.

—A ti te molestaba la ciudad y la gente —le recordó ella con el ceño fruncido, admirándolo. ¿Desde cuándo había cambiado tanto?

—Tampoco quería a una esposa y aquí me tienes, casado y loco por mi duquesa —admitió mirándola a los ojos con una sonrisa triunfal en sus labios.

Su mujer lo miró de cerca, le colocó las manos alrededor del cuello y, sin preguntar, se atrevió a quitarle el antifaz. Él no se lo impidió, la dejó hacer.

—¿Podrías no llevarlo cuando estemos solos? —preguntó con cautela.

—Puedo concedértelo —le indicó amablemente. Eleanor lo abrazó y él la alzó en sus brazos.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó ella con una sonrisilla traviesa.

—Mis planes eran cortejar y seducir a mi esposa, pero he de confesar que no lo he hecho antes con ninguna mujer —admitió robándole un beso fugaz en sus labios.

—Me siento completamente cortejada y seducida por mi marido —susurró—. Has aparecido por sorpresa en el baile de temporada de mis padres y me has confesado que me amas. Es mucho más de lo que jamás llegué a imaginar.

—No pensé obtener tu perdón de una forma tan fácil —susurró en tono de confidencia.

—Te amo, James. He sufrido mucho este tiempo que has estado lejos. Te he maldecido, he tratado de olvidarte, hasta de odiarte, pero no he podido. Mi amor era más fuerte que todo eso. Que me confesaras que me amas era mi sueño imposible y se ha cumplido, y me has dado más; deseas que seamos marido y mujer de verdad. Sí, quiero —murmuró mirándolo a los ojos, acariciándole el rostro con ambas manos.

—Tengo intenciones de desnudarte y llevarte conmigo a la cama. Hacerte mi mujer. Dime que estás preparada —susurró con miedo y su duquesa supo que este era provocado por las quemaduras que tenía en su hombro y la mitad de su espalda.

—Ardo en deseos de ser tuya, y que seas mío. No somos perfectos, pero en ello radica el milagro del amor. En amarnos tal y como somos. Recuerda que yo tampoco soy perfecta —le indicó a modo de confidencia refiriéndose a la cicatriz de su muslo.

—Tú sí que eres perfecta, mi duquesa —susurró sobre sus labios, se apoderó de ellos, la cargó en sus brazos y, sin dejar de besarse, subió las escaleras con ella hasta la habitación ducal.

Capítulo 27

James depositó a su esposa en la cama y se colocó a su lado, besándola y acariciándola con pasión. Eleanor lo volvía loco por completo con su entrega y sus reacciones. Por primera vez en su vida se sintió querido y era una sensación increíble. Él que creyó que era un monstruo sin corazón incapaz de ser amado ni amar. Su mujer había llegado a su vida para demostrarle todo lo contrario.

—Ardo en deseos de hacerte el amor —le susurró a su esposa, pidiéndole permiso para hacerla suya.

—Te amo, James. No sé nada de esto. Solo siento la necesidad de no dejarte de besar nunca.

Su marido se inclinó y se apoderó de sus labios. Eleanor entreabrió su boca y la lengua de James invadió la suya, penetrando en el suave y dulce interior. Su esposa suspiró por las sensaciones tan maravillosas que le producía, consumida por fuertes oleadas de placer. Luego James le acarició los pechos a través de la tela de su vestido y consiguió excitarla aún más mientras no dejaba de besarla de esa forma que a su mujer le encantaba.

El duque interrumpió el beso de forma delicada, le dedicó una amplia sonrisa y le dijo:

—Tenemos que desnudarnos para lo que viene ahora.

—Soy tuya. Confío en ti ciegamente —manifestó con el corazón latiéndole muy deprisa, al mismo tiempo que su marido la miraba emocionado, con lágrimas en sus ojos—. No sé nada de esto, pero sé que me guiarás en todo momento —le volvió a repetir.

James la ayudó a deshacerse del vestido entre besos y caricias, luego comenzó a quitarse con prisa su chaqueta, su pañuelo en el cuello y cuando llegó a la camisa miró con atención a su mujer. Entonces fue ella la que se atrevió a llevar las manos hacia el pecho de su marido y comenzó a abrir cada botón de la camisa y luego

sacársela por los brazos. Cuando se quedó desnudo de pecho para arriba ante ella un nudo se le instaló en la garganta. Su duque era magnífico.

Eleanor se abrazó a él. Le besó la parte de la piel quemada del hombro con mimo y, con sumo cuidado, le acarició la espalda. Necesitaba que se acostumbrase a ella. Sintió que se estremecía ante su contacto y lo miró.

—¿Te incomoda que te acaricie? —preguntó con miedo.

—Es una sensación extraña. No he dejado nunca que nadie lo hiciese. —Era la primera vez que se desprendía de la camisa para tener relaciones con una mujer. Durante estos años había tenido amantes pasajeras a las que solo les permitía que lo viesen de cintura para abajo sin ropa.

—Te amo, James —susurró su mujer colocándose de puntillas y depositando un beso en sus labios.

—Te pido paciencia. Todo esto es muy nuevo para mí. No puedo controlar mis reacciones al mostrarme desnudo por completo ante ti en cuerpo y alma.

—Creo que estamos en igualdad de condiciones —manifestó su mujer dedicándole una sonrisa traviesa que rompió su rigidez.

El duque la colocó sobre la cama, desnuda, y la admiró embobado en ella. Era preciosa y le resultaba exquisita. Se preguntaba qué había hecho para merecerla. Se apoderó de sus labios y fundió su cuerpo contra el suyo. La acarició con mimo y delicadeza, deseaba demostrarle cuanto la amaba. Nunca había sentido algo así por nadie. Tenía instalada en el pecho una emoción tan grande que le costaba hasta respirar. Eleanor era demasiado especial. El regalo más increíble que jamás había recibido. Era toda suya y la tenía dispuesta para él.

El duque miró a su esposa y sonrió al verla colmada de placer. Llevó sus labios hacia sus pechos, los chupó, siguió por su abdomen, sintiendo como Eleanor se retorcía de placer debajo de él y terminó besándole la cicatriz de su pierna. Luego volvió a sus labios, la besó con pasión de nuevo sabiendo que estaba más que excitada y lista para él.

Antes de decirle que abriese las piernas, llevó su mano hasta su centro del placer y la tocó a conciencia, y sus movimientos suaves y eróticos contra su mano lo llevaron al límite. Luego le ordenó:

—Mírame. —Observó cómo Eleanor abrió mucho los ojos y tragó al ver su miembro en todo su esplendor—. Abre las piernas, cariño —le susurró con amor.

Se colocó sobre ella, llevó su mano hacia su sexo y ella gimió con fuerza sobre sus labios al sentirlo en su entrada. Cuando la duquesa lo sintió duro y caliente como el acero lo miró con los ojos muy abiertos, agarrada a sus fuertes brazos ante el mar de sensaciones que le hacía sentir. James ya no podía esperar más, había hecho acopio de todo su autocontrol.

—La primera vez te dolerá un poco, pero no te lastimaré —le advirtió en tono dulce—, pero luego todo será placer, vida mía. Te lo prometo. Déjate llevar y confía en mí —susurró sobre sus labios antes de apoderarse de ellos con posesión y comenzar a entrar en ella—. Recíbeme, esposa mía —murmuró a la misma vez que entraba por completo en su interior despacio, al mismo tiempo que su esposa no dejaba de gemir sobre su boca por cada reacción que le provocaba. Cuando se topó con su barrera empujó con fuerza. Ella gritó y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, ahora llegará el placer —susurró quieto sobre ella. Le daba tiempo para que su cuerpo lo acogiese y se acostumbrase a él.

El duque comenzó a moverse con lentos y sensuales movimientos. A salir y a entrar de ella, despacio, haciendo que su mujer se acostumbrase al ritmo y lo siguiese. Luego sus embestidas aumentaron el ritmo mientras ella le acariciaba el rostro y se arqueaba contra él de forma involuntaria. La besó, perdió el control y la llevó a un orgasmo devastador que la hizo gritar con infinito placer. James se vació en su interior y se derrumbó sobre el cuerpo de su esposa con la respiración entrecortada. Le besó el hombro y el cuello, y susurró:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Mi mayor tesoro. No sé qué me hiciste, pero soy tuyo por completo, esposa mía.

—Solo te he amado, James. Y lo haré siempre —respondió Eleanor acariciándole el rostro y depositando un suave beso sobre la

parte de su hombro quemado.

—No quiero separarme de ti nunca. Te deseo a mi lado, en mi cama, todas las noches —manifestó besándole el cuello de nuevo, aspirando su dulce aroma.

—Me gustan las nuevas condiciones de nuestro pacto. ¿Querrás hacer esto a menudo? —bromeó ella.

—Todos los días de mi vida. —La miró con una sonrisa en sus labios y se apoderó de su boca. Su mujer era demasiado perfecta. Ansiaba volver a hacerle el amor, pero no lo consideró oportuno. Eleanor debería estar dolorida y prefirió esperar. La acunó en su pecho, la abrazó con fuerza y observó como ella, rendida y agotada, se quedó dormida de inmediato.

Por el contrario, el duque no pegó ojo en toda la noche. Tener a su esposa a su lado, desnuda, satisfecha y amándolo lo tenía demasiado eufórico como para conciliar el sueño. En su mente trazaba planes de futuro. Quería darle todo a su mujer, deseaba compensarle estos meses desde que contrajeron matrimonio.

Capítulo 28

Eleanor se despertó en los brazos de su marido. El duque dormía plácidamente y ella lo admiró rememorando con una amplia sonrisa en sus labios todo lo que habían vivido la noche anterior. Desde que apareció en el salón de baile de sus padres hasta que se desnudaron y le proporcionó el mayor placer que jamás hubiese experimentado.

Le dio un beso en el pecho y se acurrucó en este. Se sentía tan bien en la cama a su lado que no deseaba abandonar ese lugar nunca.

James entreabrió los ojos y sintió el beso que su esposa le dedicaba en el pecho. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa. Tras muchos años, era la primera vez que se despertaba relajado, tranquilo y feliz. Y todo era gracias a Eleanor, su duquesa. Una mujer que se coló en su castillo sin avisar y se apoderó de su corazón de la misma forma. Le llevó un tiempo admitir que estaba loco por su esposa, pero finalmente lo había aceptado y sentía que era la mejor decisión que había tomado en su vida.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó James acariciando el cabello de su duquesa.

Eleanor levantó su cabeza, lo miró con una gran sonrisa y un brillo tan increíble en sus ojos que provocó un vuelco en el corazón de su marido.

—Ha sido la mejor noche de mi vida. En todos los sentidos —aclaró algo tímida.

El duque se apoderó de sus labios y la besó de esa forma arrebatadora y profunda que solo él sabía hacer, dejando a su mujer sin voluntad y con ganas de mucho más. Ahora Eleanor sabía qué venía tras esos ardientes besos.

—Coincido contigo, esposa mía —susurró sobre sus labios—. ¿Qué le apetece hacer hoy a mi duquesa? —preguntó con interés, de

forma relajada. Consideraba que había trabajado mucho durante los años de encierro en el castillo y se merecía un descanso al lado de su mujer. Recuperando el tiempo perdido desde que se casaron.

Eleanor se quedó pensativa y luego susurró con una sonrisa traviesa:

—No saldría de esta cama en todo el día. Tenerte así… Lo he deseado tanto. Todo esto me parece un sueño del que no quiero despertar.

—No es un sueño. Sin embargo, aquí estoy para hacer realidad todos los tuyos. Nuestro matrimonio comenzó con un pacto. Creo que anoche quedó claro que lo rompimos. —Ambos sonrieron a la vez—. Tengo todas las intenciones de cortejar a mi mujer, de hacerla muy feliz.

—Desde anoche soy muy feliz —corroboró Eleanor.

—No voy a dejarte sola nunca más —le prometió dedicándole una mirada limpia y sincera.

La duquesa le acarició el rostro. Para ella era tan nuevo observarlo sin máscara… Era increíblemente guapo, cómo había podido ocultar su cara durante años. La fea cicatriz que tenía en la mejilla derecha no le afectaba para nada. Los ojos, los pómulos, la nariz y la boca de su marido eran tan perfectas que aun con la cicatriz era soberbio.

—Me dolió mucho que te marchases tanto tiempo. Viví en una completa agonía sin saber nada de ti en tres semanas. Llegué a pensar que algo malo te había sucedido. Lloraba todas las noches y vivía con la constante agonía de que un día llegase alguien al castillo anunciando tu muerte —confesó al mismo tiempo que James cerró los ojos con pesar por todo lo que había hecho pasar a su mujer.

—Perdóname —le rogó arrepentido—. No supe gestionar tu confesión de amor y mucho menos aceptar que no te causase repugnancia —admitió con dolor.

—Te amo, porque quizás vi en ti lo que no vieron el resto. Tu noble corazón —susurró sobre sus labios.

James la besó y luego le dijo:

—Cuando llegué al castillo y los sirvientes me dijeron que te habías ido y no sabían tu paradero enloquecí. Se me pasó por la

cabeza toda clase de posibilidades. Desde que te habías marchado con tu familia y le fueras a contar a tu padre nuestro pacto, hasta que estuvieses coqueteando con otros hombres en los bailes buscándome un sustituto.

—Nunca haría nada de eso. No le he contado mi pacto con el duque a nadie —susurró sonriente.

—No habíamos consumado nuestro matrimonio, podrías haber pedido la anulación y eso me hizo sentir muchísimo miedo. No podría soportar perderte —admitió embobado en su mirada.

—Ya veo que en cuanto mi marido me encontró se aseguró de atarme bien a él —bromeó, feliz, a la misma vez que le acariciaba el pecho y le daba un beso al lado del corazón.

—Eres mía para siempre, Eleanor. Casi no puedo creer esto que vivimos y todo lo que sucedió anoche entre nosotros en esta cama —recordó con una amplia sonrisa.

—Soy solo tuya y te deseo a mi lado en la cama cada día de mi vida. Ya no podría vivir sin ti.

La duquesa se apoderó de sus labios, tomando ella la iniciativa en un beso cargado de pasión, logrando despertar por completo el deseo de su marido.

—Quiero confesarte algo —susurró el duque interrumpiendo el acalorado beso. Eleanor le prestó atención—. Ardía en deseos de hacerte el amor cuando me confesaste que me amabas. No entendía cómo habías podido llegar a hacerlo. También me pediste un hijo, y me hiciste pensar en tener una familia. Algo que tenía descartado en mi vida desde hacía años.

—Pero te viniste huyendo a Londres —susurró Eleanor.

—No. Mi viaje estaba programado para aquella mañana. No te lo he contado, pero tengo dos familiares, mi tía, la hermana mayor de mi padre, y su hijo. Tom tiene mi edad. Estaban a mi cargo desde que soy el duque de Bedford, los he mantenido y permitido que viviesen en esta casa a pesar de que siempre me acusaron de ser el culpable del incendio que provocó las muertes de mis padres y de mi hermano.

—¿Te culpaban? —preguntó Eleanor con sorpresa.

—Sí. Mi tía mantiene que llegué borracho y fui el causante. Aparecí en la salita cercana a las habitaciones, era el único que no dormía y estaba vestido. Mi reputación no era muy buena por aquellos entonces —susurró—. Pero tampoco era un irresponsable. Lo cierto es que no recuerdo nada. Sí, bebí esa noche, pero no estaba ciego de alcohol. Estaba en la planta de abajo cuando olí a humo, subí y encontré la salita ardiendo. Debió de caérseme algo en la cabeza, porque sentí un golpe fuerte que me tumbó en el suelo. Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y sentir mucho dolor por las quemaduras —confesó mientras que Eleanor lo miraba con el corazón encogido. James se quedó callado por unos segundos, mientras su mujer lo abrazaba, y luego siguió relatando—: Desde que el conde de Russel se encargó de pregonar a los cuatro vientos nuestro obligado matrimonio mi tía y mi primo se han encargado de avivar de nuevo que maté a mi familia para heredar el título ya que a mí no me correspondía el ducado, sino a mi hermano. En todos estos años nunca me importaron los rumores, pero ahora tengo una esposa y no los pienso permitir. Vine a Londres a echarlos de mi casa y decirles que dejaban de estar bajo mi protección. Luego me quedé para remodelarla. Se me ocurrió la idea de que igual a mi esposa le apeteciese pasar algunos meses en la ciudad.

—No te gusta Londres —susurró Eleanor.

—Pero quiero dártelo todo. Estaba decidido a volver al castillo y proponerte cambiar nuestro pacto. Te deseaba demasiado y se me hacía un completo calvario vivir bajo el mismo techo tras tu confesión. Me costó admitir que amabas a alguien como yo, pero te sentí sincera cuando me lo dijiste y he llevado tus palabras clavadas en el corazón.

—Te amo, y no me cansaré de decírtelo y de demostrártelo —murmuró Eleanor perdida en los increíbles ojos azules de su marido, en esos momentos eran un mar en calma y se dio el lujo de disfrutar de ellos en exclusividad.

—Ahora ya lo sabes todo de mí. No deseo que me mires como alguien oscuro y con secretos.

—Gracias por confiar en mí —le indicó su duquesa acariciándole la mejilla donde tenía la cicatriz. James se relajó ante su contacto y

estaba descubriendo que le agradaba.

—Es lo mínimo que puedo hacer por la mujer que me ha sacado de mis sombras, me ha devuelto a la vida y me ha hecho creer en el amor. Algo cambió en mi mente cuando me enseñaste tu cicatriz en la pierna y sentí ganas de besarla. No la consideraba horrible ni repugnante. Me hiciste pensar que tú también podías sentir lo mismo.

—He de confesar que no ha sido una tarea fácil —susurró Eleanor, sonriente. Satisfecha de dónde habían llegado tras aclarar todo entre ellos.

—Tú has hecho que sea muy fácil amarte, esposa mía.

—Ámame, mi duque de Bedford —le pidió acercándose a sus labios y rogándole con la mirada que le hiciese de nuevo el amor.

Capítulo 29

Los duques de Bedford no salieron de su alcoba en dos días. Estaban tan felices y enamorados que necesitaban recuperar todo el tiempo perdido.

En esas horas solo habían sido ellos dos. Los únicos sirvientes en la casa eran Denzel y Holly, a los cuales no habían visto. El mayordomo dejaba la bandeja de la comida detrás de la habitación ducal y los duques se encargaban de lo demás.

Ni Eleanor tenía doncella ni James ayuda de cámara para vestirse aquella mañana, ella lo hizo sin problema, sin embargo, apreció que a su marido le costaba algo más.

—Vamos, no eres un niño para que te vistan —bromeó acudiendo a su lado y colocándole el pañuelo anudado al cuello. James volvía a vestir de riguroso negro.

Cuando se dispusieron a salir de la alcoba Eleanor le recordó:

—Tu máscara.

—¿Quieres que la lleve? —preguntó.

—Bueno… me concediste no llevarla mientras estuviésemos solos.

—Denzel, Holly y mi ayuda de cámara son los únicos, además de ti ahora, que me conocen bien. Ellos me curaron las heridas. Si estoy vivo es gracias a mi fiel mayordomo. Él me salvó del fuego. Puedo prescindir del antifaz delante de ellos.

—Me alegro de poder disfrutar de mi marido así en mi casa —comentó la duquesa rebosante de felicidad. El cambio en James era tan grande que sentía de forma constante una emoción en su pecho.

Cuando Denzel y Holly los vieron bajar juntos, de la mano, radiantes y espléndidos sintieron una enorme felicidad por el duque. A la misma vez que lo miraron con interés al llevar al descubierto su rostro.

—El desayuno está listo, excelencia —manifestó Denzel con una amplia sonrisa.

James se lo agradeció con un gesto de la cabeza. El matrimonio se sentó en el renovado comedor mientras el mayordomo les servía el desayuno en silencio. Observando la complicidad entre los duques, sus miradas, gestos y caricias.

—Denzel —llamó la atención del mayordomo el duque—. Cuando me casé con Eleanor me preguntaste si me podías felicitar y te contesté que no. —Miró a su esposa embobado en ella, con un brillo especial en sus ojos y una amplia sonrisa—. Ahora ya puedes hacerlo. Soy un hombre enamorado de su esposa —reconoció frente al sirviente.

—Enhorabuena, excelencia. Y a usted también, duquesa. No saben cuánto me alegro —comentó el mayordomo.

—Gracias —susurró Eleanor. James asintió con un gesto a las palabras del hombre que le salvó la vida.

El mayordomo los dejó a solas para que desayunasen en la intimidad y Eleanor advirtió que su marido la miraba de forma lujuriosa, con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Qué sucede? —inquirió, curiosa. Escrutándolo con la mirada.

—¿Sabes la de veces que maldecí los escotes de tus vestidos? —susurró—. Cuando aparecías ante mí así me hacías desearte de una forma incontrolada. Me volvías loco —admitió. Se acercó a su mujer, le dio un beso en el cuello y otro en el montículo de sus pechos. Ahora era toda suya.

—Percibía tus miradas —reconoció la duquesa con una sonrisilla.

—También pusiste color en mi vida. Estaba acostumbrado al negro y al gris, pero tus vestidos… Doy gracias todos los días porque la caída de tu caballo fuese cerca de mi castillo y Sebastian tuviese la gran idea de traerte.

—No ha sido fácil, duque de Bedford, pero lo hemos conseguido. —Eleanor se acercó un poco y le dio un breve beso en los labios.

El mayordomo los interrumpió para recoger el desayuno y James le dijo:

—Denzel, vamos a quedarnos unas semanas más en Londres —anunció el duque y su esposa lo miró con sorpresa. Se habían

limitado a amarse, pero no habían establecido qué harían de ahora en adelante ni dónde irían. La duquesa dio por sentado que volverían al castillo—. Mi esposa y yo nos merecemos disfrutar de todos los nuevos cambios de esta casa.

—Ha quedado increíble, señor. Parece otro lugar —comentó el sirviente.

—Era la idea, no quería que nada aquí me recordase a mi tía y a mi primo. Por cierto, tienen la entrada prohibida a todas mis propiedades —ordenó, serio.

—Bien, señor. Lo haré saber a los trabajadores.

El mayordomo se retiró y Eleanor le indicó a su marido en un susurro:

—No me importa volver al castillo. Sabes que me gusta el campo.

—Lo sé. Pero necesito hacer algunas cosas en Londres estos días. Y también quiero que estés cerca de tu familia y sean testigos de lo feliz que eres. —Tomó la mano de su mujer y se la llevó a los labios, depositando un beso en esta.

Cuando los duques abandonaron el salón James le enseñó toda la casa a su mujer. Terminaron el recorrido en la cocina, donde Holly les informó que no paraban de llegar tarjetas de invitaciones para los últimos bailes de la temporada.

El duque se disculpó con su esposa para atender unos asuntos en su despacho y Eleanor se quedó en la cocina con Holly.

En cuanto ambas mujeres estuvieron solas el ama de llaves miró a la duquesa y le dijo:

—No sabe cuánto me alegro de ver a su excelencia así de enamorado. Es usted una gran mujer que lo ha salvado de una vida que no merecía.

—Yo solo soy una mujer enamorada de su esposo —comentó la duquesa. Luego le preguntó a Holly si contaban en esa casa con los ingredientes necesarios para hacer un pastel de chocolate y cordero asado para cenar con su marido y la criada le respondió que sí.

El duque permaneció encerrado en su despacho más de dos horas. De repente, unas voces lo alertaron. No sabía qué pasaba en el recibidor de su casa. Salió del despacho a grandes zancadas y se

encontró con su cuñado Sebastian gritando y exigiendo ver al duque de Bedford.

—¡¿Qué sucede?! —Le plantó cara, nunca mejor dicho, porque salió tan disparado de su despacho que no se acordó de usar el antifaz.

El menor de los Ashford lo miró con sorpresa al verlo por primera vez sin máscara, y ahí fue cuando James tomó conciencia de que no la llevaba.

—¡¿Dónde tienes a mi hermana?! —le exigió saber de malas formas—. Llegaste sin anunciar al baile de mis padres, te la llevaste y hace dos días que no sabemos nada de ella —le espetó, alterado —. ¡Eleanor, baja! Quiero verte —gritó de nuevo junto a la escalera.

—¿Por qué piensas que le haya pasado algo a tu hermana? —inquirió el duque, con calma.

—Porque eres un monstruo, todo el mundo habla mal de ti —alzó la voz—. Y porque dejaste a tu esposa sola.

James le sostuvo la mirada a Sebastian.

De repente, la duquesa apareció ante los dos hombres. Venía desde la cocina, llevaba un delantal puesto y las manos llenas de harina.

—¿Qué sucede, Sebastian? —preguntó a su hermano asustada.

El joven la miró perplejo y se hizo un silencio.

—¿En qué circunstancias pensabas encontrar a tu hermana? ¿Maniatada? ¿Golpeada? ¿Descuartizada? —lanzó James de forma sarcástica mientras lo taladraba con una intensa mirada azul.

—Hace dos días que no das señales de vida —le indicó a su hermana mayor en un leve susurro, ignorando al duque.

Eleanor esbozó una amplia sonrisa y Sebastian advirtió el brillo tan especial que tenía en su mirada. Saltaba a la vista que era una mujer feliz.

La duquesa dio un par de pasos hacia su marido y se situó a su lado, pasó su mano por la cintura de este y le dijo con orgullo:

—James y yo hemos estado reconciliándonos. Todo está bien entre nosotros, Sebastian.

—¿Segura? —insistió.

Eleanor se colocó de puntillas y besó a su marido en la mejilla donde tenía la cicatriz.

—Muy segura. Amo a James, Sebastian. Y soy muy feliz a su lado —reveló con una amplia sonrisa mientras su hermano los miraba atónitos.

—Bien… Perdonad entonces las formas. Me tenías preocupado —le indicó a Eleanor.

—Me agrada que mi esposa tenga un hermano que se preocupa tanto por ella —manifestó el duque a la misma vez que le extendía su mano.

Sebastian se la tomó y lo miró con atención.

—Quiero mucho a Eleanor —le dejó patente—. Y haría cualquier cosa por ella.

—Creo que compartimos el mismo sentimiento y por ello auguro que seremos grandes amigos —le ofreció el duque a la misma vez que su esposa lo admiraba.

—Estaba en la cocina haciendo un pastel, debo volver —se disculpó Eleanor.

—Ve, mi amor. Yo quiero agradecerle a tu hermano que te pusiese en mi vida el día que te llevó herida a mi castillo y esto me permitió conocerte.

James palmeó la espalda del muchacho y lo hizo pasar al salón.

Capítulo 30

Tras la marcha de su cuñado el duque se pasó por la cocina y le comunicó a su mujer que iba a salir a hacer unos encargos y regresaría a la hora del almuerzo.

—¿Qué hace mi duquesa metida en la cocina? —preguntó tomándola por la cintura, arrimándola a su pecho y besándole el cuello.

—Hoy me apetece una cena especial con mi marido y he decidido cocinar yo.

—Una cena especial —susurró en su oído de forma sensual.

Luego le dio un beso en los labios y se marchó.

Cuando James regresó y almorzaron juntos Eleanor no fue capaz de sacarle qué había hecho fuera las tres horas desde que salió. El duque la miró de forma misteriosa, con una sonrisa en su boca y le prometió que esta noche lo sabría.

La duquesa escogió un elegante vestido en tono hueso, con un generoso escote, para la cena con su marido. James había insistido en que se vistiesen en habitaciones distintas porque quería que fuese todo como una cita. Se encontrarían en el recibidor de la casa.

Eleanor se admiró en el espejo antes de bajar para reunirse con su duque, estaba nerviosa. Comenzó a descender las escaleras y a mitad de estas, cuando alzó la vista, observó a su marido esperándola a pie de ellas. La duquesa sintió que el corazón le daba un vuelco y las piernas le flaqueaban. James la miraba con los ojos rebosantes de felicidad, una amplia sonrisa, con un gran ramo de rosas blancas en sus manos y lo más increíble de todo era que esa noche no vestía de riguroso negro. Había optado por una camisa blanca y unos pantalones negros. Llevaba el pelo mojado, lo tenía más largo, ya le sobrepasaba el cuello de la camisa en la parte de detrás, pero le sentaba de maravilla.

La duquesa se paró y fue incapaz de continuar sola bajando los escalones. Su marido, todo un caballero, acudió en su ayuda y, mostrándole una amplia sonrisa en todo momento, la ayudó a bajar. Una vez en el recibidor, la admiró con ojos ardientes, le entregó las flores y le dio un breve beso que dejó a su mujer con ganas demás.

—Mi duquesa, estás espléndida —susurró admirándola mientras le sostenía una mano un poco elevada para admirarla.

—Y tú estás guapísimo. Esa camisa te sienta muy bien, mi duque —lo admiró—. Gracias por las flores —susurró oliéndolas.

—Te dije que te iba a cortejar —le recordó.

—Juega con ventaja, mi duque. Sabe que estoy perdidamente enamorada de usted.

—Lo sé, pero estoy descubriendo el placer de sorprender y complacer a mi esposa.

James se acercó a ella, la tomó por la mandíbula y le dio un beso ardiente y profundo. Su esposa gimió sobre su boca y se retiró. Esa noche tenía planes y aún no era el momento de hacerle el amor como le pedía a gritos sus ojos.

Fueron juntos hasta el salón, ella dejó el ramo en un jarrón y James la instó a que se sentase a su lado en el sofá. Sacó una caja de su bolsillo y se la entregó a su mujer.

—Es un regalo de bodas, creo que te lo debía —comentó mirándola.

Eleanor abrió la caja de terciopelo negra y se encontró con un collar de diamantes increíble. Debía costar una fortuna.

—Es precioso, James. Nunca he tenido una joya como esta —susurró admirándola.

El duque se la colocó a su esposa en el cuello y luego la observó embobado en ella.

—Ahora sí te puedo decir a dónde fui en mi salida de esta mañana. Me pasé por el sastre y encargué ropa nueva. Creo que debo darle un poco de color a mi atuendo. Y luego me pasé por una joyería a buscar algo especial para mi duquesa. Una joya única, como tú.

—Gracias. Es maravillosa —murmuró llevando los dedos al collar.

Pasaron al comedor, donde todo estaba listo para su cena especial. James elogió el cordero asado con patatas de su mujer y la tarta de chocolate.

—No está bien que un duque se chupe los dedos —lo reprendió su esposa con una amplia sonrisa mientras admiraba cómo se comía la tarta.

—Estoy seguro de que mi duquesa me guardará el secreto. —Le guiñó el ojo—. Una cena exquisita. Gracias por cocinar para mí.

—Me gusta hacerlo.

—Esta mañana también estuve con tu padre y me presentó a su gran amigo el duque de Rutland. El cual me insistió para que asistiésemos al baile que da en su casa en tres días. Creo que debemos asistir —comentó como si nada mientras su esposa casi se atragantó—. ¿Ocurre algo? —preguntó mirándola serio. Su mujer lo observaba con los ojos muy abiertos.

—No pensé que quisieras asistir a ningún baile. No te gusta relacionarte con los demás, y no quiero que lo hagas por mí. No disfruto en los bailes si sé que tú lo pasas mal, James.

—Mi vida ha cambiado, Eleanor. Ya no deseo ser el duque que se escondía. No me apasionan las fiestas y los bailes porque prefiero tenerte para mí en la intimidad, sin embargo, estoy de acuerdo con tu padre que asistir a un baile más y dejar patente que somos un matrimonio enamorado acabaría con todas las habladurías.

—No me importa lo que diga la gente —susurró Eleanor acariciándole la mejilla.

—Ni a mí, pero deseo que todos sepan que eres muy feliz a mi lado y que te amo. El duque de Bedford ha salido de su oscuridad y quiero presumir de duquesa ante todos. ¿Me darías ese gusto? —le propuso con gentileza.

Eleanor se levantó de su silla y se sentó en las rodillas de su marido.

—Te daría mi vida entera —susurró antes de besarlo con pasión.

El duque le acarició los pechos mientras la besaba, luego recorrió su cuello y terminó desabrochando el vestido y chupando sus pezones, volviéndola loca de placer. Eleanor estaba entregada a la

pasión. Cuando su marido la sentó en la mesa e hizo a un lado los platos y vasos fue consciente de dónde se encontraban.

—James —protestó cuando le levantó el vestido para acariciarla de una forma íntima.

—Tranquila, nadie se va a atrever a interrumpirnos —susurró sobre el hueco de su garganta, haciéndola gemir de placer al sentirla muy húmeda cuando llevó sus dedos ejerciendo su magia hacia la entrada de su sexo—. Deseo esto aquí y ahora. En más de una ocasión te hice el amor con el pensamiento mientras compartíamos una comida —reveló entre besos ardientes, llevándola al límite.

Eleanor se entregó al placer que le proporcionaba su marido y se dejó llevar. James la penetró, se movió con fuerza y ambos alcanzaron un éxtasis abrazador que los dejó sin aliento.

—Quiero hacerte el amor en cada rincón de esta casa —susurró el duque derrumbado sobre el cuerpo de su esposa.

Capítulo 31

Aquella mañana el duque se despertó con ganas de pasear con su mujer por Hyde Park. Hacía años que no lo pisaba y era otro lugar en el que deseaba que su duquesa tuviese recuerdos de que la cortejó.

Eleanor se sorprendió cuando, antes de salir de la cama, James le propuso ir a dar un paseo por el parque. Sabía que todo ese esfuerzo de rodearse de gente, de permanecer en Londres y de asistir a un baile lo hacía por ella.

—No necesito salir a dar paseos y que nos codeemos con la alta sociedad, James —susurró agradecida por el gesto.

—Quiero cortejar a mi esposa, ya te lo dije. No lo hago por los demás. Lo hago por la mujer que amo. La sociedad me trae sin cuidado, como en estos diez años que pasé aislado de ellos.

—Eres increíble —susurró sobre sus labios, se sentó a horcajadas sobre su marido y lo miró con unos ojos tan repletos de pasión que hizo que su duque soltase una fuerte carcajada.

—He creado a una libertina —murmuró apoderándose de su boca y entrando en su interior.

Hicieron el amor de una forma urgente y desenfrenada que los dejó sudorosos y derrotados.

—Me encanta comenzar así el día —reveló el duque acariciando el rostro de su mujer.

Hacía un buen día cuando los duques de Bedford se bajaron del carruaje para pasear un rato por Hyde Park. Para sorpresa de Eleanor se encontró con Caroline y un grupo de amigos, entre el que estaba su hermano Sylvester.

El duque volvía a usar su máscara y observó cómo todos se le quedaban mirando de forma extraña, sin embargo, su esposa lo

presentó con naturalidad a sus amigos y no dudó en mostrarse cariñosa y atenta.

Tras una hora caminando, volvieron al carruaje y el duque deseó regresar a casa. Eleanor le iba a pedir ir a visitar a sus padres, pero sintió a James más serio y rígido de lo normal y prefirió no decirle nada por si quería hablar a solas de algo que le rondase por la cabeza. Sabía que mostrarse ante la sociedad tras años alejado de esta no sería nada fácil.

—¿Estás bien? —se interesó Eleanor, mirando a su marido a los ojos. En los últimos días se había acostumbrado a verlo sin máscara que ahora lo sentía raro con ella puesta, pero así se enamoró de él y no le molestaba en absoluto si James de esa forma sentía más protegido de cara a los demás.

—Me duele un poco la cabeza —le indicó más serio de lo normal, pensativo.

La duquesa decidió no agobiarlo, darle su espacio, al menos, hasta que llegasen a casa.

De repente, un fuerte golpe en el carruaje hizo a James y a Eleanor salir desplazados hacia el asiento de enfrente. Se escucharon voces de los cocheros y la duquesa se quejó debido al fuerte golpe que sufrió en las costillas.

—¿Qué ha pasado? —susurró la duquesa tratando de incorporarse. Su marido lo hizo antes que ella, se arrancó la máscara de un fuerte tirón, se le había movido y no veía bien a su mujer.

—Se ha roto un eje de la rueda del carruaje, excelencia. ¿Están bien? —escuchó Eleanor a los lacayos encargados del carruaje.

James ayudó a su esposa y salió ileso del carruaje volcado.

Cuando Eleanor vio lo sucedido y que ambos estaban bien abrazó a su marido, asustada y dando gracias porque no les hubiese pasado nada grave.

Por suerte, el carruaje de Caroline con su doncella pasaba, pararon y ayudaron al duque y a Eleanor a llegar a su casa. Durante todo el trayecto James estuvo muy pendiente de su esposa, que llevaba la mano en las costillas, pero no se quejaba. No le pasó desapercibido cómo Caroline lo miraba, situada enfrente.

Cuando llegaron a casa del duque la muchacha se bajó con ellos y ayudó a su amiga mientras James ordenaba que llamasen a un médico para su esposa y saliesen a auxiliar a los lacayos que llevaban su carruaje accidentado.

James entró en la alcoba acompañado del médico y vio a su mujer tendida en la cama con su amiga al lado.

El doctor se quedó a solas con la duquesa y mientras, Caroline y el duque esperaron la exploración del médico en el pasillo, inquietos.

La hija de los duques de Somerset miró a James y le dijo:

—Me alegro que mi amiga esté casada con un hombre como usted. Se nota que la ama. Ojalá yo encontrase a alguien así. Por otro lado, debo disculparme, fui de las personas que creyeron en las leyendas que se contaban sobre su persona. Me ha demostrado que no hay que creer todo lo que se escucha.

—Gracias, señorita. Me alegra que mi esposa tenga una amiga con sus valores.

El médico abrió la puerta y le informó a su excelencia que la duquesa estaba en perfecto estado. Solo había sido un fuerte golpe, le saldría probablemente un moretón, pero nada más.

James respiró tranquilo y pasó a la habitación a reunirse con su mujer.

Al día siguiente Eleanor lo pasó en reposo en cama por órdenes de su marido. Sus padres acudieron a visitarla cuando se enteraron del suceso. La impresión de los duques de Norfolk fue tal cuando James los recibió sin máscara que se disculparon con pena al haberse presentado sin avisar.

Sylvester y Elizabeth subieron a la alcoba de su hija y estuvieron un rato con ella. Luego el padre de Eleanor se retiró con su yerno al despacho de este.

—Necesito tu ayuda y tus contactos en Londres —le solicitó James a su suegro.

—¿Qué sucede? —preguntó con interés.

—El eje de la rueda que se partió ayer de mi carruaje no fue algo accidental.

—¡¿Cómo?! —preguntó Sylvester, alertado—. ¿Tienes enemigos, Bedford? —lo acusó.

—En un principio pensé que iría contra mi persona, pero esta mañana me han comunicado que alguien se coló en los establos del castillo y han matado al caballo de Eleanor, a Chocolate. No sé ni cómo decírselo —lamentó revolviéndose el pelo.

Sylvester se levantó de la silla que ocupaba y se paseó intranquilo delante de James.

—Hay que contratar seguridad —dijo de pronto.

—Ya lo hice esta misma mañana.

—No puedo creer que vuelva a pasar por esto. Hace años Elizabeth y ahora Eleanor —susurró Sylvester, contrariado y pensativo.

—¿Qué sucedió con la madre de Eleanor? —preguntó. Sylvester le relató lo sucedido, pero le aseguró que esa persona estaba muerta.

—¿Por qué querrían hacerle daño a Eleanor? —susurró su padre.

—¿Porque canceló el compromiso de su hija para casarla conmigo? —lanzó James.

—El conde de Russel es un hombre intachable, además, le entregué una cuantiosa compensación.

—He puesto a varios hombres tras sus pasos.

—Bien, yo comenzaré a actuar por mi cuenta y le pediré ayuda a mis dos buenos amigos; el duque de Somerset y el duque de Rutland.

—No quiero que Eleanor sepa nada de esto por el momento —estableció su marido.

—Me parece bien. Nos encargaremos nosotros. Y con respecto a su caballo, le diremos que enfermó y hubo que sacrificarlo cuando regresemos al castillo.

Sylvester estuvo de acuerdo con su yerno. Antes de abandonar el despacho le dijo al duque de Bedford:

—Me alegro de que sea el marido de mi hija. Siento cómo se dio todo y si lo cuestioné en algún momento. Usted me recuerda mucho a mí con mi esposa, y no me diga que no se lo advertí.

Ambos hombres asintieron, se estrecharon la mano y tuvieron claro el mismo objetivo, proteger a Eleanor en todo momento.

Capítulo 32

Eleanor ya se sentía mejor y su marido no pudo retenerla en la cama por más tiempo. Le hubiese gustado pasar el día desnudo junto a ella, pero tenía mil asuntos que resolver con su suegro a espaldas de su esposa. No le gustaba mentirle, pero mucho menos le agradaba que sufriese o tuviese miedo. Él iba a protegerla contra todo y contra todos.

La duquesa de Bedford insistió en acudir al baile de los duques de Rutland alegando que se sentía bien. Las negativas que le mostró James para asistir las entendió como que lo hacía por ella, para que no se esforzase en el baile.

James aceptó acudir al baile porque los padres de Eleanor también lo harían junto con su hijo mayor, y entre todos, que estaban al tanto, se encargarían de proteger a Eleanor.

La duquesa de Bedford escogió un vestido en color ámbar que le sentaba de maravilla. Cuando su marido reparó en ella tragó con dificultad a la misma vez que se le cortó la respiración. Estaba impresionante.

Por su parte, Eleanor se sorprendió al ver a su esposo con un traje oscuro, camisa blanca y un pañuelo gris. Estaba tan guapo cuando no vestía de riguroso negro que el corazón le daba un vuelco cuando lo veía.

—Impresionante, mi duque de Bedford —susurró su esposa acercándose a él y depositando un beso en la mejilla que tenía la cicatriz.

—Voy a ser un hombre muy envidiado esta noche, y, por otro lado, querré matar a todo el que te mire más de lo rigurosamente establecido —comentó refiriéndose al escote—.¿Vamos? —La animó James para salir de la alcoba y marcharse—. Si me quedo un segundo más contigo aquí te desnudaré y te haré el amor.

Eleanor esbozó una maravillosa sonrisa. Enlazó las manos detrás de su cuello y lo admiró de cerca.

—Te amo, mi duque, pero eso será después. No tenemos tiempo. Nos esperan.

James asintió y comenzaron a salir de la habitación. Ya en el pasillo la duquesa le recordó:

—Has olvidado tu máscara.

—Ya no la necesito —susurró muy seguro de ello—. Si a mi mujer no le resulto molesto ni desagradable, por qué me va a importar la opinión de los demás.

Eleanor esbozó una amplia sonrisa y lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—¿Estás seguro? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Muy seguro —confirmó mirándola a los ojos—. Además, cuento con que mi duquesa es una gran belleza y los ojos de los demás siempre repararán en ella antes que en mí —bromeó.

—Te amo, James. Me sorprendes cada día.

—Y yo a ti, esposa mía.

Los duques de Bedford se montaron en el carruaje que tenían preparado en la puerta de su casa y se marcharon al baile de los duques de Rutland. Eleanor se retorcía las manos con nerviosismo mientras que admiraba a su marido calmado, y se preguntaba cómo lo hacía. Iba a mostrarse ante la sociedad con el rostro descubierto y esto suscitaría todo tipo de comentarios. Pero ella no pensaba separarse de su esposo y demostrarle todo su amor ante los demás. Iba a cambiar la imagen que la nobleza tenía del duque de Bedford aquella noche.

Cuando James y Eleanor entraron en el baile todas las miradas se posaron en ellos, incluidas las de los duques de Norfolk que no esperaban que su yerno apareciese sin su habitual máscara.

Se hizo un gran silencio en el salón al mismo tiempo que todos posaron sus ojos en James Harrington, un hombre que había permanecido oculto y entre las sombras desde hacía muchos años.

Eleanor tiró del brazo de su esposo, fueron a saludar a los anfitriones, a sus padres y finalmente se tomaron una copa.

El duque de Bedford no se apartó de su mujer en ningún momento, Eleanor tampoco quiso hacerlo, lo cuidaba ante los demás. Lo miraba con infinito amor, le dedicaba caricias y gestos cómplices y a nadie en todo el baile le quedó la más mínima duda de que eran una pareja completamente enamorada.

Los duques de Bedford salieron a bailar y todos admiraron a la pareja. Muchos no comprendían cómo una belleza como Eleanor estaba enamorada de un hombre como él, otros reconocieron que James era un hombre increíblemente guapo pese a la gran cicatriz que lucía en su mejilla.

James arrastró a su esposa hacia el jardín, deseaba pasar unos minutos a solas con ella y besarla como no podía hacer en público.

—Jamás pensé que disfrutaría tanto en un baile con mi duquesa. Creo que es lo que tiene estar enamorado e ir acompañado de la mujer más bella de la ciudad.

—Has cumplido todos mis sueños, James. Siempre quise llegar a un baile acompañada del brazo de un hombre que me amase. Mis padres siempre fueron mi ejemplo, y he de confesar que hoy no los envidio porque hemos logrado lo que ellos tienen.

—No sabes la emoción que me produce verte así de feliz, esposa mía.

El duque se apoderó de la boca de su mujer y se besaron de una forma pasional y hambrienta que encendió sus cuerpos.

—Creo que ha llegado la hora de marcharnos a casa. Ardo en deseos de despojarte de ese vestido y hacerte mía —susurró sobre sus labios.

Comenzaron a caminar por el jardín en dirección a la casa, iban tomados de la mano dedicándose sonrisas cómplices cuando, de repente, un hombre vestido de negro y un pañuelo cubriéndole casi todo el rostro se acercó a ellos corriendo y llevaba un cuchillo en la mano. James supo que este iba directo hacia su esposa, le dio un fuerte empujón, la tiró al suelo y se enfrentó al matón.

—¡Quédate ahí! —le ordenó el duque a su mujer con un fuerte grito, esto también alertó a las personas que estaban fuera del baile y algunos hombres fueron corriendo hacia el enfrentamiento entre ambos.

El matón intentó reducir a James con el cuchillo, lo alcanzó en el brazo, donde le hizo un corte por el que empezó a sangrar, pero el duque no le dio importancia. Con extremada agilidad redujo al desconocido, lo golpeó con fuerza cuando lo tuvo en el suelo, con tal furia, que su suegro le sostuvo el brazo y lo paró, ordenándole:

—No lo mates. Él puede decirnos quién está detrás de todo esto.

Eleanor miraba a su marido sentado a horcajadas sobre el hombre al que golpeaba y sangraba toda su cara. Lo había desfigurado con los golpes.

La duquesa susurró al lado de James:

—Por favor.

La voz de su mujer hizo que levantase los ojos del matón y se sintiese avergonzado por haberse comportado así ante ella.

James tenía las manos y la camisa llenas de sangre, y por su brazo se apreciaba la herida a través de la tela de la chaqueta.

—Tienes que curarte esa herida —le indicó su suegro, junto a él se encontraba su hijo Sylvester, el duque de Somerset y el anfitrión del baile, que no daba crédito de lo que había sucedido en su jardín —. Llévate a Eleanor de aquí. Yo me encargo de todo.

Elizabeth llegó ante la escena y se abrazó a su hija palpándola y preguntándole si estaba bien. Luego miró a su marido con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado cuando escuchó que James le dijo a su marido:

—El ataque iba contra Eleanor. Yo la aparté y me enfrenté a él —susurró mirando al hombre que yacía en el suelo medio muerto.

—Lo haremos confesar —ordenó el duque de Somerset.

Elizabeth se acercó a su marido, lo tomó del brazo y murmuró:

—Sylvester, tienes que averiguar si esto puede ser relacionado con algo sobre la madre de Eleanor, para hacerte daño a ti. — Llevaba días, desde que su marido le dijo que habían contratado seguridad de nuevo para ambas familias, pensando en que no tenían enemigos, pero, que igual alguien de la familia de Eleanor por parte de su madre quería vengarse del duque.

—Elizabeth, esa mujer murió y la niña no tenía a nadie más —le recordó.

—No lo sé, tú la trajiste a casa —susurró, nerviosa.

James escuchó esta conversación con atención y no supo qué pensar. Desde que todo esto empezó tenía como principal sospechoso al conde de Russel, el anterior prometido de su esposa, pero, ahora tendría en cuenta algo más.

Los duques de Bedford regresaron a casa. Durante el trayecto en el carruaje James se limitó a abrazar a su mujer, pensativo, y se negó a contestarle a sus preguntas hasta que estuviesen en su hogar.

Capítulo 33

Eleanor fue la encargada de curar el brazo de su marido. Era una herida superficial que limpió y le colocó una venda. Cuando terminó de hacerlo lo abrazó. James estaba sentado en una silla de su despacho y ella estaba de pie a su lado. Había pasado mucho miedo, tirada en el suelo viendo cómo su marido se enfrentaba a ese desconocido con un cuchillo en sus manos.

—Lo siento, Eleanor. Siento que me vieses así esta noche —se disculpó el duque—. Pero no podía parar de golpear a ese hombre que quería matarte —susurró abrazado a su cintura.

—¿Qué está sucediendo, James? —inquirió con miedo.

Su marido alzó la mirada y tragó con dificultad. No podía ocultárselo por más tiempo. Le indicó que tomase asiento a su lado, aquella charla iba a ser larga.

—Es la tercera vez que atentan contra ti desde que aparecí en Londres contigo.

—¡¿Cómo?! ¿Quién quiere poder hacerme daño? No tengo enemigos.

James asintió.

—En un primer momento, cuando me informaron de que el eje de la rueda del carruaje no se había roto, sino que fue manipulado pensé que sería algo contra mí, pero a la mañana siguiente me informaron desde el castillo de que tu caballo, Chocolate, había amanecido muerto. Lo mataron de una forma cruel por la noche y nadie vio nada —reveló al mismo tiempo que observó lágrimas en los ojos de su mujer.

—¿Chocolate está muerto? —preguntó con la voz cortada, llevándose una mano al pecho acelerado.

—Lo siento, mi amor. —La tomó de las manos y la abrazó junto a su pecho besándole el cabello—. No quise decirte nada para no

asustarte hasta que tu padre y yo solucionásemos todo esto —reveló.

—¿Mi padre lo sabe? —preguntó con sorpresa.

—Sí. Le pedí ayuda. Nadie conoce a toda la alta sociedad londinense como el duque de Norfolk. Yo he estado muchos años alejado de todo esto. Hemos puesto seguridad en esta casa y la de tus padres. Supongo que por eso han decidido atacarte en el jardín de los Rutland —lamentó.

—¿Y quién puede ser? —preguntó, asustada.

—En un principio puse los puntos en el conde de Russel —manifestó de forma clara—. Hoy me ha llegado un informe en el que me aseguran que está arruinado, solo que trata de ocultarlo, y que su matrimonio contigo era su salvación ante la gran dote que tu padre le iba a dar.

—El conde tiene una gran reputación —susurró Eleanor.

—Eso me dijo tu padre, pero mis averiguaciones dicen otra cosa.

—¿Y qué ganaría matándome? Ya estoy casada contigo —preguntó con inocencia.

—Vengarse de ti, de mí y de tu padre.

Eleanor lo miró con miedo en sus ojos grises. James la abrazó de nuevo y la refugió en su pecho por unos minutos, dándole tiempo de que asimilase todo y maldiciendo que pasase por ello cuando eran tan felices juntos.

—Eleanor, mi amor, hay algo que quiero preguntarte —murmuró el duque haciendo que su esposa lo mirase con atención—. Una vez me dijiste que los duques no eran tus padres, que ellos te criaron como su hija, por ello le estabas muy agradecida, pero cada vez que te veo al lado de Norfolk no puedo parar de repetirme que sois idénticos. Tienes sus mismos ojos y sus rasgos, además, también te pareces a tus hermanos. ¿Eres hija del duque en una relación fuera del matrimonio? —inquirió con cautela.

Eleanor esbozó una sonrisa ante su ignorancia. Debería ser el único en todo Londres que no conocía sus orígenes.

—James, el duque y yo somos tan parecidos porque mi padre era su hermano gemelo. En realidad, es mi tío. Llegué a su vida cuando mis padres fallecieron. Él y Elizabeth estaban recién casados y me

criaron. Por ello les debo todo lo que me han dado. Me he criado como una hija más y siempre se han portado de maravilla.

El duque de Bedford sacudió la cabeza y la estrechó entre sus brazos a la misma vez que suspiraba con fuerza.

—Lo siento, lo ignoraba.

—No pasa nada. Para mí son mis padres y los quiero.

—Yo sí que te quiero, mi duquesa. No sabes el miedo que pasé hoy cuando ese hombre te atacó. Si algo llega a sucederte me muero.

—Cuando vi que te alcanzó con el cuchillo sentí que se me partía el corazón. Gracias por defenderme con tu vida. Te amo.

—Siempre te protegeré, amor. —Sentó a su esposa en sus rodillas y la besó. Cuando ella le devolvió el beso con pasión supo que todo entre ellos estaba bien—. Necesito relajarme, y eso siempre lo consigo cuando te hago el amor —susurró el duque, pidiéndole permiso a su esposa mientras la miraba de forma ardiente.

—Vamos a la cama —lo animó Eleanor—. Necesito con urgencia que mi marido me ame y dormir de forma placentera durante toda la noche en sus brazos, donde me siente completamente segura.

James cargó a su mujer en sus brazos en un rápido movimiento, ella se quejó por su herida en el brazo, sin embargo, el duque le aseguró que no era nada.

A la mañana siguiente, James arregló todo para volver al castillo. Eleanor estaría más protegida en ese lugar. En Londres existían muchos más riesgos para ella cada vez que saliese de casa. El padre de su esposa estuvo de acuerdo con la decisión. Él se quedaría en la ciudad averiguando más cosas. El matón de la pasada noche no dijo mucho más antes de morir, solo que lo contrató un hombre con título. Sospechaban del conde, estaban sobre la pista y lo tenían vigilado, pero no tenían nada más contundente que lo implicase.

Capítulo 34

Un mes y medio después

Eleanor era muy feliz en el castillo con su esposo. Llevaban una vida tranquila y se amaban cada día más. Dormían juntos todas las noches y hacían el amor en cualquier parte del que ahora era su hogar. Vivían en una eterna luna de miel pese a las amenazas que Eleanor había sufrido, sin embargo, ese día los duques de Norfolk llegaron al castillo con una buena noticia que haría que toda la familia dejase de estar en tensión por Eleanor; el conde de Russel había aparecido muerto en una casa de apuestas, todo apuntaba a que fue un ajuste de cuentas debido a las deudas que tenía.

Los duques de Norfolk y sus dos hijos barones, junto con los duques de Bedford comían juntos y celebraban que ya no existía ninguna amenaza sobre Eleanor al haber muerto el conde de Russel, al que siempre le imputaron quererla dañar pese a no tener pruebas concretas ni nadie que lo señalase de forma directa.

Elizabeth, Eleanor y Sebastian fueron a visitar a Rose dando un paseo a caballo, mientras, ambos duques y Sylvester, el futuro duque de Norfolk, se quedaron charlando en el despacho de James mientras tomaban una copa.

—Todo ha salido según tu plan —brindó el duque de Bedford con su suegro.

—Sylvester fue crucial, puso en contacto a los prestamistas con Russel y cayó en la trampa. Esos tipos no esperan a que se les pague y el conde no tenía dinero para cumplir. Perdió sus propiedades a las cartas y se vio ahogado.

—Fue un placer ayudar para darle su merecido a escoria como esa —comentó Sylvester.

—Nuestras esposas nunca deben saber nada de este plan —dijo el duque de Norfolk a su yerno.

James asintió. Estaba de acuerdo. Desde un principio, cuando se le ocurrió el plan a su suegro, supo que se trataba de algo arriesgado, pero, en esos momentos, con Russel muerto, se sentía orgulloso y tranquilo por su esposa. Ese hombre nunca más podría hacerle nada.

Aquella noche, entre los brazos de su marido, desnudos en la cama tras haber hecho el amor, Eleanor se atrevió a confesarle algo que llevaba una semana sospechando.

—Mi duque, desde que estamos así de enamorados no hemos hablado de algo —comenzó a decir con cierta sonrisa tímida.

—¿Qué sucede? —preguntó con el ceño fruncido, estudiando su mirada gris. Eleanor esbozaba una enorme sonrisa en sus labios.

—Te pedí un hijo, ¿recuerdas? No sé si estás preparado para ser padre. No hemos hablado del tema —susurró con cierto temor.

—Bueno, puede que no hayamos hablado de forma directa porque hemos tenido mil asuntos que nos han distraído, pero te aseguro que hemos practicado lo suficiente como para ser padres pronto. Soy consciente de ello, esposa mía.

—Creo que estoy embarazada, James —confesó Eleanor mirándolo con los ojos rebosantes de felicidad. No había hablado con nadie de sus sospechas, solo con su doncella, ella la había puesto sobre aviso cuando le contó en una confidencia que había realizado una carrera a caballo con su madre y su hermano al volver de casa de su tía y había ganado, algo que no le pensaba decir a su marido.

El duque la miró con los ojos muy abiertos, el corazón palpitándole con prisa y se le empañaron los ojos de felicidad.

—Oh, mi amor. Un hijo —susurró eufórico. Atrajo a su esposa hacia su pecho desnudo, la abrazó y la besó con pasión.

—¿Estás feliz? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Mucho. Te amo. Contigo lo quiero todo, mi vida.

A la mañana siguiente el médico exploró a la duquesa y confirmó su embarazo. En siete meses serían padres. Ese mismo día, en el almuerzo, los duques de Bedford dieron la noticia de que se iban a convertir pronto en padres a toda su familia. Elizabeth, Sylvester y sus hijos aún estaban en casa. Celebraron la gran bendición y decidieron quedarse unos días más porque la duquesa se empeñó en cuidar de su hija las primeras semanas del embarazo, según ella, las más complicadas.

Sylvester, el hijo de los duques, fue el único que regresó a Londres, el resto decidieron quedarse en el castillo, el que más lo agradeció fue Sebastian. Le encantaba pasar tiempo con su hermana e ir a visitar a Rose a menudo.

Al día siguiente le dieron la noticia a la anciana, la cual la recibió con lágrimas y deseando poder conocer a su bisnieto, estaba segura de que Eleanor le daría un heredero al duque, en cuanto la vio le dijo que estaba más bella que nunca y que esto lo provocaban los embarazos de los hijos varones.

Capítulo 35

Dos semanas después

Los duques de Norfolk junto con James salieron de caza esa mañana muy temprano, pasarían todo el día fuera. Al día siguiente se marchaban y era una especie de despedida hasta que naciese el bebé.

Sebastian prefirió quedarse con su hermana, sabía lo que le gustaba a ella también y debido a su embarazo no podía montar a caballo, por lo que se solidarizó y decidieron dar un paseo cerca del lago próximo al castillo, donde también pensaron llevar a cabo una jornada de pesca. Incluso habían apostado quién conseguía más carne o pescado, y esto se volvió un reto para todos.

Cuando llegaron al lago encontraron a un hombre y una mujer que su carreta había volcado y la señora mayor estaba herida. Su hijo, desesperado, trataba de ayudarla porque la veía mal. Tanto Sebastian como la duquesa se vieron reflejados en ellos cuando tuvieron el accidente de caballo cerca del castillo. Sin pensarlo, Eleanor propuso llevarlos a su casa para poder prestarles ayuda. Cuando llegaron el hombre insistió en ir junto a su caballo, el cual trajeron con ellos y dirigían a las caballerizas. Alegó que el animal se ponía nervioso si lo tocaba otra persona. Sebastian lo acompañó y Eleanor se dispuso a entrar en la casa con la señora mayor, tenía un raspón en el brazo y otro en la mejilla debido al golpe tras volcar su carreta.

—Mis sirvientes la curarán —le indicó la duquesa cuando comenzaron a subir las escalinatas para entrar al castillo.

La señora mayor admiró la edificación, impresionada por su magnitud. Miró a la duquesa y sonrió.

—¿Está embarazada? —preguntó la mujer con la vista clavada en el abdomen de la señora.

—Sí —confirmó Eleanor con una sonrisa—. ¿Cómo lo sabe? —preguntó intrigada acercándose a ella.

—Porque he venido a matarte —susurró a la misma vez que sacaba un cuchillo y se lo colocaba a Eleanor en el costado—. Camina, vamos —le ordenó haciéndola dirigirse hacia las caballerizas —. Si gritas te mato aquí mismo y mi hijo matará a tu hermano —le advirtió.

La duquesa caminó con la mujer mirando hacia todos lados, pero no había ningún sirviente cerca.

Cuando Eleanor entró en el establo lo primero que vio fue a su hermano tirado en el suelo, gritó al verlo, pero, de inmediato el hombre que acompañaba a la mujer le dio una fuerte bofetada para que se callase.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿Dinero? Mi marido es muy rico —dijo Eleanor, nerviosa.

—Por supuesto que es muy rico, pero nunca debió serlo —susurró la mujer mirándola con los ojos ensangrentados de odio. La duquesa no comprendía porqué la miraba de esa forma. No la conocía de nada.

—Vamos a presentarnos, madre —la instó su hijo, que se encargó de Eleanor. La maniató.

—Soy la tía de James, Claire, y él es mi hijo, Tom. Tu marido nos echó de malas formas de la mansión de Londres y nos dejó sin nada —reveló. Esto hizo temblar a Eleanor, que no dejaba de mirar a su hermano tirado en el suelo y buscaba a los trabajadores de las caballerizas, pero solo se encontraban los caballos.

—Estamos solos —susurró Tom—. Le hemos pagado muy bien a un sirviente vuestro, que cuida de vuestros caballos, para que nos mantuviesen al tanto de las salidas de los duques del castillo. Y llegó el día en el que hemos podido acceder a ti. Él no estaba en los planes, una pena —comentó con desdén mirando a Sebastian mientras que Eleanor lloraba y gritaba el nombre de su hermano.

En esta ocasión la abofeteó Claire.

—¡Cállate! —le ordenó.

—¿Qué quieren? ¿Dinero? —preguntó. Habían dicho que James los había dejado sin nada. ¿Iban a secuestrarla para pedir un rescate? —pensó aterrada de miedo. Seguro tenían unos caballos preparados para llevársela.

Para sorpresa de Eleanor la sentaron al lado de su hermano y la ataron a una viga de hierro. Sebastian seguía tirado en el suelo sin moverse y una gran agonía la consumía porque no sabía si estaba vivo o muerto.

—¿Qué me vais a hacer? —preguntó con miedo.

—Lo siento, duquesa, pero nuestra venganza es contra James. No debió casarse, y ahora le vas a dar un heredero y no lo vamos a permitir. Mi hijo Tom será el único que herede este ducado, como debió ser desde hace diez años, pero James se salvó del incendio —reveló Claire con maldad.

Eleanor se quedó pensativa y luego susurró:

—¿Lamenta que se salvase? Es su sobrino —le recriminó Eleanor.

—Él debía morir, junto con toda su familia —reveló Claire—. Y mi hijo hubiese sido el duque de Bedford. Nos encargamos de extender los rumores de que fue James quién mató a su familia para quedarse con el título y el dinero, casi lo convencimos de que fue el culpable del incendio, se quedó marcado por el fuego, ha llevado una vida solitaria en la que cada día esperábamos que nos comunicasen que se había quitado matado, esperanzados en que no pudiese con los remordimientos, pero no ha sido así. Y ahora tú le vas a dar un heredero y no lo vamos a permitir.

—¿Mataron a la familia de James? —inquirió con un hilo de voz, casi sin creerlo—. Sois unos monstruos —susurró con pavor.

—Y ahora vamos a matarte a ti de la misma forma —desveló Tom con una sonrisa que le heló la sangre a Eleanor.

—Mi sobrino no podrá soportar perder dos veces y de la misma manera a sus seres queridos y terminará quitándose la vida —vaticinó Claire.

—¿Vosotros habéis estado detrás de los atentados que sufrí? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—El conde de Russel era de la opinión de no hacerlo igual que con los padres y el hermano de James —comentó Tom.

—¿Era vuestro cómplice?

—Acudimos a él cuando nos enteramos de que vuestro matrimonio había sido cancelado. Supusimos que querría vengarse de James.

—No puedo creerlo —susurró Eleanor con miedo. Estaba ante dos perturbados asesinos.

—No hay más tiempo que perder, madre —la apremió su hijo.

—Adiós, duquesa de Bedford —dijo Claire a la misma vez que le cubría la boca con un pañuelo y su hijo prendía fuego a la paja del establo.

Ambos salieron corriendo y Eleanor comenzó a revolverse viendo cómo las llamas avanzaban. Los caballos empezaron a relinchar. Había cinco animales en el establo. Temió por ellos, por su hermano y por ella. Pero, sobre, todo, temió por James. Iban a morir. El fuego avanzaba de forma veloz, expandiéndose por todos lados, Eleanor comenzó a sentir el escozor de la sangre en sus manos, se raspó las muñecas con la cuerda que las tenía atada, pero no le importaba, tenía que escapar de allí. Con esfuerzos y fuertes movimientos de su cabeza se quitó el pañuelo de su boca, gritó con fuerza, llamó a Sebastian intentó ir hasta él, pero estaba atada a una viga de hierro. Cada vez tosía más, comenzaron a llorarle los ojos y sintió que era su final.

Los duques, junto con Elizabeth regresaban de caza. Habían decidido volver antes porque la jornada fue tan buena que estaban seguros de que iban a ganar la apuesta. Los criados recogían a los dos grandes ciervos que había cazado.

Sylvester vio humo cerca del castillo, alertó a su yerno y ambos espolearon con fuerza a sus caballos para ver qué ocurría.

James solo se repetía:

—Otro incendio en el castillo no.

Entraron en la propiedad y vieron a un montón de criados saliendo del castillo con cubos de agua.

—Las caballerizas, señor. Han salido ardiendo —dijeron.

James se acercó con su caballo y se quedó paralizado ante las llamas que devoraban el lugar.

—¿Y los animales? —se interesó.

—No lo sabemos, señor. Milos no aparece por ningún lado. —El criado encargado de los caballos siempre estaba con ellos.

De repente, Sylvester vio el carruaje del duque y preguntó:

—¿Dónde están Eleanor y Sebastian? ¿Aún no han salido de pesca? Dijeron que irían.

Denzel les aseguró que se marcharon hacía unas horas.

—¿Mi esposa no está en el castillo? —preguntó James con el corazón desbocado, bajándose de su caballo—. ¡Búsquenla! —ordenó.

—Excelencia —gritó un sirviente que venía corriendo—. Hemos encontrado a Milos con un tiro en la cabeza en la parte de detrás del castillo. Hay huellas de caballos.

—No puede ser —susurró James.

—Señor, la duquesa no está en el castillo. Su hermano tampoco aparece —le comunicó Denzel.

De repente, entre las llamas y el humo vieron aparecer a un hombre que apenas se sostenía en pie y tosía.

Los duques y Elizabeth se acercaron corriendo con el corazón en la boca al reconocer a Sebastian. Sostuvieron al muchacho y lo tendieron.

—Eleanor —susurró indicando con la mano hacia las caballerizas en llamas.

James miró hacia el lugar y se le heló la sangre al mismo tiempo que gritó con desgarro:

—¡Eleanor!

Sin pensarlo y venciendo el pánico que siempre le había provocado el fuego salió corriendo hacia las caballerizas en llamas.

También sin pensarlo Sylvester corrió tras él mientras que Elizabeth gritaba desgarrada por sus hijos y su marido. No podía creer lo que estaba sucediendo. Rezaba porque Eleanor estuviese con vida y pudiesen rescatarla, pero el fuego estaba demasiado extendido.

James entró en las caballerizas como alma que lleva el diablo, buscando a su esposa desesperado. La encontraba o iba a morir con ella.

Capítulo 36

James buscó a Eleanor gritando su nombre, protegiéndose de las llamas con su suegro a las espaldas. El duque vio a su mujer atada a una viga, tenía las llamas cerca, corrió hacia ella y junto con Sylvester la desataron con prisa mientras ambos tosían. Había mucho humo.

El duque de Bedford cargó a Eleanor en sus brazos y salió del establo rogando que estuviese con vida. Se arrodilló con ella una vez fuera y comenzó a llamarla, gritando y desesperado. Sylvester también se arrodilló junto a su hija, Elizabeth y Sebastian fueron junto a su hermana. El chico solo tenía un fuerte golpe en la cabeza, pero gracias a dios no era grave.

Eleanor comenzó a toser y cuando su esposo advirtió que estaba viva sollozó con fuerzas a su lado.

De inmediato la llevaron a su cama, el médico estaba de camino.

—Estoy bien —susurraba al lado de su marido. Sentía a James temblar, que no se había movido de su lado mientras las doncellas le quitaron el vestido y la asearon.

El duque comenzó a curarle las manos y juró que mataría a quienes les hubiesen hecho eso.

Abajo, en el salón, Sebastian alertó a su padre de las dos personas que los atacaron, se los describió, pero el muchacho ignoraba el parentesco con el marido de su hermana. A él no le revelaron nada. Tan solo lo agredieron con un palo al llegar a las caballerizas.

Con la respiración agitada, apenas sin fuerzas, Eleanor le dijo a su marido:

—Eran tu tía y tu primo, ellos prendieron el fuego. Escaparon. — No tenía aliento para seguir hablando.

Los ojos de James enfurecieron por completo, gritó el nombre de su suegra y le rogó que cuidase de su hija mientras que él regresaba.

Bajó las escaleras corriendo y fue a su despacho por un arma. Sylvester fue tras él al verlo tan alterado y preguntó:

—¿Sabemos quién lo hizo?

—Mi tía y mi primo. Los eché de la casa de Londres y los dejé sin mi protección. Sabían que Eleanor es lo que más amo y a través de ella deseaban vengarse de mí. ¡No sé cómo no sospeché de ellos y siempre puse todos los puntos en Russel! —maldijo, agitado.

—¿Dónde vas? —se interesó su suegro.

—Tras ellos, han escapado. No pienso permitir que esto quede impune.

—Te acompaño —dijo de inmediato su suegro—. Él también deseaba darle caza a las personas que casi habían conseguido acabar con la vida de sus dos hijos.

Sylvester y James salieron a caballo, armados, junto con cuatro trabajadores que los acompañaban. El duque de Bedford no estaba dispuesto a tolerar que sus familiares escapasen, mucho menos, el duque de Norfolk.

Tras varias horas de búsqueda encontraron una cabaña, entraron en ella y descubrieron que ahí habían estado algunos días, pero ya no había rastro de ellos. Continuaron el camino y divisaron a dos caballos a lo lejos. James reconoció a los animales, eran suyos. Debían haber escapado con ellos. El duque tenía caballos de pura raza y Tom consideró cambiar los suyos y luego vender estos, por los que le darían un buen dinero.

Cuando estuvieron más cerca James silbó y los caballos se giraron de inmediato, dejando de hacerles caso a las personas que los llevaban y emprendiendo camino hacia el duque que los llamaba.

Cuando Claire fue consciente de que perdía el control del caballo intentó dominarlo, el animal se encabritó y la mujer salió despedida, cayendo al suelo, golpeándose con una piedra y rompiéndose el cuello. Su hijo presenció aquello, maldijo a su primo y dejó que su caballo lo guiase hasta James mientras sacaba su arma. Había llegado la hora de matarlo cara a cara. No tenía escapatoria.

Sylvester fue el primero que vio a Tom apuntar con el arma a James, este iba tan cegado de rabia que no llevaba la pistola preparada, sin pensarlo, el duque de Norfolk disparó en el pecho al primo de su yerno. Este cayó del caballo, muerto en el acto.

James miró a Sylvester furioso, Tom era cosa suya, sin embargo, su suegro no pensaba permitir que cargase con más desgracias sobre su familia. Claire y Tom estaban muertos y ellos a salvo para siempre de dos asesinos que habían intentado matarlos en varias ocasiones.

El duque de Norfolk se hizo cargo de todo junto con los trabajadores que lo acompañaban y le ordenó a James que fuese con su esposa, era donde debía estar en estos momentos.

Cuando el duque de Bedford llegó a la alcoba de su mujer esta descansaba en compañía de su madre y el médico. El cual esperaba al duque para decirle que su esposa estaba en perfecto estado, su embarazo no había sido alterado por lo que vivió y la duquesa solo necesitaba unos días de reposo en cama.

James se aseó y le contó a la madre de su mujer lo sucedido con su tía y su primo. Elizabeth lo lamentó, pero al mismo tiempo respiró tranquila al saber que ya nada acechaba a su familia y podrían vivir tranquilos.

El duque se metió en la cama junto con su esposa y la abrazó con fuerza mientras se permitía llorar. Había estado a punto de perderla y sintió que se moriría si a ella le pasaba algo.

Eleanor se revolvió y abrió los ojos al sentir a su marido a su lado.

—James —susurró sin ser muy consciente de la realidad. No sabía si estaba muerta o viva o si aquello era un sueño.

—Estás bien, mi amor. Tú y nuestro hijo estáis bien —manifestó el duque con emoción al mismo tiempo que acariciaba el vientre de su esposa con lágrimas en los ojos. Había estado a punto de perderlo todo en su vida de nuevo.

—¿Estoy viva? —preguntó Eleanor.

—Muy viva —susurró su marido besándola apasionadamente. Quería demostrarle cuanto de viva estaba.

—Te amo —susurró la duquesa con lágrimas en los ojos.

—Cuando te rescaté pensaba que estabas muerta. Te saqué del establo inconsciente. Nunca he pasado tanto miedo en mi vida —confesó el duque.

—¿Entraste por mí a ese lugar en llamas? —preguntó con sorpresa, casi sin creerlo. Sabía muy bien del pánico de su marido al fuego.

—No me lo pensé, Eleanor. Eres mi vida entera —confesó abrazándola con fuerza y besándola en la frente con un amor infinito —. O te salvaba o moríamos juntos. Mi vida ya no tendría sentido sin ti.

—James, tengo que contarte algo —susurró con miedo y su marido advirtió este en su mirada gris.

—Siempre vas a poder contármelo todo. ¿Qué sucede, mi amor?

—Tu tía me confesó algunas cosas. —Eleanor tragó con dificultad, era muy duro revelarle aquello a su marido—. Me dijo que ella y tu primo provocaron el incendio donde murieron tus padres y tu hermano, tú también debías morir, de hecho, han estado esperando que lo hicieses en estos diez años, que te quitases la vida. Quería el título y la fortuna para Tom. —James cerró los ojos y suspiró, asimilando la terrible información—. Lo siento, sé cómo debes de sentirte, pero debías saberlo. Tú no tuviste nada que ver con el incendio. Fueron ellos.

James miró a su mujer con lágrimas en los ojos y se aferró a ella, destrozado y sollozando con fuerza. Sentía tal impotencia que no sabía cómo controlarla.

—Malditos —murmuró con rabia.

—Russel era cómplice de ellos —susurró Eleanor—. También me lo confesó tu tía. Querían hacerte daño a través de mí y luego, cuando te vieses de nuevo sin nada, terminases quitándote la vida y Tom heredando el título.

—Cuánta maldad, mi amor. —James se aferró a ella—. Siento que hayas pasado todo esto por mi culpa —se disculpó con pena.

—No te mortifiques, todo ha pasado. Estoy bien. —Se llevó la mano al vientre y susurró—: Estamos bien.

—Una vez dejé de creer, pero hoy, que la vida me ha recompensado con que estés aquí conmigo sana y salva, siento que

los milagros existen —manifestó el duque con emoción.

—Me has salvado la vida —susurró con adoración mientras le acariciaba el rostro.

—Eres mi vida. Te amo. ¿Cómo te encuentras? —se interesó mostrándole una sonrisa traviesa.

—Muy bien.

—¿Tan bien como para que su marido le haga el amor? —preguntó besándole el cuello.

—Esta noche, más que nunca, necesito sentirme viva. Y cuando más viva me siento es en el momento en el que me haces tuya por completo.

—Mía para siempre, mi duquesa —susurró James ante de besarla de forma apasionada y hacerle el amor con una dulzura infinita.

Epílogo

Seis meses después

James se paseaba nervioso tras la puerta de la alcoba de su esposa mientras esta gritaba. Eleanor estaba de parto y su hijo nacería en breve.

La familia al completo de la duquesa se encontraba en el castillo desde hacía unos días y todos estaban nerviosos e impacientes por conocer al nuevo miembro de la familia.

El duque de Norfolk trataba de tranquilizar a su yerno. Le ofreció una copa y esperaron en el salón mientras los gritos de Eleanor resonaban en todo el castillo al traer a su hijo al mundo.

James subió de nuevo a la habitación de su esposa y vio salir a Elizabeth con un bebé en sus brazos envuelto en una mantita blanca.

—Es una niña —susurró la feliz abuela. Le entregó al duque su hija mientras que el resto de la familia observaba a la niña.

—¿Cómo está Eleanor? Quiero verla —dijo James de inmediato.

De repente, escuchó un fuerte grito de su esposa dentro de la habitación e intentó entrar corriendo, pero su suegra lo paró.

—Tu duquesa está pariendo a tu segunda hija. Son gemelas —reveló.

James la miró con los ojos muy abiertos. Con el bebé en sus brazos necesitó sentarse y que Denzel lo abanicase mientras sus cuñados y su suegro reían a carcajadas limpias.

—Vete preparando, dos mujeres como Eleanor —le palmeó la espalda el duque de Norfolk.

El llanto de otro bebé se escuchó en la habitación y James no pudo esperar más para entrar a ver cómo estaba su mujer. La

encontró con la otra niña en sus brazos, mirándola sonriente mientras lloraba de alegría.

El duque entró y se sentó junto a ella, ambos observaron a sus hijas y lloraron de emoción juntos.

James la besó en los labios y sintiéndose el hombre más feliz del mundo susurró:

—Te amo, nunca dejarás de sorprenderme.

—Creo que con este aumento inesperado de la familia tendré que llegar a un pacto con el duque —murmuró Eleanor sobre los labios de su marido antes de besarlo. Era una mujer completamente feliz.

—Desde luego, esposa mía. Quiero un heredero —manifestó James, sonriente y feliz.

FIN

Agradecimientos

Esta historia surge como una especie de regalo sorpresa a mis lectores por mi décimo aniversario como autora de novela romántica.

Muchos me habéis pedido a raíz de mi primera novela histórica otra novela histórica romántica y surgió Un pacto con el duque en mi cabeza, la cual que decidí plasmar. Creo que a todos los lectores que se enamoraron del libro *Rechazo al duque* les encantará conocer más sobre estos personajes.

Espero que ***Un pacto con el duque*** os haya gustado y la hayáis disfrutado.

¿Vendrán más novelas históricas? Nunca se sabe. Puede ser. Si surge de nuevo la idea que no me deje dormir…

Gracias de corazón a todos los que estáis ahí apoyándome siempre.

Gracias a las personas que han hecho posible que en tiempo récord esta novela haya podido ser impresa y haya estado lista para el V Huelva Romántica, congreso en el que este año soy madrina. Todo un honor.

Un pacto con el duque ha sido una carrera de fondo, la más dura de toda mi trayectoria, ya que ha sido escrita en un tiempo récord, pero sentía que mis lectores se la merecían y no podía fallarles. Me encanta sorprenderlos, porque ellos no dejan de hacerlo nunca conmigo. Es una forma de daros las gracias por estar a mi lado todos estos años.

No me soltéis de la mano, yo nunca lo haré. Me quedan muchas más historias por contar.

Nos vemos pronto.

Sed muy felices que la vida es corta y pasa muy deprisa.

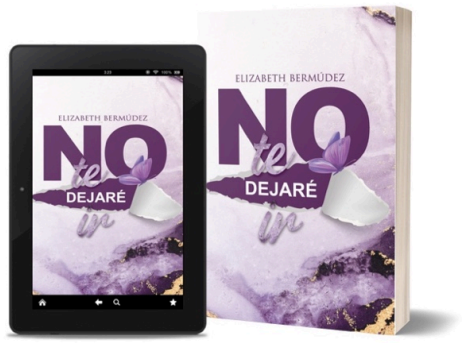
Elizabeth Bermúdez.

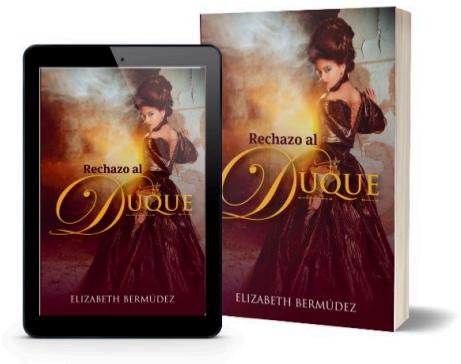
Otros libros de la autora

Todos están disponibles en Amazon en formato ebook, Kindleunlimited y papel.

Si deseas alguna novela firmada por la autora, ponte en contacto con ella a través de sus redes sociales.




ELIZABETH BERMÚDEZ
NO
te
DEJARÉ
in
ELIZABETH BERMÚDEZ
NO
te
DEJARÉ
in


Rechazo al
DUQUE
ELIZABETH BERMÚDEZ
Rechazo al
DUQUE
ELIZABETH BERMÚDEZ

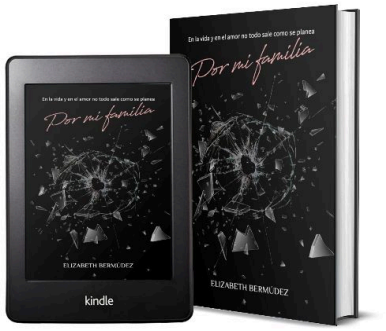

ELIZABETH BERMÚDEZ
TRAICIONES
ELIZABETH BERMÚDEZ
TRAICIONES

BILOGÍA: Siempre



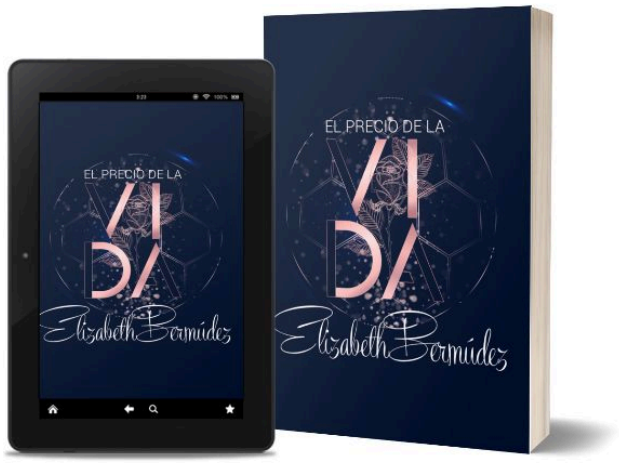



En la vida y en el amor no todo sale como se planea
Te protegeré
ELIZABETH BERMÚDEZ


En la vida y en el amor no todo sale como se planea
Por mi familia
ELIZABETH BERMÚDEZ
kindle


ELIZABETH BERMUDEZ
LA OPORTUNIDAD DE
VENGANZA
kindle
ELIZABETH BERMUDEZ
LA OPORTUNIDAD DE
VENGANZA

BILOGÍA: Vida y amor






TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ
TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ


NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

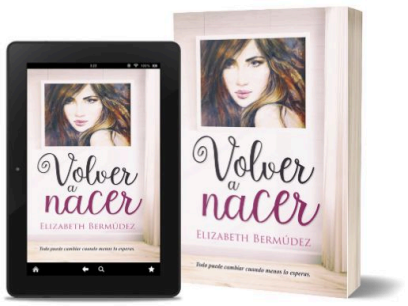
FAMILIA MILLER






IMAGINARLO
o vivirlo
mirada
DE UN
MILLER
ELIZABETH BERMUDEZ

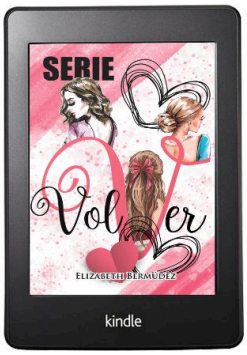
SERIE VOLVER







Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES








El Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ
El Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ